MEMORIA

NÚMERO 259 AÑO 2016-3

REVISTA DE CRÍTICA MILITANTE

EN DEFENSA DE LA EDUCACIÓN PÚBLICA

CENTRO DE ESTUDIOS DEL MOVIMIENTO OBRERO Y SOCIALISTA

El archivo histórico del Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista (CEMOS) surgió como una iniciativa de Arnoldo Martínez Verdugo, quien se encargó de resguardar documentación oficial y publicaciones del Partido Comunista Mexicano. Desde los inicios, este espacio se comprometió con la conservación de la memoria y la tradición de las izquierdas mexicanas, además de ampliar su acervo con materiales y donaciones de otras tendencias comunistas en México.

Después de 32 años de actividades, el CEMOS renueva su compromiso con el movimiento obrero y socialista, y continúa su labor: el rescate, la conservación y la catalogación de materiales fundamentales para su estudio, así como de la renovación editorial de *Memoria*, que en 2015 inició su nueva época.

El CEMOS pone a disposición de estudiantes, de investigadores y de todos los estudiosos de México y el mundo la libre consulta de su archivo documental y fotográfico. El acervo comprende la documentación oficial de los Partidos Comunista Mexicano, Obrero Campesino Mexicano, Socialista Unificado de México y Mexicano Socialista, entre otros; colecciones especiales, entre las cuales destacan folletos y boletines de organizaciones de izquierda en México y América Latina; publicaciones de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios y de la Liga de Agrónomos Socialistas; los archivos personales de Valentín Campa y Miguel Ángel Velasco, por mencionar algunos; y un acervo gráfico integrado por carteles, grabados y cerca de 3 mil fotografías, que abarcan el periodo 1907-1990.

Mientras, la biblioteca reúne alrededor de 6 mil títulos especializados en temas de izquierda en el ámbito continental; alberga textos de corte teórico y literario, entre los que destacan ediciones soviéticas. La hemeroteca ofrece para consulta colecciones de periódicos, entre los que sobresalen *La Voz de México*, *Así es* y *Frente a Frente*, además de revistas editadas por partidos políticos nacionales y extranjeros, sindicatos y movimientos nacionales e internacionales. Cuenta con colecciones completas o por año de *Bohemia*, *Correo de la Resistencia*, *Futuro*, *Historia y Sociedad*, *Pensamiento Crítico*, *Línea*, *Lux*, *Oposición*, *El Machete*, *Nuestra Bandera*, *Política* y *Motivos*.

El archivo ofrece consulta de lunes a viernes, de las 10:00 a las 15:00 horas.

CONTACTO:

http://www.cemos.org/
Facebook: archivocemos
Teléfono: 6381 6970
La dirección es Pallares y Portillo 99,
colonia Parque San Andrés, Coyoacán,
CP 04040 México, Distrito Federal.

ÍNDICE

EN DEFENSA DE LA EDUCACIÓN PÚBLICA

DEBATE: CRÍTICA DE LA CONTRA-REFORMA EDUCATIVA Y BÚSQUEDA DE ALTERNATIVAS
CON IMANOL ORDORIKA, MANUEL PÉREZ ROCHA Y TERESITA GARDUÑO
PÁGINA 5

15 LOS MAESTROS Y LA LUCHA POLÍTICA EN MÉXICO
ELVIRA CONCHEIRO BÓRQUEZ

22 PRIMERAS BATALLAS ESTUDIANTILES CONTRA EL NEOLIBERALISMO EN MÉXICO
ARGEL GÓMEZ CONCHEIRO

34 60 AÑOS DE LUCHA DEL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO DEL MAGISTERIO
MARÍA MAGDALENA PÉREZ ALFARO

39 AGRADECEMOS A LOS MAESTROS LA DEFENSA DE LOS TRABAJADORES
LOIS WEINER

MÉXICO

41 CINCO TESIS SOBRE LA GUERRA EN MÉXICO
RAÚL ROMERO

CAPITALISMO/ ANTICAPITALISMO

47 LA SOCIEDAD *SMARTPHONE*
NICOLE M. ASCHOFF

52 ¿ACASO HERMES EXPULSA A PROMETEO?
SAMUEL GONZÁLEZ CONTRERAS

MUNDO

58 EL MOVIMIENTO SOCIAL COMO DESAFÍO AL ESTATISMO AUTORITARIO EN FRANCIA
BENJAMIN BIRNBAUM

PENSAMIENTO CRÍTICO

64 EL NEOLIBERALISMO: UN PODER GLOBAL DE CLASE
ENTREVISTA A JACQUES BIDET

HACER MEMORIA

67 LA CONQUISTA SIN FIN. ESPAÑOLES CONTRA CHICHIMECAS
ENRIQUE SEMO

LIBRERO

74 VOLVER A GRAMSCI DESDE LAS ORILLAS
VÍCTOR HUGO PACHECO CHÁVEZ

76 DEBATES LATINOAMERICANOS DE AYER Y HOY
MASSIMO MODONESI

78 LAS POLÍTICAS Y LAS CALLES
IVÁN ISRAEL JUÁREZ LÓPEZ

80 LECCIONES DE WOLFGANG FRITZ HAUG
PEDRO RIBAS

2016-3
NÚMERO
259
MEMORIA
CEMOS

MEMORIA
REVISTA DE CRÍTICA MILITANTE

DIRECTOR
Massimo Modonesi

COMITÉ DE REDACCIÓN
Elvira Concheiro, Gerardo de la Fuente, Diana Fuentes, Samuel González Contreras, Fernando González, Argel Gómez, Aldo Guevara, Fernando Luna, Araceli Mondragón, Jaime Ortega, Joel Ortega, Víctor Hugo Pacheco y Matari Pierre

CONSEJO EDITORIAL
Hugo Aboites, Guillermo Almeyra, Armando Bartra, Barry Carr, Elvira Concheiro, Horacio Crespo, Gerardo de la Fuente, Enrique Dussel, José G. Gandarilla Salgado, Pablo González Casanova, Francisco López Bárcenas, Ricardo Melgar, Massimo Modonesi, Lucio Oliver, Carlos Payán, Enrique Semo, Raquel Tibol†, Gabriel Vargas y Mario J. Zepeda

CORRECCIÓN DE ESTILO
Ricardo Águila Sánchez
Juan Luis Concheiro

DISEÑO Y FORMACIÓN
Argel Gómez Concheiro

IMAGEN DE PORTADA
Ilustración de Diego Rivera

CEMOS

CENTRO DE ESTUDIOS DEL MOVIMIENTO OBRERO Y SOCIALISTA, AC.

Presidente y director fundador: Arnoldo Martínez Verdugo†
Directora: Elvira Concheiro

Memoria es una publicación del Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista, AC. Pallares y Portillo 99, colonia Parque San Andrés, Ciudad de México, CP 04040. Teléfono: 55490253.
Certificado de licitud de título Número 5008 (otorgado el 13 de mayo de 1992). Reserva de título número 11796-92.
ISSN 0186-1395.

revistamemoria.mx

DIEGO RIVERA ILUSTRADOR

Entre 1906 y 1957, Diego Rivera realizó cientos de trabajos para ilustrar libros y revistas. Colaboró en publicaciones como *El Maestro* –impulsada por Vasconcelos–, *El Machete*, del Partido Comunista, o *Frente a Frente*, de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR); también en proyectos periodísticos y de divulgación cultural, por ejemplo, *Savia Moderna* y la revista *Siempre!* Además, ilustró libros de arte y poesía de autores como Pablo Neruda o André Breton.

La primera aportación de Rivera a la revolución cultural de Vasconcelos "no fue la pintura mural sino el diseño gráfico y el dibujo para ilustraciones", explica Raquel Tibol, en el libro *Diego Rivera, gran ilustrador*, del que fueron tomadas las imágenes para el presente número de *Memoria*. "El periodo más pródigo de Rivera como ilustrador fue seguramente en el de los años veinte. La juventud, el eufórico reconocimiento del pueblo mexicano a su diversidad étnica, histórica y social; la efervescencia entre artistas y escritores por lograr productos culturales generosos, refinados y accesibles le impedían negarse a cualquier solicitud".

La colección de dibujos de Rivera nos trae la imagen de una revolución que soñaba con dos grandes obras: la regeneración del campo –resultado del reparto agrario– y la educación liberadora y popular. Esos proyectos movilizaron a la sociedad mexicana, y se frustraron en un régimen autoritario y corrupto.

CRÍTICA DE LA CONTRA-REFORMA EDUCATIVA Y BÚSQUEDA DE ALTERNATIVAS

Desde *Memoria* queremos reflexionar sobre esta coyuntura crítica más allá de la crónica cotidiana y del forcejeo propio del conflicto social y político en curso. Para ello realizamos un debate –al que invitamos a Imanol Ordorika, Teresita Garduño y Manuel Pérez Rocha– en torno de tres dimensiones fundamentales:

En primer lugar, abordamos la reforma en función de sus alcances más profundos: ¿qué hay detrás de la reforma laboral?, ¿qué hay en términos de proyecto educativo o de antiproyecto educativo?, ¿en qué medida anidan allí una voluntad y un proyecto de privatización?

En segundo lugar, nos interrogamos respecto a qué opciones de modelos educativos y pedagógicos tenemos a partir de la acumulación histórica de experiencias; nos importa este aspecto, del cual no se habla mucho –salvo en los espacios de especialistas o en algunos sectores del magisterio–. ¿Qué podemos contraponer a esta reforma que no sea la mera defensa de lo laboral? Porque si bien esa defensa es válida y legítima, poner en evidencia la disputa más profunda tiene que ver con el rumbo y el sentido de país, el valor y la orientación de la educación ofrecida a los niños y, en general, a los estudiantes del país.

En tercer lugar, nos preguntamos: ¿con qué fuerza contamos?, ¿quiénes serían los actores capaces de impulsar una alternativa?, ¿en qué condiciones se hallan éstos?

I

IMANOL ORDORIKA: Con varios colegas, desde que salieron los cambios normativos en cuestión, estuvimos tratando de analizar los porqués de la iniciativa gubernamental. No sólo de las políticas de gobierno sino, también, de las razones que explicaban el involucramiento del sector empresarial en el educativo. Este interés es relativamente nuevo en el país, con la virulencia y efusividad muy simbolizada por la salida al aire del documental *De panzazo*, pero también la creación de Mexicanos Primero, y cuatro o cinco fundaciones o grupos de este tipo que empezaron a plantear el tema de la crisis de la educación.

Podemos coincidir en que la educación pública en México vive una larga crisis: de proyecto, de identidad, de compromiso estatal en términos de financiamiento, de apoyos, de valorización de la profesión académica. Sería largo enumerar los factores y las dimensiones de esta crisis. Y de repente irrumpe, con el advenimiento del Partido Acción Nacional –sobre todo a partir de su segundo periodo–, esta ofensiva empresarial, por un lado, y posteriormente otro ataque gubernamental,

concentrado en los trabajadores de la educación, en los profesores mexicanos.

Esta ofensiva intenta generar una explicación simplista de la crisis: los problemas de la educación en México se deben fundamentalmente a los maestros. Por consiguiente, la dificultad consiste en sacar a los malos profesores, y de alguna manera se resolverán así los problemas educativos.

La primera explicación que analizábamos era que en el lado gubernamental se proponían básicamente dos grandes operaciones de relativo corto plazo:

En primer lugar, la desactivación de la fuerza política de Elba Esther Gordillo y del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE), que había salido de los cauces tradicionales de la política priista y llevaba un rato "jugando por la libre". Y aunque trataba de vender a Peña Nieto parte de su triunfo electoral como una aportación, Elba Esther intentaba seguir fingiendo como fiel de la balanza. Era un sector político al que el Partido Revolucionario Institucional (PRI) retornado –no se puede decir renovado, ni mucho menos– trataba de poner en orden, de someter a la dinámica del control del partido y del gobierno. Esto, por un lado.

En segundo lugar, el único sector social con capacidad de movilización relativamente constante más allá de la emergencia coyuntural del #YoSoy132 era la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE): la única fuerza social y política que se escapaba del Pacto por México. Ni siquiera Movimiento Regeneración Nacional (Morena) escapa todavía al Pacto por México, pues se define respecto a éste. Y en el esquema autista del sistema de partidos políticos mexicanos se mira el ombligo y ve las próximas elecciones como horizonte político, y nada más.

Eso resolvía una parte de la ecuación: ¿a qué juega el gobierno? Pero no me da la impresión de que impulse en este momento un proyecto educativo con visión estratégica, con un planteamiento de recomposición de "Pacto histórico mexicano", como sugería Adolfo Gilly en La Jornada el 22 de junio de 2016. Tampoco veo en Mexicanos Primero un gran proyecto educativo vinculado a un nuevo modelo de acumulación capitalista correspondiente a una visión del empresariado mexicano.

Recientemente, en una reunión en Estados Unidos, sindicalistas y representantes magisteriales de nivel básico de ese país y de Reino Unido narraban experiencias de los proyectos empresariales de privatización, no en la lógica de privatizar la educación como un proyecto estratégico de desarrollo nacional sino en la de decir: "Aquí hay un negocio potencial, hay que incorporarlo como parte del proceso de intercambio de mercancías". Hay dinámicas además muy similares. Antes de *De panzazo* estaba *Waiting for a superman*, toda la dinámica de desprestigio de los sindicatos y profesores en Estados Unidos y Reino Unido. Y la aparición de grandes empresas privadas –Pearson en primer lugar mundial–, que pasaron de editoriales muy importantes relacionadas con la educación a proveedores de servicios en este sector. Algunas entidades de Estados Unidos han subrogado la educación pública básica a la administración de las escuelas de Pearson. En otros casos provee profesores: la autoridad pública le paga y Pearson pone, por ejemplo, a 100 profesores suyos a impartir las clases en un distrito escolar determinado. En países como Liberia y Gabón se le han subrogado todos los sistemas de educación pública básica a Pearson. Hay un esquema de privatización que parece incipiente en México, pero que podría ser el tema que mueve al empresariado local. Santillana ha empezado a jugar esa carta en el país. En Estados Unidos hay escuelas públicas, hay escuelas privadas de distintos tipos y desde hace tiempo las escuelas *charter*, privadas con financiamiento público, o públicas con interés privado. En ellas ha habido distintos niveles de ventas de servicios o de compra de servicios por el sector público hacia los empresarios. Adquirir el plan de estudios

completo de educación básica, por ejemplo, a Pearson o a otra empresa, comprar profesores, pizarrones electrónicos, libros y demás insumos.

MASSIMO MODONESI: Ése es un esquema sofisticado; algo más elemental es empezar a cobrar la educación pública.

IMANOL ORDORIKA: Sí, pero aquí no veo ese peligro en lo inmediato. Tocar la gratuidad me parece muy complejo. También lo es apostar por que, en su expansión, el sector privado vaya sustituyendo al público. Por lo menos las tendencias en los últimos 20 años apuntan a un crecimiento de 4 a 9 por ciento en la matrícula en el sector privado; tampoco se trata de un vuelco.

TERESITA GARDUÑO: Atrajo enormemente mi atención que la primera reforma propuesta y aprobada en el sexenio fuera la educativa. Había claridad, o al menos una decisión política, del gobierno para optar por la reforma educativa como un primer embate. Coincido con muchos de los planteamientos formulados, con lo que pasó con Elba Esther, con lo que pasó con Nueva Alianza, con cómo se mueven las fuerzas ahí en la decisión sobre la primera de dichas reformas. La venta de servicios mencionada no es tan lejana. Pongo un ejemplo: existe el Sistema UNO. Una empresa vende el currículum, los materiales de planeación de los profesores, el avance programático –hasta dónde deben llegar los profesores– y los libros para los niños. Las escuelas contratan esos servicios, y los prestadores les resuelven todo.

Ciertamente, una escuela pública no está en condiciones de comprar esos servicios o parte de ellos. Por ese lado hay avances, desde la perspectiva privada, para entrar en la escuela y ocupar el espacio curricular, lo cual corresponde a un abandono de la Secretaría de Educación Pública (SEP), que ya no se hace cargo del mejoramiento curricular.

Hay grandes huecos, por ejemplo en el programa por competencias, que empieza con una propuesta que podría ser más o menos razonable en preescolar y que se va perdiendo de manera paulatina en los otros niveles. El programa de competencias nace aquí con el Consejo Nacional de Fomento Educativo, pues éste debe ofrecer el servicio educativo a las poblaciones más alejadas de los centro urbanos y, sobre todo, a los migrantes, y ellos están en todos lados. ¿Qué les ofrecemos como grupo? El plan de estudios existente en ese momento no era útil, pues los niños migrantes pasan de una escuela a otra y cambian cada mes. Ése fue el primer currículum por competencias del país. Sin embargo, la visión de competencias implicaba una perspectiva de competencias para la vida. Y ésta se retoma de cierto modo en el programa de preescolar de la SEP, pero se pierde en el de primaria y hay poco interés de dicha dependencia en enfrentar las múltiples incongruencias y deficiencias. Hay gran inmediatez y apuro para publicar el programa de secundaria. Incluso, quienes estábamos en ese momento en la SEP les dijimos: "No publiquen; eso está mal. Hay que corregir y hacerlo coherente". Y respondieron: "Tenemos que publicar". ¿Por qué ofrecer un cambio de programa cuando teníamos un programa de secundaria anterior que podría funcionar más o menos? Ofrecer otro para entrar en la lógica de competencias como si se estuviera ofreciendo un nuevo producto. En realidad, no lo hicieron en primaria, donde los programas están totalmente desarticulados y no

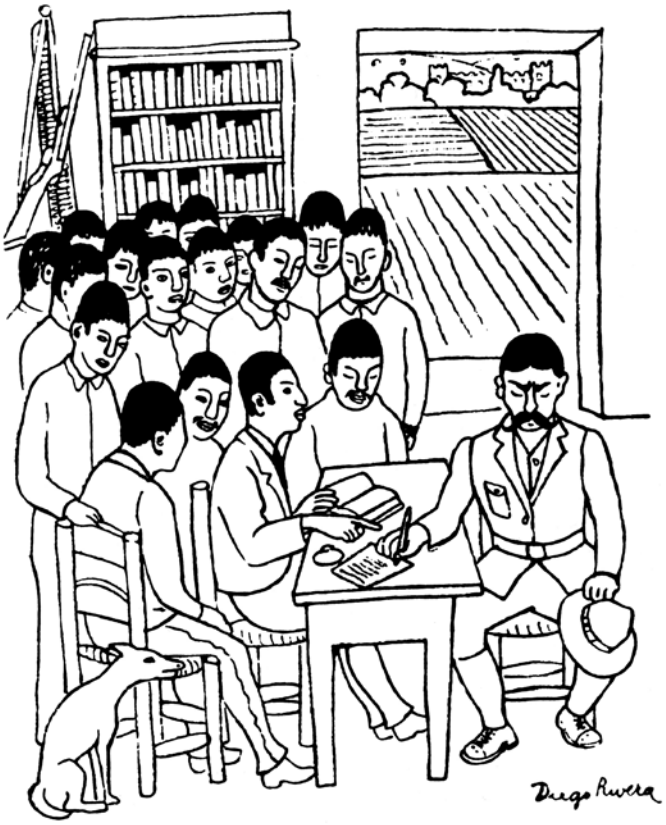
obedecen a una lógica integral, ni en secundaria. Esto, en el anterior sexenio. Se acaban las inversiones en el capital cultural de los investigadores. El Departamento de Investigaciones Educativas queda fuera, la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) queda fuera, la Universidad Pedagógica Nacional queda fuera, quienes habían participado en reformas anteriores quedaron fuera. Hay declaraciones del mismo yerno de Elba Esther como "no más investigadores en la SEP". ¿Cuáles directrices llevan a decir "no más investigadores"? Se suponía que entonces los profesores participarían, pero tampoco fueron ellos.

En realidad, no se atiende la revisión de los programas; el diagnóstico para cambiar uno no existe, no se realiza un diagnóstico nacional. Hay que revisar lo sucedido, ver dónde están las fortalezas y las deficiencias. El diagnóstico para ese cambio curricular, anterior a esta reforma, no existe, no está. Y esto compete a la SEP. ¿Por qué razón ésta no efectuó el diagnóstico? ¿Por qué no lo publicó?

Desde luego, en la "reforma educativa" actual eso no se toca.

No se habla en lo absoluto de cómo se van a enriquecer los programas, de cuál es el diagnóstico nacional que nos permitiría decidir cómo mejoramos la famosa "calidad de la educación", que nunca ha sido descrita ni se ha aclarado qué significa.

Pero aparece en el discurso de Mexicanos Primero y de otras instancias la comparación de los resultados de los estudiantes nacionales con otros en diferentes lugares del mundo, como la prueba PISA o los resultados de ENLACE o los resultados de



Planea. Y claro, se sentencia que el culpable es el profesor; los maestros son incompetentes, y por eso los niños tienen estos resultados.

La investigadora ecuatoriana, ex ministra de Educación, Rosa María Torres realizó un trabajo interesante sobre los resultados de la prueba PISA en relación con el sistema educativo finlandés. Un dato importante es que México en apariencia invierte más pagos, más horas, más insumos que Finlandia, que tiene mejores resultados. Pero ese modelo tiene algo que el mexicano no: la confianza del gobierno en los profesores. En Finlandia son reconocidos, forman parte de la comunidad, van a los hogares. Pero resulta que, en condiciones socioeconómicas muy diferentes, en México también los profesores van a las casas y son queridos en las comunidades, aunque no por la SEP ni por los empresarios. La respuesta social de lo que pasa con la protesta magisterial tiene que ver con que los profesores son parte de la comunidad; han estado en las casas de los niños, y las familias salieron por ellos. En ciertos lugares dijeron: "Si nos mandan otros profesores, cerramos las escuelas". ¿Por qué sucede eso? Porque hay un paralelo en la estructura social, en la que el docente, en muchos espacios, sobre todo en los más pequeños y alejados de los centros urbanos, es una figura central apreciada por la comunidad. Esa figura del maestro rural que la Revolución promovió mueve a la comunidad y es un referente. Entonces, atribuir al profesor la responsabilidad de los malos resultados es una falacia manejada política y mediáticamente, mientras se niega la existencia de un proyecto privatizador.

Ese fenómeno coincide con el ataque a diversos sindicatos, en muchos lugares del mundo. Me sorprende lo dicho por Imanol pues, en efecto, el magisterio tiene mayor fuerza que muchos partidos políticos. Entonces, es un sector peligroso al cual puede atacarse culpándolo de los problemas educativos del país.

Por otra parte, cuando el análisis de las pruebas refleja que los chicos de las comunidades más alejadas, los de un entorno cultural menos amplio o de menor acceso a los recursos, salen peor, es porque el de las pruebas de ENLACE es un problema del lenguaje, no de conocimientos. Si pongo a cierto niño la palabra *disputa* en una pregunta y nunca la ha oído, no puede contestar; quizá si la sustituyo por *pelea*, entiende y contesta la pregunta. Las pruebas aplicadas en México no fueron contextualizadas. Se implantan de manera igual en el país, pues piensan que deben medirse igual, pero no puede medirse igual lo diferente. El contexto de los niños en diversos espacios es distinto.

No es claro. ¿Qué tratan de medir? ¿Qué quieren saber? ¿Cuáles habilidades se desarrollan y cuáles no? ¿Cuáles herramientas son útiles? Son cuestiones que en esta reforma no se responden.

Considerando los contextos, también hay diferencias con los profesores de diferentes niveles. Algunos trabajan en la comunidad durante muchos años, y tienen un lenguaje y ciertas habilidades para ese contexto; otros poseen un tipo de recursos distintos. Sin embargo, ambos tienen saberes pedagógicos, pero con un lenguaje diferente; y las pruebas aplicadas son todas iguales y no reconocen esa diversidad. Me parece perverso. Es como si intencionalmente se buscara que fracasaran.

Además, se niega el avance conceptual, digamos teórico, sobre la evaluación. Podemos leer a diversos autores, empezando por Díaz Barriga y muchos otros, para quienes la evaluación es un proceso, que debe haber muchos momentos, que hay que entrar en el contexto, que todos los actores sociales deben estar, y lo primero que hace la reforma es considerar una instancia por encima de la estructura educativa, asignándole la tarea de la evaluación.

De hecho, en la ley se dice que van a preparar la estructura de la SEP para que pueda evaluar. Eso no pasó. El Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación (INEE) aplica un examen a todos los profesores por igual, sin considerar ninguna diferencia. Se niega la posibilidad de participar a

profesores, supervisores, padres. Antes se tenía un amplio cuerpo de supervisores y apoyos técnicos que podrían participar en esa evaluación. Se trabajó un poco en la época de Fox para su formación. Se hizo una labor un poco menor en la de Calderón, trabajando con los supervisores escolares para que pudieran colaborar en la evaluación. De la noche a la mañana se niega todo ese trabajo previo y ahora se mina, poco a poco disminuyen los apoyos de la supervisión escolar.

Todo se deposita en el INEE. Se evaluará sólo por una instancia, pues uno de los objetivos fundamentales es decir que los profesores son los culpables de un país de reprobados. Entonces, hay que sancionarlos. ¿Qué sucedió ahí, cómo fue ese discurso público oficial que llevó a poner la responsabilidad total –como lo está siendo ahora la ley de salud en los médicos y enfermeros– en los profesores? ¿Cuándo el Estado dejó de nutrir la investigación, el diseño curricular, la formación, la elaboración de los libros de texto? Éstos no sólo una vez salieron con faltas de ortografía: se han empobrecido enormemente, y no hay un cuerpo de investigadores, de experimentadores que vayan a probar a las escuelas y analicen la pertinencia. Eso tal vez sea un aspecto importante de análisis porque hubo una decisión muy clara de no sé si privatizar, pero sí dejar de hacerse responsables de lo que les toca, la educación pública, e invertir en ella todo lo requerido para ser pertinente.

MANUEL PÉREZ ROCHA: Quisiera retomar el asunto de la fuerte iniciativa de los empresarios y del gobierno en esta supuesta reforma que vivimos. Hay una figura aportada originalmente por un instituto de Estados Unidos, el Economy Policy Institute (EPI), para analizar lo que pasaba con los conflictos en el mismo campo en ese país. Plantearon que se hacía de las escuelas públicas y de los profesores "el chivo expiatorio"; y efectivamente, los empresarios, los economistas estadounidenses, ante las crisis del sistema económico, comenzaron a decir que la crisis y las dificultades económicas de EUA provenían de un descenso de la productividad, y que ésta había descendido por falta de calificación de la mano de obra, y que ella estaba bien calificada porque el sistema educativo estaba actuando mal, y éste funcionaba mal porque los maestros estaban mal. Este discurso se expresó allá hace unos 10 años, de manera nítida.

El EPI ha trabajado mucho sobre el tema y publicado textos muy ilustrativos. Por ejemplo, demuestra que no hay esa concatenación por ninguna parte, que las dificultades de competitividad de EUA no están ligadas exclusivamente a la productividad, que la productividad no está ligada de ninguna manera con la capacitación o no de la mano de obra, y que la capacitación de la mano de obra tampoco tiene correlación directa con el funcionamiento del sistema escolar. Vale la pena echar un vistazo a esos materiales, pues por mera "ósmosis" no pudo ese discurso haberse trasladado a nuestro país; se ha trasladado por vías concretas, Mexicanos Primero ha estado atenta a lo que se hace en EUA; ha consultado a Eric Hanushek, el economista "estrella" ahí desde hace varios gobiernos. Fue asesor de Clinton, de Bush…, y formuló este planteamiento.

Los intereses económicos ante las dificultades vigentes buscan una explicación. Y como no la buscarán en las condiciones del sistema económico, crean entonces el "chivo expiatorio": las escuelas y los profesores. Y eso ocurre en nuestro país. Los discursos de Mexicanos Primero son calca de lo que se dice en al respecto en EUA. Claudio X. González ha tenido párrafos

idénticos a los de Hanushek: ha dicho que la pobreza, la falta de ingresos, la corrupción, la democracia puramente electoral, todos esos males obedecen a la escuela.

Aquí entra otro elemento característico no sólo de estos economistas, funcionarios y empresarios, sino que es muy generalizado: la sobresimplificación del asunto educativo, prácticamente una trivialización. Por ejemplo, cuando se dice: "Vean: es que no van a clases, no les dan clases", como si educación fuera igual a clases. Tuvimos una experiencia de trivialización similar en 1986, con el diagnóstico de Jorge Carpizo McGregor acerca de la UNAM: "El problema está en que los maestros no enseñan, los estudiantes no estudian y los investigadores no investigan. La solución: que los maestros enseñen, los estudiantes estudien y los investigadores investiguen". Le contestaron brillantemente: "Y que los funcionarios funcionen". Esto lo ve uno en la prensa, en la televisión, en todas partes: "faltaron a clases", "les faltaron clases",

"no hubo clases", y supuestamente por esa falta está mal la educación. Todo se simplifica cuando el asunto educativo es el más complejo que podemos plantearnos en términos individuales y sociales.

La educación atañe a las cuestiones económicas y políticas, a la cultura, absolutamente a todo. Una de las mayores aberraciones estos días ha sido la declaración del titular de la SEP respecto a que no tiene tiempo para la cultura. ¿Cómo entienden

la educación entonces si no tienen tiempo para la cultura?, y ¿cómo entienden ésta?

Cuando se debatió sobre la creación o no de una secretaría de cultura en la Ciudad de México, hace casi 10 años, Humberto Musacchio dio una explicación brillante y clara, pero del todo equivocada: dijo que no podían subsistir en una misma dependencia cultura y educación porque la primera es el espacio de la libertad y la creatividad; y la segunda, el de lo obligatorio y lo aburrido. La cuestión está en el reto de que la educación deje de ser el espacio de lo obligatorio y lo aburrido. Debe reconocerse que la educación está saliendo de sus tiempos más oscuros. A finales del siglo XIX empezó a haber realmente un debate pedagógico, una crítica a la escuela tradicional, a todos sus vicios, pero durante siglos la educación fue un espacio de lo obligatorio y de lo aburrido y de muchas cosas peores.

Es fundamental situarse en la complejidad del reto educativo, y una de sus complejidades es precisamente pedagógica y cultural. Es lo primero por entender: la escuela y la educación no existen en el vacío.

Fernando Solana planteó en el libro *Tan lejos como llegue la escuela* la tesis de que la sociedad llegará tan lejos como la escuela. Me parece equivocado: ésta llegará tan lejos como la sociedad. Cito con frecuencia un dicho de ciertos pueblos africanos según el cual para educar a un joven se necesita la colaboración de toda la aldea, y –en efecto– la educación de los jóvenes muy parcialmente se da en la escuela: en gran medida se da en la calle, en los medios, en la familia, en las iglesias, en todas partes. Y lo que puede hacerse en la escuela está en gran medida limitado, condicionado, por lo que se lleva a cabo fuera. Se ha reiterado que la televisión y los medios son deseducativos; y lo son, pero nadie los evalúa.

Cuando se fundó el INEE, planteé en el artículo "Evaluar el contexto" que lo primero por evaluar eran ese contexto y las televisoras, en particular éstas, que financian las campañas de desprestigio del magisterio. Y me refería entonces a la hipocresía de que las televisoras, los medios, financiados por los grandes capitales que deseducan a la juventud, se lancen a endilgar toda la responsabilidad a ese chivo expiatorio que han construido: los maestros.

La destrucción de la educación por los medios llega a muchos niveles: los contenidos, los antivalores que promueven, las actitudes, pero incluso en algunas cuestiones pedagógicas, hasta didácticas. Cierto investigador estadounidense trabaja el tema y señala cómo la publicidad, en particular la televisiva, genera mecanismos totalmente opuestos a los necesarios para aprender y educarse.

La publicidad se basa en gran medida en una sobreestimulación obsesiva, visual, auditiva. Al niño habituado a esto no se le puede sentar cinco minutos a leer media página; de inmediato comienza a buscar otro estímulo. No ha sido exagerado decir que lo que hace la escuela por la mañana lo destruye en la tarde la televisión; lo lleva a cabo de muchas maneras.

Es entonces una gran hipocresía de los empresarios, quienes tienen un vínculo estrecho con los medios, que sobresimplificando la cuestión educativa y cargándole toda la responsabilidad a los maestros, salgan con que ahora ellos dirigirán la educación en el país, y la están dirigiendo ya, pues se privatiza, no por la vía de la venta de servicios, por ocurrir en algún momento, ya les pusieron a su disposición 50 mil millones de pesos a fin de reparar las escuelas, negociazo para las constructoras.

Pero hay otra privatización: la conducción del sistema educativo por esos intereses privados y cómo a través de ella introducen en el sistema educativo público todos los antivalores reinantes en el privado: rivalidad, competencia, ambición. Los directores son ahora líderes, como en las empresas. Para asumir esa posición de liderazgo debe competirse con los colegas; y obviamente, poseer ese liderazgo implica también mayor dinero, y hay que competir por él.

Con eso se introducen todos los antivalores reinantes en el mundo de los negocios privados. Ésta es, desde mi punto de

vista, una de las privatizaciones más claras de la educación.

¿Por qué hace esto el sector privado, los empresarios o, más concretamente, la oligarquía organizada? ¿Por qué lo hace? Por razones ideológicas: poner sobre la mesa un discurso donde la atención hay que prestarla a los maestros y no a todos los vicios del sistema económico, sus perversiones y deficiencias. No se vayan a poner a discutir el sistema económico; los problemas están en la escuela. Pero lo hacen también por razones prácticas. En el caso de México hay un plan bien hecho para modernizar el sur-sureste, el sur-sureste indómito, con riquezas naturales formidables y que se puede explotar sólo si se tiene el control político. En éste, un elemento fundamental son los profesoresmaestros.

Hay que someter a los maestros de la CNTE, y la campaña contra ella viene durísima y así seguirá. Se ha compuesto ya una franca lucha de clases. De la clase empresarial organizada, decidida, por una parte, al control de la educación; y, por otra, a la expansión del sistema económico capitalista en el sur-sureste del país; y del otro lado, los trabajadores de la educación, y los pueblos más o menos cercanos a ellos.

IMANOL ORDORIKA: Hay momentos en los cuales el Estado y la burguesía mexicanos se tropiezan con factores que les vienen bien en el momento. Se toparon con las competencias y, ante la falta de cualquier orientación educativa –desde hacía años nadie pensaba en una orientación educativa para el país–, asumieron este planteamiento. Por supuesto, las competencias tienen una carga fuerte, seria. No me queda claro que Claudio X. González tenga analistas que le digan cómo los programas por competencias efectivamente alimentan la alienación de la clase trabajadora, fortalecen el poder del Estado sobre los mexicanos.

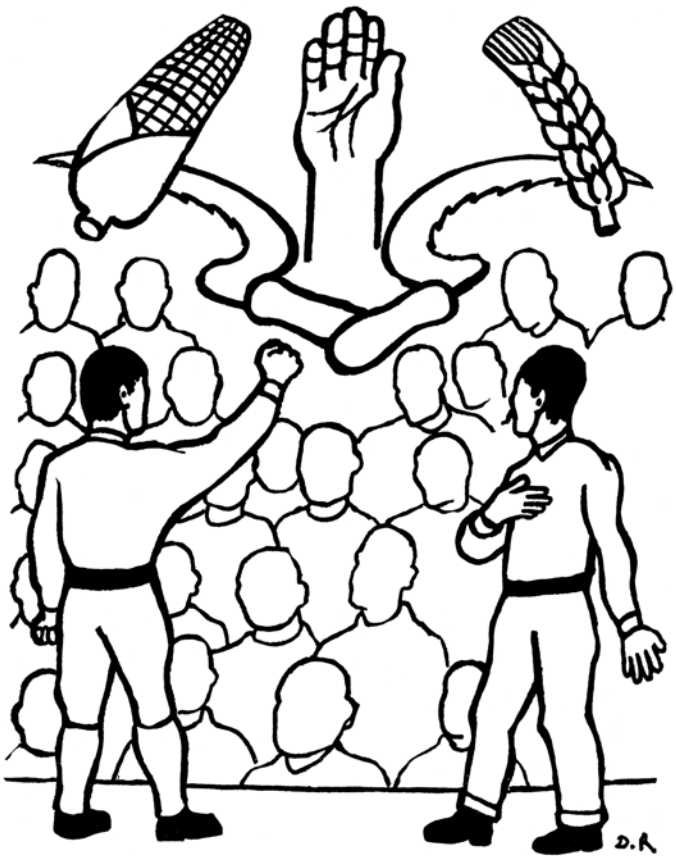
Tropezaron con eso, lo agarraron, lo adaptaron, lo pactaron, pues fue un acuerdo del congreso del SNTE. Sus dos últimas convenciones alimentaron al gobierno mexicano y a todos los partidos políticos. El proyecto educativo de Andrés Manuel López Obrador era calca de los acuerdos del último Congreso Nacional del SNTE, no de la CNTE. Resultaba verdaderamente patético, pues no hay ningún pensamiento educativo. Han salido cosas por ahí como la Universidad Autónoma de la Ciudad de México con un enorme esfuerzo, pero no podemos decir que la oposición esté pensando en la educación.

Nunca se han edificado más escuelas en México como en el programa de Torres Bodet, donde hicieron grandes negocios ICA y otras constructoras. Siempre la iniciativa de obra pública del gobierno mexicano ha alimentado a los empresarios privados del sector. No creo ése argumento suficiente para señalar que la privatización avanza.

Podemos referir que la construcción de escuelas ha estado siempre privatizada; ¿nos da eso para afirmar que éstos son los elementos clave de un proceso privatizador? Creo que no es suficiente. Tendríamos que ver, en primer lugar, el crecimiento de la matrícula privada respecto a la pública y si esto muestra un cambio notable como ocurrió con la educación superior. En los últimos 25 años se contiene la oferta de educación pública, se desregula y pasa de como 7 a 35 por ciento. Allí hubo privatización de la oferta educativa. No está claro que de repente lo que han propuesto en esta reforma tenga ese horizonte. No quiere decir que no tengamos que estar prevenidos, atentos, listos.

Otro aspecto, por ejemplo: la compra de servicios privados. Uno podría decir: "Quizá viene en esta cosa de 'la escuela al centro', donde plantearon que los directores van a tener más margen para tomar decisiones, que los recursos se darán directamente a las escuelas". ¿Por ahí soltarán el presupuesto para que vayan y le compren a Santillana? No sé. A lo mejor es otra pista que hay que seguir. En todo caso, como hizo por ejemplo Diane Ravitch, en Estados Unidos: *follow the money!* Debemos tender a ello porque, si no, hay una formulación fantasmagórica y debilitadora del discurso. Escuchaba hace algunos días el programa de los maestros con Manuel Gil y Roberto Rodríguez en TVUNAM. Estoy de acuerdo con el discurso en general, pero…

GERARDO DE LA FUENTE: ¿Nos dices que no hay un proyecto, el proyecto de un Maquiavelo que tiene una visión, sino que van a golpe de timón?



IMANOL ORDORIKA: Creo que piensan en dos cosas. Primera, que para todo plan futuro, coincido absolutamente, hay que controlar al magisterio. Es para la continuidad de un proyecto que creen empezado con el retorno de Peña Nieto: vamos a recuperar la rectoría del Estado. Pero ¿cuándo la perdieron? Nunca. La connivencia entre sindicato y autoridades es la construcción del Estado corporativo mexicano. Y lo que reprocharon al Mexicano de Electricistas es exactamente lo que construyeron con él: prebendas, intercambios y demás. Lo mismo que erigieron con el Sindicato de Trabajadores de la UNAM: no te doy aumento, pero metemos dos trabajadores. Barres media baldosa y el otro trabajador la el resto; y nos hacemos todos locos de que esto pasó.

En cierta medida, en esa dinámica los sindicatos han sido parte de esos procesos de corrupción. Ahora resulta que el Estado mexicano dice: "¡Cuán terrible la venta de plazas!" Segundo elemento que creo hay que tener claro: del domingo para acá, de Nochixtlán para acá, hay un cambio de la correlación de fuerzas, pero creo que si no tenemos claro que el magisterio no vive esa armoniosa y dulce relación con las comunidades de base de todo el país, estamos equivocados. Los maestros fueron, con los estudiantes, el objeto del acto represivo perfectamente planeado del 1 de diciembre de 2012, pues había que pegarles en serio. De ahí ha venido una campaña sostenida de desprestigio. Con tal campaña, involuntariamente, sectores de la CNTE ha colaborado; pero ese tema les toca discutir a ellos.

En las clases medias urbanas, y no sólo de las grandes metrópolis mexicanas, hubo una pérdida en la correlación de fuerzas respecto al magisterio. La debilidad de la sección IX es una de las muestras. Por supuesto, en los sectores rurales la relación es distinta, pero no podemos generalizar. Ahora bien, el exceso represivo de Oaxaca ha modificado este equilibrio desfavorable, pero es una especie de bono que quién sabe para cuánto más dé.

Un último aspecto que me parece importante: como seguramente coincidimos, la ofensiva de las normales empezó al terminar Lázaro Cárdenas. La relación con sus comunidades explica que hayan resistido tanto como lo han hecho. No olvidemos que con Calderón se hizo una reforma de las normales. Cerraron el Mexe, pero hubo una reforma de las normales; y Elba Esther Gordillo declaró que había que hacerlas escuelas de turismo o lo que hicieron con el Mexe, un instituto tecnológico.

La ofensiva contra los normalistas está ahí; a la vez supone una de las operaciones más refinadas del Estado mexicano en algo poco analizado. Y es –Luis Hernández lo ha tratado bastante bien– no tener la obligación de ser normalista para poder impartir clase. Como en Finlandia, donde no tienen escuelas normales, pero se estableció la carrera de profesor en las universidades. Se puede estudiar ingeniería y luego ser profesor, en una maestría en magisterio… no sé cómo se llama exactamente. Aquí, en México, ya liberaron. Ese golpe viene desde hace tiempo armándose y pega profundamente a las normales.

La pregunta es cómo podemos dar un paso que contribuya a la lucha de los maestros de oposición, dando elementos y que incluso avance más allá de los objetivos tan cortoplacistas perseguidos. Van a negociar –y parece que lo harán– porque la reforma resulta absolutamente cortoplacista, y parecería que la CNTE está dispuesta a aceptar un elemento básico: la desvinculación entre la evaluación y la permanencia. Ése fue el planteamiento de Elba Esther antes que la encarcelaran: estamos de acuerdo con la reforma, excepto con esto. Y según lo que nos cuentan en la negociación que se abre, la CNTE plantea: mientras no toquen la estabilidad laboral, hagan todas las evaluaciones que quieran. Es un tema complicado.

II

MASSIMO MODONESI: Nos interesa además, tras analizar el escenario, pensar en cómo nos movemos, desde dónde nos movemos, desde qué experiencias, qué acervo tenemos, con todos los límites que señalaba Imanol. Es decir, qué proponemos y desde dónde podemos empezar a salir de un atolladero donde el conflicto nos coloca, a la defensiva, desde la trinchera de lo gremial, defendiendo el trabajo. Es necesario preguntarnos con cuáles recursos, experiencias, referencias educativas y pedagógicas contamos para impulsar un proyecto distinto del oficial.

JOEL ORTEGA: La idea-fuerza del gobierno y de los empresarios es muy poderosa: hay una crisis en la educación; los culpables son los maestros, y hay que someterlos a evaluación. Ésta constituye el eje de su proyecto. Y del otro lado se dice: "Es que el asunto de la educación resulta más complejo. Hay que ver el contexto". La pregunta es cómo contrarrestar ese discurso también con ideas-fuerza.

MANUEL PÉREZ ROCHA: El problema está en si podemos salir del simplismo con algo igual de eficaz, con la misma valía que el simplismo. Y uno de los primeros elementos por reconocer es que estamos frente a un asunto complejo. La gran trampa está en sobresimplificarlo, lo cual vale para la educación y otros espacios.

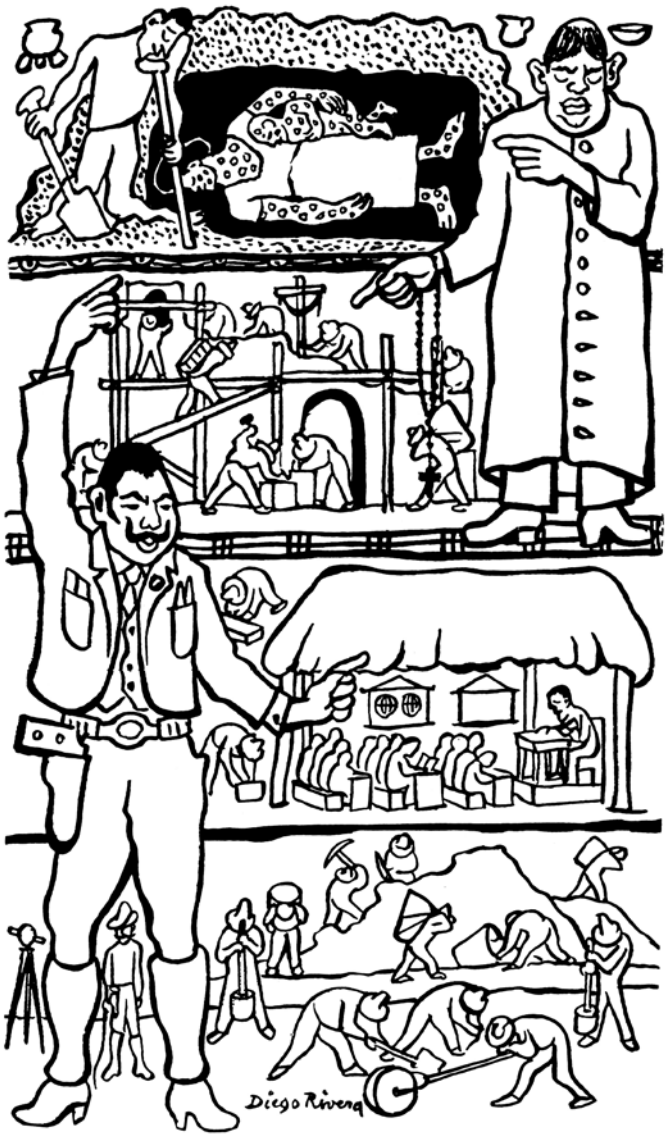
Uno de los grandes retos de la izquierda está en el ámbito de las ideas y el desarrollo de una posición auténticamente crítica en materia educativa. Y crítico no significa acusar a tal o cual. Un pensamiento crítico que ponga en juicio las teorías y los conceptos, incluso las palabras en juego en este debate.

En general, en el campo educativo impera un lenguaje muy descuidado. Pueden observar cómo utilizamos cotidianamente palabras confusas y ambivalentes. Puede sonar a caricatura: llamamos *calificación* a un 8, y un 8 es no una calificación sino una cuantificación. Confundimos *evaluación* con *medición*: *evaluar* es "juzgar". La evaluación es compleja; implica la definición de criterios; la medición, simple. La medición supone una tarea técnica. Se trata de saber cuántas veces en un determinado espacio caben las unidades definidas. Es una idea técnica, y la evaluación no es una tarea técnica, pues implica juicios y evaluación de criterios. Entonces, nos introduce en el ámbito de la filosofía, de la política, de la ética.

En la misma Ley del INEE, y me parece que incluso en la reforma constitucional, hay una confusión sobre esto. Se dice que la tarea del INEE es hacer medición. Y por eso argumenta: "Debemos escoger técnicos". Si se evaluará, se entrará en el espacio de la política, de la filosofía y la ética; y no basta la participación de técnicos: es necesario incorporar a todos los actores con intereses legítimos en esos ejercicios de valuación. Son dos ejemplos de cómo el lenguaje en el ámbito educativo es inmaduro. La madurez de una ciencia tiene mucho que ver con la de su terminología. El educativo es un campo muy atrasado, entre otras razones porque no se ha trabajado a conciencia en el espacio de la terminología educativa. Incluso, *enseñar, instruir, educar* se utilizan como sinónimos.

Aquí hay una tarea, una labor de pensamiento crítico en materia educativa, y empezará por la crítica de los conceptos, por la crítica del vocabulario en boga, y que pueden utilizarse como armas para el combate. Una de las críticas procedentes respecto a este proyecto es precisamente la trampa detrás de la confusión entre *evaluación* y *medición*. Esto es: "Hagan todos los ejercicios técnicos que quieran para medir; no hay problema. E incorporen a Eduardo Bacof, y a todos los psicómetras que se les ocurra". Pero si se trata de evaluar, es otro el ángulo, y precisamente uno de los problemas que tenemos ahí.

Ciertas disciplinas han dominado los estudios educativos y no tienen herramientas para resolver los estudios educativos. La psicometría es una disciplina muy limitada. Claro que tiene aportes, pero sus estudios no pueden resolver los problemas en educación. Y psicómetras ahorita están en esto. En el campo de la reflexión crítica, la izquierda tiene un trabajo importante.



IMANOL ORDORIKA: De acuerdo: debemos desarrollar una conceptualización educativa profunda, disciplinar, basada en teorías y conceptos bien definidos. Pero, a la vez, hay la necesidad de actuar políticamente en el corto plazo, pues tampoco podemos darnos el lujo de decir que nos retiramos un rato a reflexionar.

Un eje central del tema, y muy relacionado, es que llevamos por lo menos 30 años con la principal política educativa de México, y de muchos otros países, llamada "evaluación". Está

asociada a todo un fenómeno donde se volvieron hegemónicos sus planteamientos. Pasa por la escuela y por todos lados. *Competencia, eficacia, calidad, excelencia*, todos estos conceptos que desde el CEU, en 1986, discutíamos en contraposición con Carpizo, quien hablaba de la excelencia académica y todo eso.

En el ámbito de la educación superior, la evaluación fue el elemento clave para la entrega de recursos a las instituciones con los financiamientos extraordinarios y la remuneración a

los académicos; llevamos 30 años de eso. Y en educación básica, toda la línea de las Organizaciones para la Cooperación y el Desarrollo Económicos; y de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura ha sido evaluar e implantar la cultura de la evaluación. Si analizamos la alianza para la calidad educativa, el otro acuerdo firmado por la iglesia y líderes políticos, todos han sido alrededor de temas de evaluación, como el Centro Nacional de Evaluación para la Educación Superior, surgido con una lógica de evaluación.

Lo que entienden por *evaluación* es un ejercicio productivista. Hemos estado discutiendo que si evaluación sí o que si evaluación no. Manuel Gil Antón dice en el programa que mencioné: debe decirse que evaluación sí, pero de otra manera. Pero por qué tenemos que decir evaluación sí. Veamos temas centrales de la educación: más de 40 por ciento de las personas de entre 6 y 12 años son niños y jóvenes, niñas y *jóvenas*, y se encuentran en rezago educativo. Se trata de más de 5 millones de analfabetos en ese 40 por ciento.

Según el discurso oficial, el problema de atención escolar está resuelto; pero no. La cobertura persiste como uno de los temas centrales de la política educativa. Tenemos que decidir si podemos discutir evaluación; mas aquí hay otros temas. Segundo gran tema que deberíamos poner en el escenario: la revaloración de los maestros.

El maestro es pieza clave de la formación con calidad, excelencia, pertinencia, con las palabras que quieran agregar. Se necesita gente con buena formación y experiencia; no sólo formación temática sino didáctica, pedagógica. ¿Quieren copiar el modelo finlandés? Fórmemelos muy bien, paguémosles muy bien, démosles mucho apoyo. En términos de una frase con efecto político: ¿qué hacer para que los jóvenes y las mujeres más valiosos del país digan "Quiero ser maestro?"

Entonces, ¿cómo desplazamos el eje de la discusión para no seguir el objetivo del enemigo, evaluar? Éste no es el que hemos tenido: nunca se plantearon ellos el objetivo de evaluar para decir qué falla, cómo lo mejoramos. Nos evalúan para ver cómo nos pagaban menos; evalúan a las instituciones para estratificar la entrega de recursos.

Ese doble desplazamiento discursivo político me parece central. Y se yergue la idea de que una reforma educativa implica una discusión de proyecto nacional, de filosofía, de pensar en el tipo de educando por formar, cuáles estrategias hay. Ahora, en el contexto, ello es muy pobre. Prevalece una crisis de los programas pedagógicos imperantes en el país: terribles, por lo menos el de la UNAM, tremendamente mal. En México hubo discusión pedagógica muy fuerte, y no se tiene desde hace muchos años. No la hay como fenómeno importante, con repercusiones en los sistemas educativos. Entonces, debe reconstruirse ese debate.

MANUEL PÉREZ ROCHA: Se tienen dos planteamientos sobre la mesa, y creo que deben analizarse bien. Uno sería si ha habido un cambio drástico en el discurso del gobierno, e incluso de la oligarquía de Mexicanos Primero en términos de la responsabilidad del maestro. Ya no escucho que culpabilicen: intenta que se olvide esa acusación que les hicieron y quieren presentarse ahora como los defensores de los maestros.

Y otro elemento introducido por ellos es que precisamente eso sirve para ver quiénes son los buenos maestros y darles estímulos; supone una idea que también hay que someter a juicio, a crítica. Cierta maestra se lo dijo en la cara a al titular de la SEP, Aurelio Nuño Mayer: "Oiga, no. No hay buenos y malos maestros; acá todos somos buenos. No hay maestros excelentes; todos somos buenos y estamos comprometidos". Y en segundo lugar, el gobierno ofrece estímulos a los docentes. El problema está en que son incentivos perversos: dinero y honores, distinciones, pasar a ocupar el puesto de director.

Como esos estímulos se ofrecen, hay que someterlos crítica y adoptar una postura clara. ¿Cuáles son los incentivos que

debe tener el magisterio? Y aquí, lamentablemente, hay otro aspecto fundamental: nosotros, los académicos, los universitarios, ¿de cuáles elementos disponemos para hacer esa crítica cuando no la hemos formulado en nuestro espacio, cuando los universitarios han aceptado acríticamente esos antivalores, esos mecanismos, chantajes, sobornos, pues eso son?, ¿cómo vamos a criticarlos con solvencia moral frente a la sociedad?

TERESITA GARDUÑO: A ver: regresemos a la reforma educativa. Se ha mostrado que cuanto pasa en las escuelas es falso; y hay que demostrar que lo es. En el asunto de la revalorización, la redignificación del maestro, me parece un eje importante señalar lo que hace el maestro, mostrar todos los proyectos que están en Guerrero, Chiapas, Oaxaca, Hidalgo del Parral, Chihuahua, con los compañeros de la Concepción Meléndez y muchas escuelas que hacen trabajo pertinente en un contexto pobre, desatendido por el Estado, en un entorno donde las bancas se caen y el niño las tiene que sostener o el maestro coloca un tabique, pero en donde se aprende.

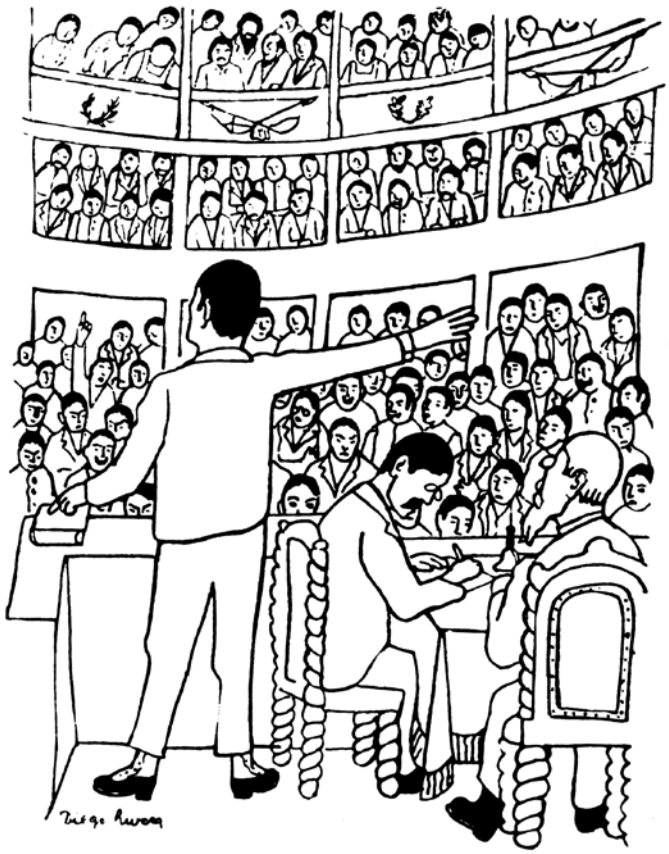
Esa parte corresponde a los espacios de investigación educativa difundirla. La pregunta es cuánto se ha hecho, o hemos hecho o deberíamos hacer, pues hay un trabajo fuerte que, además, se ha expuesto en muchos momentos. Lo ha hecho la CNTE en los foros nacionales, donde los maestros hablan de lo qué hacen, pero quizá no basta que lo indiquen ahí; falta difundirlo para convencer al otro. ¿Qué forma hay que dar a eso para que se vea? Para que la película no sea la del "maestro caricaturizado de la cinta *De panzazo*", donde el docente no estaba y los niños armaban un caos en el salón. Hay que mostrar la otra película, pues existe.

Y no lo digo porque lo imagine o crea sin bases. Lo afirmo porque he ido a las comunidades y miro el trabajo con los profesores; veo a los niños mixes que llegaron a un intercambio a mi escuela y han realizado un trabajo previo importante en sus aulas. Conozco las condiciones en muchos lugares. Mucha gente ha estado en esos espacios y sabe de la dignidad de ese trabajo, hecho en condiciones desfavorables, y sin embargo siguen avanzando, aparecen proyectos de escuelas, de comunidades, de regiones, de diseño curricular en muchos lugares. Un camino es difundir lo hecho por los maestros, dar constancia de que enfrentan con responsabilidad su tarea, compleja, nada simple.

Coincido con otros investigadores: la tarea docente es muy complicada; no todo mundo puede ser docente. Por eso hay que describir dicho proceso, hay que decir cómo lo hacen, cómo los maestros en esos cuatro palos en que está parado el techo del aula desempeñan su trabajo y los niños aprenden. Vale la pena difundir esos buenos ejemplos por todos los medios. No hablo de convencer a Mexicanos Primero. Son inconvencibles; saben qué buscan y tomaron la muestra de realidad que les convenía, borrando el resto del contexto.

La otra parte por convencer es el resto de la sociedad, que requiere verlo; es donde el Estado no ha intervenido. Ha intervenido en algunos momentos para recuperar prácticas cuando en la academia, por ejemplo Elsie Rockwell, publicó y difundió lo que encontró en las aulas y entonces la gente puede leer y reconocer cuán difícil resulta ser maestro. A ver: mandemos a Nuño Mayer a una comunidad, a caminar primero 3 horas, a ver qué enseña después.

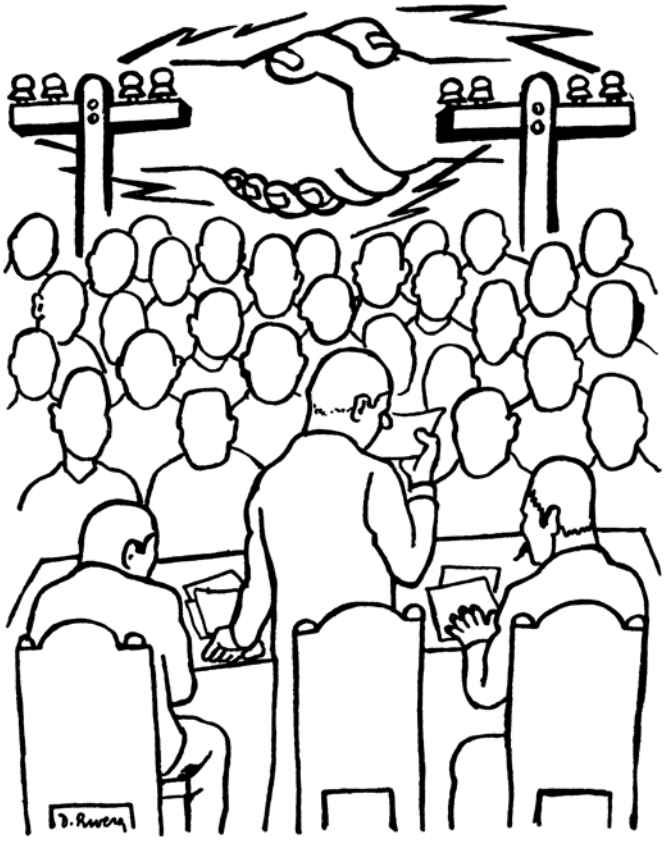
Conforme a esos buenos ejemplos, conviene hacer por todos los medios un trabajo exhaustivo, disciplinado, elaborado, de reconstrucción del discurso para que eso se lea y vea, se



difunda, para que así como los medios propagan una idea que quieren vender, promovamos la otra. Porque entonces en la reforma educativa propuesta puede partirse de un embrión de diagnóstico para decir: "Faltaría primero poner mesas, que no tengan los padres que ir hasta el centro de Tapachula a conseguir los muebles, porque no hay en la comunidad". Porque, es cierto, los niños aprenden mejor si no se mueve su banca y tienen una biblioteca adecuada, y eso no está. Aprovechan más si poseen un buen material de experimentación y práctica en matemáticas o ciencias.

El trabajo de la antropología educativa, el de acercamiento a las comunidades puede nutrir mucho y debería difundirse por todos los medios para que se vea que esas escuelas valen la pena: desempeñan un trabajo con programa, sin él, con competencias o sin ellas, en una labor de compromiso, que es lo que se necesita. No sé si los mejores maestros tengan que ir a las comunidades más pobres; los más comprometidos tienen que ir, los convencidos de que su tarea es fundamental ahí, y

de que deben quedarse el tiempo deseado, el que les sea gratificante para seguir haciendo esa tarea.



III

MASSIMO MODONESI: Retomo lo dicho por Manuel. En el fondo, la defensa de la educación irá tan lejos como podamos llegar en la defensa de la sociedad. La lucha será política, y siempre en el fondo hay que politizar el asunto. Los márgenes de maniobra que tenemos en ese contexto, con los intereses subyacentes, frente a este nivel de embestida, no creo que permitan en estas condiciones una negociación de fondo que suponga algo más que una tregua. Negociar puede ser un recurso coyuntural, táctico, pero no tiene trasfondo estratégico, no hay solución en la coyuntura ni en la lógica cortoplacista de decir "ahora tienen que recular porque exageraron con el uso de la violencia".

En el fondo hay inercias ligadas a intereses económicos y políticos. Si no poseemos alternativas en la mano, deben germinar en el ámbito de la lucha en ese conflicto y de las prácticas educativas de otro tipo y orientación distinta, que existen y pueden generarse. No ha de ser por fuerza en el ámbito electoral, pero pasarán eventualmente por la correlación general de fuerzas, donde hay vasos comunicantes. Es indispensable debilitar a las fuerzas dominantes no sólo por la emergencia de una fuerza alternativa que llegue al gobierno, sino en el terreno del sentido común y de la formación de contrapoderes sociales.

IMANOL ORDORIKA: En las reuniones sostenidas con los grupos de la CNTE hemos planteado la construcción de un espacio político de lo educativo con la convocatoria, incluso para llevar a la mesa de negociación, a un congreso pedagógico nacional que trascienda lo electoral. No me queda claro hoy qué es lo táctico y lo estratégico para el PRI, pues para ellos lo estratégico llega hasta la elección próxima, el 2018. Lo estratégico es ganar de nuevo la Presidencia. No creo que ninguno de ellos esté en un esquema transexenal de dejar instalado o blindado lo que pedía Mexicanos Primero.

MASSIMO MODONESI: Pero es inevitablemente transexenal, pues lo sostiene el interés que empuja hacia la mercantilización de la educación. Es un gran negocio en muchos países, más allá de México, donde hay un potencial de gran negocio educativo. Ciertos nichos ya fueron abiertos; el petróleo, por ejemplo. Muchos de esa envergadura están en la agenda del capital. Es un proyecto transexenal porque tiene esa relevancia; hay una necesidad del capital de realizarse.

MANUEL PÉREZ ROCHA: Uno de los grandes problemas ocurridos es que la educación se ha desatendido principalmente por los sectores que más preocupados deberían estar por ella. En la UNAM se crearon en la época de Barrios Sierra dos instancias para tratar asuntos educativos; luego desaparecieron, como si la pedagogía y la didáctica no fueran importantes. La misma tesis de Carpizo: que los profesores impartan clase, y se acabó. Los universitarios, desde mi punto de vista, reflexionan muy poco respecto al quehacer educativo y, con mayor razón, al tema educativo en general. Éste se halla muy marginado en nuestras universidades.

Lo primero es eso: encontrar en nuestros propios ámbitos universitarios espacios para la educación. Pero también en los partidos políticos, que han ignorado el tema educativo, y no sólo en cuanto a la educación nacional sino –incluso– a un aspecto tan práctico como la educación de los partidarios, los miembros activos del partido. ¿Dónde hay programas significativos de formación de cuadros, por ejemplo?

MASSIMO MODONESI: ¿Y los estudiantes? En términos masivos, el colectivo organizado del magisterio tiene sin duda su configuración, y vemos hasta dónde da, alcanza para resistir. Pero hay una variable con mayor alcance, pues como hay maestros en todas partes, hay estudiantes en todas las comunidades y familias, en el campo y las ciudades. Si bien fundamentalmente la educación primaria y la secundaria están en juego, no siempre despiertan pasiones entre los estudiantes, quienes podrían y deberían movilizarse. Es un autor ausente en esta coyuntura, y acaso sea relevante e incluso decisivo. Está la cuestión del Politécnico, pero no está contagiando transversalmente a la juventud, a los estudiantes mexicanos, un actor que modificaría la correlación de fuerza.

IMANOL ORDORIKA: Está todo el normalismo, pequeño en números y con una dinámica política especial. La Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México (FECSM) es la corriente más antigua del país. Subsiste, tiene una organización leninista profunda; resiste y tiene un discurso político complejo. Ello resulta curioso porque a lo largo de todos esos años, desde 1935, cuando se fundó, ha tenido contactos escasos con los movimientos de la educación superior universitaria: con el movimiento del Poli en 1956, en el decenio de 1940 una vez; estuvo ausente, formalmente como FECSM, en el 68, no hubo un solo acuerdo al respecto. Es muy peculiar.

Ahora, ahí hay un actor, de tamaño relativamente pequeño, pero con mucha capacidad de organización. Más aún después de lo que pasó… El Poli tiene una actividad intensa. No está dormido; en absoluto. Acaba de demostrarlo. Hay un proceso muy interesante, y un reagrupamiento en él; incluso desde un segmento de la autoridad, acercándose a los estudiantes. Ahora, la UNAM aparece con estallidos esporádicos que no destapan masivamente. Si Nochixtlán hubiera sido al principio del semestre, se habría armado en grande. Y por eso reculan.

ELVIRA CONCHEIRO: Llama particularmente mi atención una nota de La Jornada sobre lo sucedido ayer en Nochixtlán, donde aparece una especie de reclamo al magisterio respecto a dónde estuvo esa noche. Los presidentes municipales de los pueblos que estuvieron ahí les reclamaron que tenían que incluir las demandas de los pueblos; que así como estaba el pueblo apoyándolos, ahora en el movimiento de maestros debían estar las demandas de ellos. No dicen cuáles.

En 2006, ese sujeto lo convirtieron en la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca. Tales presiones de los pueblos y de la sociedad oaxaqueña y los estudiantes lo convirtieron en un discurso que iba mucho más allá de los maestros golpeados y reprimidos de la 22. Entonces, ¿qué posibilidades hay ahora, qué mezcla de necesidades?

IMANOL ORDORIKA: Creo que es supercomplejo para la CNTE asumir un salto para plantearse un liderazgo de reivindicaciones de otros…Una referencia muy clara es el tema que enfrentó el movimiento estudiantil chileno, que ha sido muy fuerte, pero sobre todo en su momento culminante en 2010-2011, de si incorporaba la demanda del cobre. Un movimiento estudiantil que tiene 80 por ciento de aceptación con la demanda de la gratuidad, un sector del movimiento que plantea que, por tanto, debe ampliar la gama de demandas y dejarse de los temas universitarios, cuando no había la incorporación de un solo sector al movimiento. Había mucho apoyo, pero no es que se empezaron a movilizar los sectores mineros.

ELVIRA CONCHEIRO: El SME incursionó en esto, en busca de abrirse otros frentes.

IMANOL ORDORIKA: Pero no puedes sustituir algo inexistente. Si no hay la movilización de los pueblos, que podrían tener una organización de presidentes municipales con un conjunto de demandas, se vuelve muy complejo reemplazarla.

ELVIRA CONCHEIRO: Pero en el fondo también está el tema de las libertades políticas, el cual evidencia este movimiento. Ahí hay todo un campo; y si los maestros no lo abrazan, también se corre el riesgo de cerrar puertas. **M**

LOS MAESTROS Y LA LUCHA POLÍTICA EN MÉXICO

ELVIRA CONCHEIRO BÓRQUEZ

Poco a poco y con enormes esfuerzos, serios golpes, dificultades internas y varios errores sobre los que reflexionar, los maestros disidentes han logrado abrir camino a su rebelión contra la reforma impulsada por el gobierno de Peña Nieto y ser oídos en buena medida por una sociedad que había sido capturada por el discurso empresarial que difunden persistentemente los medios de comunicación. Han ido, en efecto, ganando terreno, desmontando mentiras, resistiendo el encarcelamiento de algunos de sus dirigentes y los asesinatos y la violencia sufrida durante las protestas.

En unas cuantas semanas de intensa movilización, los mentores lograron que las *ideas-fuerza* del gobierno peñista, la cuales propagaban el discurso doble de que la reforma acabaría con los "privilegios" de sectores de maestros al imponer la llave maestra de la "evaluación" de los docentes para alcanzar la "calidad" educativa, se desgastaran y, hasta cierto punto, dejaran de tener sentido. La batalla, no obstante, no está aún ganada, y todo augura que el proceso será largo.

En el transcurso, el movimiento protagonizado por los maestros ha producido ya, particularmente en los últimos meses, un conocimiento que vale la pena recuperar y analizar. En realidad, todo auténtico movimiento permite ver aspectos de la realidad que permanecen ocultos o ignorados hasta el momento mismo de la acción colectiva. En ese sentido, con frecuencia se repite que dejan valiosas experiencias. Pero, adicionalmente, este movimiento se produjo en momentos de particular desgaste de las fuerzas políticas del país y en medio de un escandaloso deterioro social marcado por la violencia y una crisis económica no declarada, todo lo cual le imprime una dimensión que es necesario examinar.

UN GREMIO CLAVE

Ciertamente, una de las cualidades del gremio educativo es estar en todas partes, desde el rincón más alejado y agreste del país hasta el barrio más céntrico de cada ciudad. Como conjunto, sólo a los maestros les es dado este don de ubicuidad. Los curas, los policías y, si hay suerte, los médicos llegan donde sea (al menos como posibilidad), pero no hay tantos para estar en todas partes. En México hay casi 1.5 millones de maestros de todos los niveles escolares, distribuidos en poco menos de 250 mil escuelas, que atienden a un aproximado de 30 millones de niños y jóvenes. Es esto lo primero que hace *peligrosos* a los maestros y por lo que se les intenta tener siempre *bajo control*.

Todo poder estatal interviene, de una manera u otra, en esa formidable herramienta de estructuración social que es la escuela. Pero un Estado interventor y autoritario como el que ha sufrido México a lo largo de su historia, y especialmente el emanado de la contienda revolucionaria de principios del siglo pasado, consideró como una de sus prioridades el control del sistema educativo y la sujeción de sus actores como extraordinario medio de consolidación y proyección estatales. No hay que olvidar, como señala Raymond Williams, que "Las instituciones educativas suelen ser los principales agentes transmisores de una cultura dominante efectiva, implicando actualmente una importante actividad económica y cultural; y ciertamente es ambas cosas en el mismo momento."[1]

En México, los trabajadores de la ciudad y el campo fueron incorporados a través del partido oficial y de un conjunto de instrumentos de control político a la estructura misma del Estado, impidiendo por diversos medios (concesiones, corrupción y represión combinadas) toda forma de organización y actuación autónomas e independientes. El gremio magisterial fue particularmente disputado, pues la nueva burocracia estatal confiaba, además, en que podría cumplir un relevante papel en la edificación del país posrevolucionario que comandaba, de manera que el gremio desempeñó siempre un papel destacado en el marco del corporativismo mexicano.

La resistencia de segmentos de los maestros a tales pretensiones viene, por tanto, de muy lejos. La lucha magisterial por mejorar sus condiciones de trabajo y salariales, así como las batallas por alcanzar la autonomía y la democracia de su organización sindical, ha sido una constante. Tras haber sido un pilar de las reformas cardenistas de finales de la década de 1930, los maestros fueron severamente golpeados y su organización cayó en manos de líderes *charros*, sostenidos por el poder estatal quienes, a cambio de la posibilidad de agenciarse

jugosos negocios, han estado al servicio del priismo para coartar la acción magisterial, corromper a parte de sus agremiados y entregar (o negociar) su apoyo al gobierno en turno.

No obstante, someter a los maestros no ha sido fácil, y la segunda mitad del siglo XX da plena cuenta de las múltiples luchas, sección por sección del sindicato, de quienes han buscado incansablemente liberarse de ese yugo y defender las condiciones laborales del magisterio. Recordamos a Othón Salazar y al movimiento impulsado por él como parte ejemplar de esas batallas, sin las cuales sería difícil comprender la enjundia y determinación de los maestros que hoy luchan en muchas partes del país.

A golpes y con toda clase de triquiñuelas, los líderes abyectos han logrado mantener hasta ahora el control de la dirección nacional del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) y de la mayoría de las secciones estatales, pero no han podido evitar que en varios estados y en buena parte de la capital del país triunfase la disidencia respecto al oficialismo.

Aunque la fuerza principal de los maestros independientes ha estado históricamente en Oaxaca, Guerrero, Michoacán y Chiapas, ahora los contingentes opuestos a la reforma peñista han ido en consistente aumento, produciéndose movilizaciones de profesores en lugares donde el priismo los tenía bajo riguroso y añejo control. Frente a la nueva ofensiva gubernamental, el proceso ha sido lento y dificultoso, pero durante los últimos tres años las razones de la protesta se han discutido de manera incansable escuela por escuela con los mentores no involucrados y con los padres de familia. Ese debate ha llegado a las comunidades y los pueblos, a las casas pobres que dan particular valor al trabajo de sus maestros, ampliando la base social que apoya la lucha magisterial, formando en entidades como Chiapas y Oaxaca un movimiento popular de profundo alcance.

Y es que, sin duda, la torpeza gubernamental ha sido acicate fundamental y alimento cotidiano de este movimiento, pues lleva a cabo en forma despótica –apostando al uso de la violencia estatal y al control corporativo– el proceso de evaluación que evidencia sus inconsistencias y pende como amenaza para miles de maestros que han perdido o podrán perder el empleo. Pero también se han conjugado las luchas pasadas cuyas razones persisten, el malestar que recorre el país, el hartazgo y la determinación que empiezan a dar forma a una voz popular que, articulada por la lucha magisterial, va más allá de sus importantes reivindicaciones y perfila programa, organización y medios de lucha que repercutirán en el futuro próximo.

Este hecho plantea al magisterio un reto mayúsculo que implica a su fuerza y experiencia políticas. Hasta ahora han pesado la dinámica gremial y las demandas del ámbito laboral que el gobierno ha atropellado, pero la crisis evidente de la educación entretejida con la situación deplorable del país pone en otra tesitura a los maestros.

Esto quizás explica que el poder del Estado haya echado mano de su viejo arsenal, que combina la negociación con la amenaza y la represión brutal para intentar detener las protestas y sacar adelante su proyecto.

LO DESNUDADO POR LA LUCHA MAGISTERIAL

En México se habla desde hace tiempo de cambios que supuestamente han permitido dejar atrás el régimen político de partido de Estado; incluso, algunos han llegado a la impostura de considerar que ha habido una *transición democrática*. Pero durante el movimiento de los maestros se han hecho evidentes no sólo la persitencia del régimen autoritario, que sigue luciendo sus lados más dañinos, sino las rearticulaciones del sistema de partidos de Estado que validó las reformas de Peña.

Por un lado, debe reconocerse que la tranquilidad o el cinismo con que el gobierno peñista enfrenta las atrocidades cometidas da cuenta de los asideros que le restan aún. Para muestra, señalemos la actitud de todos los gobernadores (formalmente de filiación política distinta) y, en particular, la complicidad con que ha actuado Miguel Ángel Mancera en la Ciudad de México, prestándose el virtual jefe del perredismo a ser parte del atropello de las libertades políticas magisteriales.

Pero, por otro lado, es notable que se trata de un régimen carente de la legitimidad de tiempos pasados, bastante menos eficaz políticamente y que de forma cada vez más frecuente requiere hacer uso de las peores formas priistas contrarias a la convivencia democrática, como la difamación, la amenaza, la persecución, la imposición, el encarcelamiento y, por último, la violencia armada, que ha causado ya la pérdida de vidas.

Pero el magisterio no sólo ha tenido que enfrentar la fuerza gubernamental. En este conflicto hemos visto a un sector empresarial sumamente activo y beligerante, que muestra su tradicional torpeza política, pero también la avidez con que está dispuesto a defender los intereses que ve en juego con la reforma peñista.

Junto con el surgimiento del Partido Acción Nacional, las derechas clerical y empresarial desplegaron una persistente oposición a los principios laicos y sociales que antaño inspiraban la educación pública y, junto a esto, desplegaron un agresivo discurso contra los mentores, quienes escapaban en general a su influencia ideológica. A tal propósito respondieron las diversas agrupaciones de padres de familia creadas el siglo pasado. Hoy han renovado sus formas y se presentan con mayores pretensiones hegemónicas, pero el contenido es el mismo.

El proceso de privatización neoliberal tiene en realidad diversas expresiones, y una de ellas es el protagonismo del sector privado en áreas reservadas (aunque siempre disputadas) que forman lo público o, en el caso de México, también en el espacio de la lucha política abierta, que antes le era vedado. Claudio X. González hijo y sus huestes de Mexicanos Primero constituyen la parte más activa y agresiva de un empresariado que hace tiempo busca, particularmente en contubernio con Televisa, el negocio educativo, camino que ha venido abriendo a través de las distintas fundaciones donde participa y de las cuales ha sacado buen provecho.

Es el negocio de los servicios educativos, pero también una pretensión de predominio ideológico, como muestra la agresiva injerencia de los medios de comunicación. Con claro tinte clasista y hasta racista, la televisión en particular se ha empeñado en denigrar y difamar la figura del maestro. No sólo construye un discurso sobre las formas violentas que, según esos medios, caracterizan este movimiento, sino que busca apuntalar la intolerancia de la respuesta gubernamental. Partidarios del uso de la fuerza y la represión, estos dueños del dinero no miden las consecuencias, pues forman parte definitoria del deterioro del país.

El tercer frente que han tenido los maestros en lucha es el propiamente sindical. Es cierto que el charrismo golpeado del SNTE aparece tan dócil y servil ante la iniciativa gubernamental que resulta poco útil, pero en el ámbito interno es un instrumento que busca minar la dirección del movimiento, golpea a los maestros en cada lugar que puede, y se presta a cualquier maniobra para hacer fracasar el movimiento.

En medio de una tendencia mundial de reestructuración del trabajo, que con el desempleo estructural amenaza severamente sus condiciones, recorta derechos y tiende a desaparecer la seguridad social, los sindicatos han sido desprestigiados y denigrados como una manera de socavar la resistencia de los trabajadores. En México, además, el Estado se ha empeñado en combatir con todos los medios a los sectores independientes, como lo recuerda el caso del Sindicato Mexicano de Electricistas. De tal forma, los mentores saben que en este movimiento se juega también la subsistencia de los reductos democráticos logrados en el SNTE.

Éste es un tema complejo que no podemos abordar aquí en todas sus dimensiones. Pero debe señalarse que, en efecto, las formas sindicales en general se han deteriorado. En el magisterio las cosas no son diferentes. Por tanto, en la medida en que la estructura sindical de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación es su columna vertebral, el movimiento está ante la necesidad de sacudirse inercias y métodos de organización desgastados, que llegan incluso a atropellar la democracia interna. En particular, la misma acción masiva de los maestros y las definiciones que habrá de tomar el movimiento ponen sobre la mesa el requerimiento de formas y métodos colectivos de relación y organización de los mentores que construyan y respeten sólidas decisiones mayoritarias y constituyan así un blindaje para la fuerza adquirida.

EL MANTO NEGRO QUE QUIERE CUBRIR NOCHIXTLÁN

Los acontecimientos alrededor de lo ocurrido en la dramática jornada del 19 de junio en Asunción Nochixtlán, Oaxaca, expresan dolorosamente el estado que guarda la situación política del país, donde la impunidad es signo distintivo.

El paisaje tras la batalla en el pueblo mixteco resulta desolador. Una mezcla de rabia y miedo se ha instalado entre sus casi 15 mil habitantes. Y es que pasan los días, las semanas, y lo ocurrido está aún en la absoluta penumbra. La primera versión oficial no tardó en caer; mostró un poder al que le cuesta, incluso, mentir bien. Los videos que de inmediato circularon en las redes sociales mostraron que los policías federales entraron en el pueblo disparando contra la gente. Los pobladores han contado desde ese día una y otra vez lo vivido, y en sus relatos no ocultan la rabia con que resistieron el ataque y lograron que el bloqueo carretero se mantuviera. Pero detallan también las formas delictivas con que actuó la autoridad y las inhumanas formas con que fueron tratados los heridos y los niños.

Hoy es impreciso aún el número de muertos y heridos. Unos han hablado de 8 decesos, otros de 9, algunos más de 11 y, en la ancestral incredulidad, la voz popular opina que seguramente fueron varios más. Lo mismo sucede con los heridos: la danza de declaraciones y el manejo absurdo de las cifras (¿acaso no hay diferencia entre 30 heridos o más de 100?) los han obligado, junto a los familiares de los asesinados, a denunciar en la plaza del emblemático Tlatelolco el daño sufrido. ¿Realmente es tan difícil precisar cuántas vidas se perdieron ese día y cuántas sufrieron daños? No, a menos que se quiera ocultar. Por ello, sin la menor vergüenza, las autoridades declaran que "no se puede dar un número concluyente de fallecidos y heridos".[2]

El gobierno, a través de la Secretaría del Gobernación, ha vuelto a mostrar, igual que con los estudiantes desaparecidos de Ayotzinapa, que las vidas segadas y los hechos brutales en que están involucrados sus fuerzas policiales no lo inmutan ni conmueven. La ceguera que provoca tal insensibilidad los ha llevado a cometer, adicionalmente, el atropello de ofrecer reparación del daño, cuando lo urgente radica en hacer justicia y castigar a los culpables. Resulta dificil no creer que tal torpeza es en realidad un fallido intento de cooptación.

Son oscuras las razones de que el poder decidiera enfrentar de tan inadmisible manera, tras haber roto el bloqueo de la carretera internacional que va a Oaxaca, a los pobladores de Nochixtlán. El pueblo había expresado su decidido apoyo a la lucha magisterial, pero se sabe que no es el único, sobre todo en la región mixteca. ¿Se buscaba dar un castigo ejemplar? ¿Les enfurecía especialmente que estuviera bloqueado el acceso a la refinería Dovalí? Otras versiones corrieron en los medios de comunicación; lanzaban la provocación de que había sido realmente un enfrentamiento auspiciado por algún grupo armado (algunos señalaron directamente al Ejército Popular Revolucionario); así, además de contribuir a la confusión y según la cobarde versión gubernamental, los agresores resultaban las víctimas.

Nochixtlán es un acontecimiento que permite entender la naturaleza del régimen político del país y su nivel de degradación. Mentiras, difamaciones, violencia, deshumanización extrema que prueba sin sutilezas que importan más los intereses materiales afectados que la pérdida de vidas humanas. En ese ambiente se rearticula el priismo actual, y –en complicidad– la clase política se reproduce en este régimen.

Pero Nochixtlán también revela el compromiso popular que se forja, la determinación y el valor con que pueblos enteros del país están dispuestos a enfrentar la violencia instalada por el entramado estatal y del crimen organizado, como expresa la lucha de las autodefensas y las policías comunitarias. Hay ahí una poderosa fuerza, cruzada aún por organizaciones muy disímbolas o marcada por la acción espontánea y esporádica, pero determinante.

Esto lleva de nueva cuenta a reflexionar sobre las formas que adquiere ahora la lucha política popular, donde los maestros han sido elementos decisivos gracias a su solidaria acción en todos los conflictos y agravios sufridos, particularmente en Oaxaca y Chiapas, por los desposeídos de la ciudad y el campo.

Desde hace tiempo se discute de forma superficial el tema de la *radicalidad* y su proceder en los movimientos y las protestas. En realidad, es un asunto tan viejo como la lucha política misma, pero no deja de sorprender la gran propagación de la idea (construida en los medios televisivos) de que la pugna de los maestros ha recurrido a métodos violentos inadmisibles. La respuesta del magisterio se ha centrado en que son falsas acusaciones, difamaciones y montajes provocados para despertar el repudio social a su movimiento y justificar la represión y los despidos. Incluso, intelectuales considerados progresistas y bien informados juzgan que, aun cuando tuvieran justeza las demandas, los profesores han cometido inaceptables excesos. ¿Es así? ¿Quién pone los límites? ¿Quién determina que un bloqueo carretero o un plantón es delito?

Vale la pena repensar el tema de las formas que adquiere la lucha social y política, pues las fuerzas políticas y los propios movimientos parecen estar presos de esas construcciones mediáticas que dan por válidas sólo ciertas formas y, en tono cada vez más elevado, desacreditan y condenan otras. Se trata de un tema delicado y clave en el éxito o el fracaso de su lucha.

Las herramientas de los maestros para exigir la derogación de la "reforma educativa" y defenderse de la agresión contra sus derechos han sido, por una parte, las que les ofrece estar organizados sindicalmente (el paro laboral y la movilización de sus agremiados, principalmente); y, por otra, las distintas conexiones e interacción del gremio con la sociedad en su conjunto.

Las multitudinarias marchas que desde décadas atrás han sido el principal medio utilizado por las protestas (recordemos las realizadas contra el fraude electoral, en reclamo por la asfixia en que se tiene al campo, para detener la violencia irracional y por la aparición de los normalistas de Ayotzinapa) han resultado, a los ojos de muchos, inútiles. El poder no escucha y, pese a eso, trata de limitarlas y desprestigiarlas.

El movimiento magisterial ha combinado diversas formas de acción, y eso le ha permitido poner al gobierno en la mesa de la negociación y abrir la posibilidad de debatir una verdadera y democrática reforma educativa. Las luchas necesarias buscan todos los medios que les permitan agrupar la mayor fuerza posible; por ello, en general son formas abiertas y democráticas. Pero cuando los agravios suben de tono (y Nochixtlán es el caso), resulta natural que la protesta también lo haga. Ese principio elemental parecen ignorarlo quienes hoy se asustan de la fuerza enérgica aflorada en el sur del país, pero no se revelan frente a la impunidad con que el gobierno ha actuado.

El movimiento pone esencialmente en juego su fuerza, pero el apoyo que logre en otros segmentos de la sociedad es fundamental en el resultado. Las alianzas y los reagrupamientos de diversas expresiones y organizaciones se vuelven por tanto indispensables para alcanzar los objetivos. En el caso de la lucha magisterial se ha desplegado un importante abanico político que la apoya, pero que carece aún de articulación y medios para impulsar sus acciones que permitan fortalecer el proceso, lo cual hace pensar que el movimiento no se ha desplegado aún en toda su potencia.

Por lo pronto, es claro que la reforma educativa requerida será posible sólo si se impide que los valores e intereses mercantiles se instalen como generales en el sistema público de educación. Y ésta supone una batalla que habrá de librar el conjunto de la sociedad mexicana.

Estamos por tanto ante un acontecimiento de la mayor relevancia, donde puede ponerse en juego la lucha por una nueva hegemonía que involucre el cambio en todo el entramado social. En México se avecinan batallas de gran envergadura, en la medida en que las pequeñas o locales se multiplican cada día. Nadie puede saber si la lucha magisterial abrirá el torrente de la acción popular en todo el país, pero sin duda está dando un aporte sustancial.**M**

---

[1] Raymond Williams. "Base and superestructure in marxist cultural theory", en Roger Dale. *Schooling and capitalism: a sociological reader*, Londres: Routledge & Kegan Paul, 1976, página 205.

[2] *La Jornada*, 1 de julio de 2016.

PRIMERAS BATALLAS ESTUDIANTILES CONTRA EL NEOLIBERALISMO EN MÉXICO

ARCEL GÓMEZ CONCHEIRO

Los ríos de estudiantes no paraban de llegar al Zócalo de la Ciudad de México. Corriendo, gritando consignas, cantando, los contingentes de colegios, escuelas y facultades de la UNAM colmaban entusiastas la principal plaza del país.

Era el 21 de enero de 1987. No se veía algo así desde el 13 de septiembre de 1968. Un nuevo movimiento estudiantil lograba salir a la calle, 18 años después de la larga noche que dejó la estela de Tlatelolco. De nueva cuenta, la ciudad observó el paso de miles de jóvenes que desafiaban a la autoridad: "Y dicen/ y dicen/ que somos minoría;/ aquí les demostramos/ que somos mayoría".

Estos estudiantes de la UNAM, organizados en el Consejo Estudiantil Universitario (CEU), protagonizaron un movimiento de masas que vivió su momento culminante entre finales de 1986 y principios de 1987. En esos meses conquistaron un diálogo público con las autoridades universitarias, estallaron la huelga estudiantil y detuvieron las reformas impuestas por el rector. Al poco tiempo, la mayor parte de esta generación participó en la insurgencia ciudadana de 1988, que apoyó la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas a la Presidencia de la República. En 1990, los estudiantes detuvieron en el Congreso Universitario –conquista del movimiento– el proyecto neoliberal para la Universidad, en un proceso inédito que generó grandes expectativas pero terminó decepcionando, pues no consiguió una trasformación democrática de la UNAM. Poco después, en 1992, el CEU impidió, otra vez en las calles, un nuevo intento de acabar con la gratuidad de la universidad pública.

El CEU tomó la estafeta de la protesta estudiantil del 68 al recuperar y enriquecer una valiosa cultura política democrática de la izquierda mexicana, y salió victorioso en las primeras batallas que resistieron las transformaciones neoliberales en la Universidad Nacional.

Los participantes recuerdan esta historia. Pero para la sociedad mexicana actual, que va de desgracia tras desgracia, de emergencia en emergencia, viendo con impotencia la demolición neoliberal del país, esta historia se ha ido resbalando hacia el olvido.

A 30 años de esta primera experiencia de lucha estudiantil en México contra las reformas mercantilistas en la educación, la traemos a cuento mientras un movimiento magisterial se enfrenta de nuevo a unas reformas del sistema educativo sustentadas por el mismo dogma y arropadas por el mismo discurso.

EL ORIGEN DEL CONFLICTO

Cuando surgió el movimiento estudiantil, se desconocían la fuerza y amplitud de las políticas que impulsaban las reformas que desataron la protesta. Hoy sabemos que aquellas políticas, llevadas a cabo en muchos países, iniciaron de manera sistemática en México en 1984, cuando el Banco Mundial otorgó al país, por primera vez en la historia, un préstamo condicionado a emprender reformas estructurales de corte neoliberal.[1]

En 1982, el país había entrado en una profunda crisis económica. En este contexto arrancaría una radical trasformación del Estado y del propio modelo de acumulación. Inicialmente, las "reformas modernizadoras" del presidente Miguel de la Madrid significaron las primeras privatizaciones de los bienes del Estado y una reducción drástica del gasto social, a fin de liberar recursos para el pago de la deuda externa.

Para el gobierno, los costos sociales de sus políticas económicas no entrañaban mayores riesgos políticos. Con cinismo, el presidente Miguel de la Madrid decía por esos tiempos: "Nuestra capacidad de resistir la crisis económica sin proponer planes de emergencia (…) se debe a que tenemos un sistema político que nos permite tomar medidas restrictivas fuertes. Por ello, a pesar de la crisis, no aflojamos el saneamiento financiero del país: el sistema político impide que se dé el desorden social".[2]

Con esa confianza, el "saneamiento financiero" sin "planes de emergencia" arrojó, sólo en la educación superior, números escalofriantes: entre 1982 y 1988, el presupuesto federal para las universidades públicas se redujo 43 por ciento, mientras que en la UNAM entre 1981 y 1986, la disminución fue de 47.8 por ciento.[3]

Los problemas derivados de los recortes del presupuesto universitario eran evidentes para su comunidad. El desánimo de los profesores y trabajadores por el pronunciado deterioro de sus salarios y de la infraestructura universitaria se sumaba a las difíciles condiciones por las que pasaba la mayoría de las familias de los estudiantes, especialmente del bachillerato de la UNAM, de fuerte composición popular.

La Rectoría de la UNAM, en sincronía con el gobierno federal y las recomendaciones de los organismos internacionales, se sumó a los ánimos reformadores. En abril de 1986, el rector Jorge Carpizo presentó el documento *Fortaleza y debilidad de la UNAM*, un diagnóstico crítico de las condiciones de la Universidad que acusaba un deterioro académico profundo. "La iniciativa introdujo en el debate universitario conceptos –como *productividad, eficiencia, eficacia o excelencia académica*– que años más tarde se consolidarían como términos fundamentales del discurso neoliberal en torno a la educación".[4]

De esa forma, el rector Jorge Carpizo pretendió aplicar en la Universidad una serie de políticas públicas para la educación establecidas en el Plan Nacional de Desarrollo, y otros programas sectoriales del gobierno federal para el periodo 1984-1988.[5] Sin embargo, durante el conflicto las autoridades universitarias negaron de modo sistemático la evidente articulación de sus propuestas con estos planes.

Tras la presentación del diagnóstico y un proceso formal de consulta en el que se invitó a participar por escrito, el 11 de septiembre de 1986 el rector planteó al Consejo Universitario un primer paquete de reformas. Apenas unos cuantos consejeros estudiantiles de izquierda se opusieron. Para dar celeridad a la aprobación, el Consejo adujo una modalidad de "obvia resolución" para votarlas. La mayoría de los consejeros universitarios respondió con el acostumbrado voto disciplinado, subordinados a las decisiones del rector. Aprobaron las 26 modificaciones propuestas, relativas a tres reglamentos y el Estatuto General.

En esos días, la Universidad estaba de vacaciones y no se vislumbraba mayor sobresalto. Desde la lógica de la burocracia dirigente, la mayoría de los universitarios debía compartir el diagnóstico y la urgencia de esas reformas. La determinación del rector se expresaba así: "Lo único inadmisible sería que teniendo conciencia de los problemas, nos inmovilizáramos y dejáramos que los niveles académicos continuaran deteriorándose. Ello no es posible ni aceptable…"[6]

Las reformas incluyeron tres cambios trascendentales que despertaron la indignación de los estudiantes: restringían el acceso y la permanencia de éstos en la Universidad (particularmente limitando el pase automático del bachillerato a la licenciatura e imponiendo límites de reprobación de exámenes ordinarios para continuar inscrito), estandarizaban los sistemas de evaluación (mediante exámenes departamentales) y aumentaban las cuotas a los alumnos de posgrado y a los extranjeros.

UN MOVIMIENTO EN CONSTRUCCIÓN

Desde mediados de octubre de 1986, distintos grupos y colectivos estudiantiles de izquierda se convocaron para organizar la protesta. Estos activistas, "que suelen venir de antiguos grupúsculos" –como contó Carlos Monsiváis en una notable crónica del movimiento–,[7] intensificaron su trabajo, animando una creciente inconformidad entre los estudiantes. Al analizar la gravedad de las reformas, los más experimentados activistas comenzaron a imaginar la posibilidad de un movimiento de masas, y en esa dirección trabajaron. Llevaron a cabo una ardua tarea política de informar sobre el contenido

de las reformas de Carpizo, explicar sus efectos negativos y denunciar el proceso desaseado que llevó a cabo el Consejo Universitario. Poco a poco enriquecieron sus argumentos.

Tras dos asambleas generales y un mitin en Rectoría, el 31 de octubre se constituye el CEU y acuerda su demanda principal: derogación de las reformas aprobadas el 11 y 12 de septiembre por el Consejo Universitario. También exige un diálogo público con las autoridades para presentar y argumentar sus demandas.

Al regreso a clases, la participación estudiantil fue rápidamente en ascenso. Las asambleas en cada escuela o facultad se nutrieron con la participación de miles de estudiantes y se consolidaron como el espacio de organización básico y abierto del movimiento. En este proceso de organización, las asambleas de cada una de las escuelas eligieron a sus representantes –quienes serían refrendados o sustituidos constantemente– para integrarse al Consejo General de Representantes (CGR) o plenaria del CEU. Así, en pocas semanas este consejo adquirió representatividad y capacidad de conducción del movimiento que se gestaba.

Los representantes transmitían las deliberaciones de cada escuela y llevaban al Consejo propuestas de posicionamientos y planes de acción. Las propuestas eran discutidas en el CGR, que tras un balance político tomaba las decisiones, generalmente por votaciones. En ocasiones, al tratarse de asuntos importantes, los debates de la plenaria generaban propuestas que se llevaban para ser rediscutidas por las asambleas de cada escuela.

Este sistema de representación y de consulta para la toma de decisiones dio al movimiento una vida democrática. El referente organizativo del CEU fue la experiencia del Consejo Nacional de Huelga del movimiento estudiantil de 1968, un parlamento democrático compuesto por los representantes de las asambleas de las escuelas –no por los grupos estudiantiles–, que decidía las principales acciones y pronunciamientos del movimiento. En poco tiempo, la plenaria fue el referente para los miles de estudiantes en movimiento, el espacio de la disputa interna y donde se consolidó una fuerte dirigencia estudiantil.

Pero si ese referente era lejano, la nueva generación contaba con una importante experiencia colectiva previa: participó en las labores de rescate por el terremoto de 1985. En la sorpresiva respuesta civil frente a la catástrofe que vivió la Ciudad de México y la parálisis institucional, la acción autoorganizada de miles de universitarios en las tareas de solidaridad marcó profundamente a esta generación de estudiantes.

En poco más de un mes, entre principios de noviembre y mediados de diciembre, el CEU convoca a tres movilizaciones y a un paro de labores de 24 horas, organiza el *Foro universitario por la transformación democrática de la UNAM*, con los profesores que apoyan al movimiento, y sostiene dos encuentros públicos con representantes del rector para explorar las posibilidades de realizar un diálogo público.

En este intenso despliegue de actividad estudiantil, la creciente movilización se compaginó con la maduración de sus planteamientos programáticos. Su radical rechazo a las reformas impulsó al movimiento a discutir alternativas de transformación democrática e insistir en el diálogo público, demanda central que también sostuvo el movimiento del 68.

Para ciertos activistas, quienes comenzaron a confluir en una corriente mayoritaria en el movimiento, el reto principal era construir una política de masas, que de manera contraria a las luchas sindicales universitarias, que habían subordinado la movilización a las negociaciones, tuviera capacidad de movilización y fuerza organizativa para avanzar en el diálogo y sujetar así de forma democrática la política de negociación.[8]

Rectoría confronta al movimiento. Echa a andar una estrategia que promueve expresiones de apoyo a las reformas y lanza una millonaria campaña mediática, con el pago de desplegados en los periódicos y promocionales en radio y televisión.

El movimiento responde con sus medios: carteles, volantes, pintas. Pero sobre todo habla, explica las reformas y sus efectos, ofrece argumentos, datos, desencadena una gran conversación entre los universitarios; *salonéa*, convoca a asambleas en todas las escuelas para informar y discutir qué hacer, toma decisiones a mano alzada. Así, se desata un proceso de politización vertiginoso, una participación decidida y una potente identificación colectiva de miles de estudiantes con su movimiento y organización.

En la tercera convocatoria del 11 de diciembre, marchan del Parque de los Venados a Ciudad Universitaria alrededor de 60 mil estudiantes,[9] y en el mitin el Consejo Estudiantil emplaza a las autoridades a derogar las reformas o enfrentar una huelga para el 12 de enero. Ante la fuerza demostrada por el CEU, Rectoría formula una propuesta de diálogo que comprende una agenda de trabajo de tres meses y la participación

del Sindicato de los Trabajadores de la UNAM (STUNAM) y las Asociaciones Autónomas del Personal Académico de la UNAM (AAPAUNAM). Ésta la rechaza de inmediato el CEU, y a los pocos días se acuerda entre las comisiones del CEU y Rectoría los términos definitivos del diálogo público. A partir del 6 de enero se realizaría exclusivamente con el movimiento estudiantil y en el marco del emplazamiento a huelga.

El 12 de diciembre, estudiantes de la Preparatoria Popular Tacuba y del CCH Popular 6, escuelas no reconocidas por la UNAM pero que forman parte del CEU, toman la Torre de Rectoría y provocan algunos destrozos. El CEU se deslinda y condena la acción.[10] Tras 10 horas, los jóvenes abandonan el inmueble, advertidos de que acciones tomadas de forma unilateral significarían la expulsión del CEU. La reacción del movimiento frente a este incidente mostró una disposición hacia una disciplina que caracterizaría al movimiento.

En ese proceso de creciente participación y organización, el CEU adquirió de modo legítimo la representación estudiantil y gracias a la labor informativa de algunos medios que en esa época lograban escapar al control gubernamental –en especial *La Jornada*, de reciente aparición, y la revista *Proceso*– ganó simpatía entre la población de la ciudad y cierto apoyo entre la opinión pública.

EL PODER DETRÁS DEL RECTOR

Apenas iniciado el conflicto, el presidente Miguel de la Madrid instruyó a los principales secretarios de Estado para brindar el apoyo necesario al rector. En un testimonio dictado a lo largo de su sexenio –no publicado hasta 2004, pero sin modificar "idea o concepto alguno" ni omitir "pasajes o comentarios, aunque algunos de ellos puedan lastimar a personas que mucho estimo"–, el mandatario da cuenta de la intervención del gobierno federal en el conflicto universitario, la falta de independencia del rector, la entelequia que significa la autonomía universitaria y, en términos generales, la subordinación de Rectoría al proyecto modernizador impulsado por él.

"En diciembre tuve dos reuniones con Carpizo –cuenta Miguel de la Madrid–. El día 16 conversamos: le di orientaciones generales, pues no soy un experto en la Universidad que pudiera definirle qué hilos jalar en qué momento. Como lo sentí muy presionado e incluso deprimido, decidí convocarlo para el día 22 a una reunión en la que también participaran los titulares de Gobernación, Programación y Presupuesto, Educación Pública y el Departamento del Distrito Federal, a fin de brindarle el mayor apoyo posible."[11]

En esa reunión se sugirió sacar del país "a las cabecillas del movimiento" y realizar algún tipo de represión. Esas opciones fueron desechadas, pero se insistió en que se tenía que trabajar "para que el problema se quedara en la Universidad". En la primera reunión que menciona el mandatario muy probablemente se decidió aceptar el diálogo público pues, como él valoraba por esos días, "existía en el ambiente un trauma derivado del movimiento de 1968, en el que la opinión compartida es que en ese episodio faltó diálogo". También se decidió permitir las movilizaciones y evitar choques con la policía.

Sin embargo, la preocupación gubernamental iba en ascenso. Miguel de la Madrid también se refiere a las investigaciones sobre los dirigentes, su preocupación por el apoyo abierto que recibió el movimiento por el PSUM y del PRT, e imaginaba el peor resultado si el movimiento salía victorioso: "El gobierno siempre tiene que partir de la hipótesis más negativa. En este caso, de que los ceuistas buscaban el autogobierno, el asambleísmo, el consejo paritario, la elección popular de directores y aun del rector (…). Una universidad demagógica significa la destrucción de la universidad, significa convertirla en un foro para tratar temas extrauniversitarios".

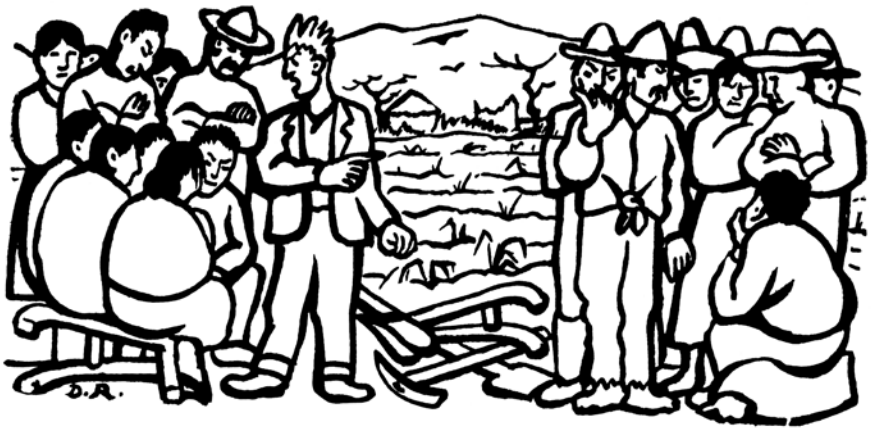
Pronto se conocería de forma amplia qué deseaban esos ceuistas, y esto les permitiría construir una nueva hegemonía en la UNAM. Para adquirir esa fuerza política fue fundamental la creciente movilización de masas, su capacidad de persuasión mostrada en el diálogo público y el apoyo recibido del STUNAM y de un número significativo de académicos e investigadores que crearon su organización al calor del movimiento.

EL DIÁLOGO PÚBLICO

A una mesa larga colocada en el escenario del auditorio Che Guevara (nombrado así por los estudiantes desde 1966, aunque oficialmente ha seguido llamándose Justo Sierra) de la Facultad de Filosofía y Letras se sentaron frente a frente una comisión de 10 representantes de la Rectoría[12] y otros tantos del Consejo Estudiantil,[13] acompañados por sus grupos de asesores. Con auditorio lleno y cada vez más periodistas presentes, del 6 al 28 de enero de 1987 tuvieron lugar las 14 sesiones del diálogo público, un hecho inédito en la historia del país.[14]

Con el inicio del diálogo, la confrontación política que vivía la Universidad tomaba un nuevo curso. El movimiento estudiantil había exigido que aquél fuera público y se transmitiera por Radio UNAM. La Rectoría aceptó, y durante esos días la Universidad se paralizó para escuchar por la radio el intercambio.[15] En los momentos más importantes del debate, la audiencia de las transmisiones se estimó en torno a 1 millón de personas.[16]

Trasladar el conflicto a un espacio de diálogo parecía favorable para ambas partes. Rectoría se mostraba sensible y tolerante, dispuesta a debatir para encontrar consensos con los inconformes, y ello le ofrecía una valiosa oportunidad para afirmar su actitud reformadora, motivada por el "clamor por mejorar a la Universidad Nacional".[17] Para el CEU significaba ganar una interlocución exclusiva y la posibilidad de discutir en condiciones de igualdad con las autoridades. Daba también la oportunidad extraordinaria de dirigirse a un público



más amplio, para contrarrestar el avasallamiento de la campaña publicitaria de la Rectoría y de los medios masivos de comunicación, que no garantizaban espacios equilibrados en la cobertura del conflicto.

En síntesis, el diálogo público fue un extraordinario duelo verbal entre dos fuerzas que expresaban concepciones muy distintas y que se veían frente a frente en un contexto de marcado antagonismo. Así, el debate permitió contrastar dos visiones contrapuestas sobre la realidad nacional y la función de la educación superior pública, sobre los problemas de la UNAM y la manera y dirección en que debía transformarse. Durante las 50 horas de diálogo se habló de gran cantidad de temas, desde la crisis económica por la que atravesaba el país y el recorte del gasto educativo, la forma de gobierno de la Universidad y la legitimidad del Consejo Universitario hasta las causas de la reprobación estudiantil y la función de las evaluaciones y los exámenes. Esta amplitud de asuntos se abordó en el marco de una confrontación política en ascenso y el despliegue de dos estrategias políticas.

Por lo general, el discurso institucional buscó remarcar los consensos y reiterar que las diferencias entre las partes no resultaban sustanciales, por lo cual era posible llegar a acuerdos, aun cuando en ocasiones la comisión de Rectoría confrontó al CEU acusándolo de intransigente y poniendo en duda su legitimidad como representación estudiantil. Éste, por su parte, se propuso argumentar su oposición radical a las reformas, el autoritarismo en la imposición de éstas y el distanciamiento de las autoridades con el conjunto de los universitarios. Al enfrentarse ambas estrategias, la intención del CEU de diferenciarse salió victoriosa. La gestualidad y el atuendo, el uso del lenguaje y los recursos retóricos, la convicción y la beligerancia estudiantil lo hicieron aún más evidente. El antagonismo del movimiento quedó fortalecido al mostrar la profundidad de las discrepancias.

La discusión inicial ofreció al CEU la posibilidad de descalificar la consulta epistolar promovida por la Rectoría, cuestionar la legalidad de las reformas del 11 y 12 de septiembre aprobadas por el Consejo Universitario, y rechazar la representatividad de este órgano. El CEU demandó que Rectoría explicitara el proyecto de universidad y de país que contenía la reforma de Carpizo, pues afirmaba que las argumentaciones institucionales ocultaban un proyecto eficientista y elitista, de carácter coercitivo y restrictivo hacia los estudiantes y, como dijo Imanol Ordorika –notable orador y polemista del movimiento–, "carente de contenido académico, carente de proyecto y concepción educativa, carente de proyecto nacional hacia el cual enfocar a la máxima casa de estudios".[18]

La comisión de Rectoría aprovechó su conocimiento institucional, legal y estadístico de la UNAM para abundar sobre los problemas de ésta que, a su parecer, justificaban las reformas aprobadas por el Consejo Universitario. En concordancia con el diagnóstico del rector, las autoridades no señalaban como causa fundamental del deterioro académico la crisis económica y sus efectos sociales sino, en palabras de Mario Ruiz Massieu, representante de Rectoría, el hecho de que "en múltiples ocasiones se ha privilegiado como el valor más importante la tranquilidad de la Universidad y a ella se han sacrificado valores académicos, otorgándose concesiones que han deteriorado su nivel académico".[19]

Pronto se hizo evidente que la dificultad principal de la comisión de Rectoría residía en argumentar a favor de una reforma que perseguía la calidad educativa a través de medidas restrictivas, pues implicaba descalificar a los estudiantes y los profesores y reiterar ideas elitistas ancladas en una visión meritocrática. "Seleccionar a los estudiantes más capaces para recibir educación superior, contar con estudiantes que tengan probabilidades de concluir exitosamente sus estudios y se les evite hacer perder su tiempo valioso", decía, por ejemplo, la exposición de motivos de las reformas.

"Claro que es elitista la universidad –concluyó durante la primera sesión del diálogo público el doctor Leopoldo Zea, asesor de la comisión de Rectoría–; no contamos con la elite de sangre, sino elite de esfuerzo, de trabajo."[20]

Los ceuistas señalaron que estas concepciones no respondían a la razón de ser de la universidad pública, que debía ser incluyente para contrarrestar las desigualdades sociales a

través de la educación. El movimiento reiteraba su defensa de la universidad de masas y popular y consideraba que ésta no debía estar reñida con la calidad académica. Así, el CEU abordó el problema del rezago académico desde una dimensión social, denunciando la crisis económica por la que pasaba el país y haciendo evidente la sincronía de las reformas de la Universidad con las políticas gubernamentales.

Los representantes estudiantiles también criticaron la excesiva y costosa burocracia, y denunciaron que ésta se encontraba enquistada en el poder. Este problema estructural de la Universidad debía resolverse por una trasformación democrática, una renovación pedagógica y un gasto orientado a mejorar las condiciones de estudio y trabajo en la Universidad.

Dirigida por el secretario general, José Narro –un funcionario joven que encabezaba con el rector un recambio en los grupos dirigentes de la Universidad–, la comisión de Rectoría reiteraba su voluntad de diálogo y su disposición para encontrar un acuerdo que solucionara el conflicto. Conforme avanzaban las pláticas, las autoridades se mostraron zigzagueantes y contradictorias, y algunos de sus asesores comenzaron a conferir cierta razón a los argumentos ceuistas. En sus exposiciones asumieron algunas nociones que no correspondían con la realidad. La expresión más evidente de esto fueron las múltiples ocasiones en que las autoridades se referían a la democracia universitaria y defendían al Consejo Universitario como un órgano representativo de la comunidad universitaria. Desde la mirada estudiantil, este tipo de afirmaciones evidenciaba la falsedad del discurso institucional. Tan sólo exhibir durante el diálogo que los miles de estudiantes preparatorianos no contaban con representación en el Consejo Universitario descolocaba a los funcionarios.

Durante los días en que se discutieron los tres reglamentos impugnados, parte importante de la disputa giró en torno a la existencia de sustento académico, tanto de las reformas como de los argumentos contrarios a éstas. En un tono directo y natural, que contrastaba con la formalidad institucional, Andrea González, una jovencita de 15 años de la Preparatoria 4, resumía: "Tengo un argumento académico en contra de un montón de cosas de esta reforma. Creo que con la suspensión del pase, que con el examen departamental, que con el aumento a las cuotas, que con la limitación de extraordinarios, no se aprende más. No: con un examen no se adquieren conocimientos. Entonces, si tenemos problemas, resolvamos los problemas y después examinemos qué tanto los resolvimos".[21]

La representación del CEU tuvo una notable habilidad para vincular argumentos académicos con otros de carácter político, gracias a lo cual desactivó las descalificaciones de la comisión de Rectoría.

El diálogo también fue una disputa en el terreno simbólico. En la confrontación contra el poder establecido, el movimiento ceuista se constituyó en un poder emergente, contestatario y disidente.[22] Desde esa condición se apropió de símbolos de las luchas del pueblo mexicano: el discurso libertario magonista, la Revolución, la Constitución de 1917 y el artículo 3o., entre otros. Al reivindicar esos hitos históricos, el movimiento articuló su nueva identidad colectiva y, en esa medida, fortaleció la legitimidad de su lucha.[23]

Especialmente, el CEU reivindicó el movimiento de 1968 e hizo suya la lucha estudiantil por la democracia. "¡Ay José, cómo me acuerdo de ti en estas revueltas!", se leía en una pinta

en Ciudad Universitaria. La comisión del CEU reivindicó al rector Barros Sierra como uno de los suyos. Reclamaba que no se tuvieran autoridades universitarias de esa talla, que representaban a los universitarios ante el gobierno, y no a la inversa. Durante el diálogo, el CEU acusaba esta condición de subordinación de las autoridades, demostrada desde la primera sesión, cuando Rectoría se negó a acordar con éste un pronunciamiento demandando al gobierno un aumento del presupuesto universitario.

La disputa por la razón que asistía a las distintas posiciones llevó al movimiento a hacerse de una frase-eslogan: la fuerza de la razón. "Se habló de la razón y de la fuerza –reflexionaba hacia los últimos días del diálogo otro dirigente ceuista, Carlos Ímaz–. Quizás la fuerza también tiene su razón; este diálogo se abrió por la fuerza. Sin embargo, la fuerza de la razón está dada por el consenso. Si este auditorio no les es suficiente, es evidente que no tienen el consenso, es evidente que no tienen la razón".[24] A los pocos días, José Narro espetaba a los estudiantes: "No es posible de ninguna manera que ustedes quieran tener absolutamente siempre la razón, esto no es posible, no lo podemos admitir".[25]

El diálogo público terminó por fortalecer los liderazgos estudiantiles. En el interior del movimiento, la mayoría de los activistas y dirigentes locales se había articulado en una corriente hegemónica donde participaron 9 de los 10 representantes en el diálogo. Esto fue posible gracias a un ánimo unitario, fermentado en parte en anteriores experiencias de luchas estudiantiles que fueron fortaleciendo los lazos políticos entre los grupos de activistas. También se observa, desde un

plano más amplio, que esta confluencia se dio en una época en la que se llevaron a cabo múltiples esfuerzos unitarios entre distintos partidos y organizaciones políticas de las izquierdas mexicanas.

Este grupo del CEU –conocido después como "corriente histórica"– estuvo compuesto por estudiantes de un espectro político amplio. Aunque para algunos de sus integrantes el movimiento de 1986 fue su primera participación política, otros militaban en colectivos estudiantiles u organizaciones políticas con presencia en la Universidad, así como en los tres partidos políticos de izquierda existentes en la época.[26]

PROPUESTAS, MANIOBRAS POLÍTICAS Y MOVILIZACIONES

A partir del 10 de enero, el diálogo dio un giro: de la exposición y el debate sobre los reglamentos impugnados pasó a espacio de presentación de propuestas y de negociación. Ese día, la comisión de Rectoría presentó un planteamiento que atenuaba las reformas aprobadas por el Consejo Universitario. Ahora, para pasar de forma automática a la licenciatura se establecía concluir el bachillerato en 4 años y tener calificación mínima de 7 (la reforma había fijado 3 años y promedio de 8); sobre los límites para permanecer inscrito en la Universidad, ahora se permitía reprobar hasta 50 por ciento de los exámenes ordinarios (antes se limitaba a 10 en bachillerato y 15 en licenciatura). En cuanto a los departamentales, consideraba la posibilidad de la exención (antes eran obligatorios) y establecía que éstos fueran calificados por el profesor de la asignatura. Por último, se eliminaban los cambios del Reglamento General de Pagos, que elevaban las cuotas a los alumnos extranjeros y de posgrado.

La propuesta de las autoridades coloca al movimiento en un nuevo escenario. El CEU pide cinco días para presentar una respuesta en el diálogo público, y convoca a un mitin el 12 de enero en Ciudad Universitaria; se reúnen ahí unos 80 mil estudiantes, quienes a mano alzada rechazan la propuesta. La decisión es refrendada por las asambleas de las escuelas en los siguientes días y, luego, por la plenaria. Pese a este acuerdo unánime, el movimiento vive durante esos días una disputa entre dos posiciones. Tras intensos debates, la mayoría de los representantes acuerda no sólo rechazar la propuesta de Rectoría, insistir en la derogación de las reformas y demandar la realización del congreso sino, también, continuar en el diálogo público y presentar una contrapropuesta.[27] Ésta consistió en detallar, en cada punto impugnado en los tres reglamentos, una respuesta específica. Así, aunque básicamente se planteaba regresar a la normatividad anterior, la contrapropuesta precisó un total de 15 modificaciones de los reglamentos. En términos reales, no se aceptaba ninguna de las nuevas propuestas de Rectoría. Sin embargo, para un movimiento de masas con las características del CEU, definir una contrapropuesta significó en esos momentos un gran esfuerzo y mostró un rasgo novedoso del movimiento, contrario a cierta tradición política que ve innecesarias (o incluso sospechosas) ese tipo de estrategias y elaboraciones políticas.[28]

La Rectoría, alertada sobre el rechazo que se avecinaba y tras evaluar la derrota sufrida en los debates previos, se propuso llevar a cabo una nueva estrategia.

En la siguiente sesión del diálogo público, el 16 de enero, donde el CEU presentaría su contrapropuesta, el contexto es especialmente adverso para los representantes estudiantiles. El día anterior, *Excélsior* publicó en primera plana los historiales académicos de algunos dirigentes del CEU a fin de desacreditarlos. Pero la sorpresa mayor es la aparición de un grupo estudiantil recién creado, promovido por las autoridades: Voz Universitaria, que ocupa a primera hora el auditorio Che Guevara. Conforme llegan los ceuistas, la actitud porril del nuevo público comienza a caldear los ánimos. Apenas iniciado el diálogo, Voz Universitaria comienza a repudiar a los ceuistas y les hecha en cara los historiales académicos publicados. La representación estudiantil pide cambiar la sede del diálogo a una explanada o a un auditorio más amplio para dar cabida a cientos de ceuistas que se encuentran afuera del auditorio. Rectoría se niega e insiste en conocer la respuesta del CEU. Entre tanto, cientos de ceuistas se congregan a las puertas del auditorio, y algunos más logran entrar en un inmueble a reventar y con un clima cada vez más crispado.

Ante la negativa de la comisión de Rectoría, los representantes del CEU solicitan un receso de 15 minutos. Mientras la confrontación verbal aumenta entre el público, los estudiantes se reúnen con sus asesores en un cuarto de servicio del auditorio. Uno de éstos comenta que las autoridades sugieren encontrarse en privado, ante los medios de comunicación. "Objeción inmediata –Monsiváis cuenta el intercambio entre los representantes–: eso sería retroceder; fallaríamos a nuestras bases. Hemos promovido el diálogo público; no podemos mostrar debilidad en ningún momento yéndonos a esconder a un lugar cerrado". Los estudiantes piden que se retiren los asesores; la decisión final es de los representantes.

La tensión llega a su punto máximo. Los estudiantes regresan a la mesa y convocan a la comunidad universitaria que escucha la trasmisión a reunirse fuera del auditorio para marchar una vez concluido el diálogo. Antes de leer la contrapropuesta,

denuncian la provocación montada en el lugar, responsabilizan a los funcionarios presentes de filtrar información confidencial y, además, rechazan su verosimilitud. Advierten que ante cualquier interrupción se retirarían de la sala; Óscar Moreno, del CCH Oriente, da lectura a la contrapropuesta. Al final, lee: "El CEU declara: Que todos los estudiantes permanezcan alerta y movilizados hasta alcanzar la plena satisfacción de todas nuestras demandas. El CEU declara: Estar preparado para estallar la huelga general en caso de haber una actitud intransigente de parte de las autoridades. ¡Viva el Consejo Estudiantil Universitario! ¡Viva la alianza de estudiantes, profesores y trabajadores!"[29]

Tras otro receso, la comisión de Rectoría rechaza la propuesta, argumenta que se trata del mismo planteamiento de derogación y no se observa ninguna flexibilización del CEU. Con agilidad, lanza un nuevo ofrecimiento: presentar ante el Consejo Universitario las propuestas de las dos partes para que ese órgano decida, ante la evidente falta de consenso en el diálogo.[30] El CEU considera que Rectoría da así por concluido el diálogo, y decide retirarse del auditorio. "Que quede constancia de dónde está la debilidad de la Universidad",[31] dice José Narro al levantarse de la mesa la representación estudiantil. La jornada terminó con una multitudinaria marcha por el circuito universitario.

El presidente Miguel de la Madrid evalúa que el diálogo lo habían ganado los estudiantes, y cuenta cómo intervino en el giro de la estrategia de las autoridades: "El consejo gubernamental al rector fue que evitara la bilateralidad del conflicto, que propiciara el pronunciamiento de terceros. Resultó evidente que Carpizo necesitaba hacer más maniobras políticas".[32]

Pocos días después, el rector reitera su decisión de enviar las dos propuestas al Consejo Universitario. En la suya se considera realizar varios foros o congresos, aunque organizados y convocados por el Consejo Universitario. Rectoría continua su estrategia de impulsar a Voz Universitaria, la cual convoca a una concentración en Ciudad Universitaria para el 21 de enero. Al mitin acuden unos 6 mil universitarios[33] y es dirigido por el ala más beligerante contra el movimiento estudiantil. "Son antiuniversitarios y traidores quienes llaman a un paro –afirma el doctor en derecho Ignacio Burgoa, principal orador del acto–, y ello entraña un delito de lesa humanidad".[34]

Por la tarde del mismo día, más de 200 mil universitarios marchan al grito de "¡CEU! ¡CEU! ¡CEU!" del Casco de Santo Tomás al Zócalo. Se conmueven los sesentaiocheros al ver pasar a los jóvenes rumbo a la recuperación de la plaza dejada por ellos un viernes de septiembre 18 años atrás. Algunos son profesores y van orgullosos de sus alumnos. Llenan la plaza 55 contingentes; impresionan especialmente las multitudes organizadas de ceceacheros. Al parecer nadie falta. Se suman grupos de otras universidades, Chapingo, la UAM, la Pedagógica y el Poli; también algunas organizaciones solidarias de colonos, de damnificados y de las costureras, que crearon un sindicato luego del terremoto. En una manta se lee: "Nos sentaron en la fila de los burros, cuando nos empezaron a crecer las alas". Todos saben a qué van; gritan a coro: "Esta marcha va a llegar/ al congreso general".

La contundencia de la movilización impresiona a propios y extraños. El mitin es escuchado por miles sentados en la plaza mientras cae la noche. Se reiteran las demandas y se imagina una renovación académica: "fin de la enseñanza verbalista y memorista, fusión de la docencia y la investigación, modernización del arcaico sistema de carrera".[35] En el discurso central, el CEU aclara límites y alcances; afirma que acude al Zócalo "no para pedir o exigir algo al presidente de la República sino para denunciar e informar al pueblo de México del atentado que en la Universidad Nacional se pretende realizar contra la educación pública y gratuita".[36]

PRIMERO LA HUELGA QUE LA ANARQUÍA

La comisión de Rectoría cita a una nueva sesión del diálogo público el 25 de enero. Pese a su estrategia de señalar al CEU como el responsable de la ruptura del diálogo el 16 de enero, y de reiterar sobre su incapacidad de modificar sus posturas, las últimas seis sesiones del diálogo permiten al movimiento presentar nuevas propuestas y afinar su idea de Congreso Universitario. En la reanudación del diálogo, el CEU plantea que ambas propuestas se lleven a consulta de toda la comunidad universitaria mediante un referéndum.

En ese momento, el presidente de la República intervine de nuevo para decidir el rumbo de los acontecimientos. "Cuando el diálogo entre el CEU y la comisión de Rectoría llegó a la disyuntiva de convocar o no, por plebiscito, a la formación de un congreso universitario resolutivo, comenté al rector, quien me habló para consultarme, que ello era absolutamente inaceptable, pues implicaba destrozar el orden jurídico de la Universidad".[37]

En la siguiente sesión, la comisión de Rectoría rechaza la propuesta, aduciendo que ese ejercicio polarizaría a la comunidad, y reitera su decisión de presentar las dos propuestas a consideración del Consejo Universitario, citado para el 28 de enero, un día antes de la fecha establecida por el CEU para estallar la huelga. Sin embargo, como otra señal negativa del rector, la convocatoria es pospuesta al 10 de febrero.

A unos días del emplazamiento de huelga, el diálogo se vuelve más ríspido. El CEU invita a que las dos comisiones del diálogo elaboren un único posicionamiento de consenso ante el Consejo Universitario. Para ello presenta una nueva propuesta: se acepta que las reformas de septiembre sean suspendidas si el Consejo Universitario refrenda la decisión de realizar un congreso resolutivo y éste es definido y convocado por una comisión elegida democráticamente, con representantes de los distintos sectores de la Universidad.[38]

En las últimas sesiones del diálogo público, las autoridades aceptan la propuesta de un congreso universitario, pero

rechazan el carácter resolutivo, pues –insisten– las decisiones del congreso debían ser "conocidas, discutidas y, en su caso, aprobadas por el Consejo Universitario".[39] De igual forma, hay discrepancia sobre la composición de la comisión organizadora del congreso, pues la Rectoría plantea una comisión con predominio de los funcionarios.[40]

En los últimos intercambios, Mario Ruiz Massieu, uno de los representantes más destacados de la comisión de Rectoría, argumenta: "Un congreso universitario de carácter resolutivo implica una grave transgresión del orden jurídico, porque se sometería al Consejo Universitario a un orden constituido de facto, al margen de nuestra legislación". Y Carlos Ímaz responde: "Ustedes no están defendiendo la legalidad, señores; están defendiendo el principio de autoridad". La negativa toma tintes dramáticos. Ruiz Massieu afirma que Rectoría está de acuerdo en realizar un congreso democrático, pero sólo si se ajustaba a la legalidad de la casa de estudios; de otra manera, "violentar ese marco jurídico arrojaría a la institución a la anarquía y la arbitrariedad". Los representantes estudiantiles rechazan que fuera ilegal que el Consejo Universitario "refrendara" los acuerdos del congreso: "¿Por qué el Consejo Universitario no puede delegar funciones en un congreso universitario? Si tienen como obligación representar a la comunidad, ¿por qué no puede hacer suyos los acuerdos que emanen de la comunidad?"[41]

A unas horas de estallar la huelga, las comisiones se reúnen por última vez. Ante la expectativa de la comunidad universitaria, las posiciones se mantienen y no hay acuerdo. Cada parte realiza un recuento de las propuestas que hizo y responsabiliza a la otra del fracaso del diálogo y del estallamiento de la huelga.

Por el CEU, Óscar Moreno señala: "Ustedes nos han arrebatado la palabra, ustedes nos han arrebatado la voz y nos han sumido en el silencio durante muchos años; y ahora nos abren magnánimamente la posibilidad de que nos expresemos. En lo que no están dispuestos a ceder es en que podamos decidir el futuro de esta Universidad. (…) ustedes esperaban que las imposiciones (…) las aceptáramos pasivamente. Existen dos lógicas para enfrentar la situación de crisis que vive el país y la Universidad: una, la del silencio, la del sometimiento, la de contemplar apáticos una lógica apocalíptica en la cual se van desplomando nuestras alternativas de vida. Definitivamente, me parece que la disyuntiva está entre el apocalipsis o la recuperación de la esperanza, entre asumir la crisis pasivamente pagando los costos de esta crisis, sin levantar la voz, o caminar el camino hacia la democracia (…)"[42]

Guadalupe Carrasco resume: "Se ha tomado el estribillo de que se transgrede el orden jurídico para frustrar detrás de esa bandera una decisión política de no permitir que avance esa transformación verdaderamente democrática en la Universidad".[43] Ordorika concluye: "Si es con huelga como esta Universidad habrá de transformarse, ¡bienvenida la huelga!"[44]

EL BAILE DEL MOVIMIENTO

"Todo comenzó en un huelga", escribió Rita Guerrero, vocalista y lideresa de Santa Sabina, en el inicio de un texto donde narró la historia de su banda.[45] Con otros músicos, provenientes de Los Sicotrópicos, Rita fundó en el contexto del CEU una de las agrupaciones más innovadoras y difíciles de clasificar en la escena rockera mexicana de fin de siglo. Pero la imagen más poderosa de la nueva generación de músicos fue la de la Maldita Vecindad y los Hijos del Quinto Patio tocando arriba de un camión de redilas durante la primera marcha del movimiento estudiantil rumbo al Zócalo.

Horas antes de estallar la huelga, el CEU organiza un concierto multitudinario en la explanada de la Rectoría. Participan los grupos Recuerdos del Son, Banco del Ruido y Cecilia Toussaint con Arpía, entre otros. Ya para el tercer aniversario, en otro concierto masivo, se presenta en pleno una nueva y poderosa generación: Santa Sabina, Los Caifanes, Maldita Vecindad, Los Estrambóticos y Juguete Rabioso, entre otros.

A lo largo del movimiento ceuista y durante algunos años más en los que la organización estudiantil se mantuvo articulada, el CEU organizó múltiples festivales y conciertos. Impulsó así de forma destacada la escena del rock mexicano y abrió de par en

par la puerta a los conciertos masivos en la ciudad.

Como es sabido, el rock, con su potencial de congregar multitudes de jóvenes, quedó proscrito del espacio público y sufrió una fuerte campaña de estigmatización por el régimen priista, especialmente después del 68. La prohibición comenzaría a quebrarse apenas a principios de los ochenta. La falta de espacios donde tocar y la solidaridad de artistas y músicos con movimientos sociales alimentaron, en opinión de José Luis Paredes, *Pacho*, una escena cultural politizada, donde la disputa por la calle fue muy importante para el desarrollo del género.[46]

El movimiento estudiantil de finales de los años ochenta fue, de forma simultánea, inspiración y público, caldo de cultivo e interlocutor de nuevas expresiones culturales y especialmente de una nueva generación de músicos, que encontraría la posibilidad de tocar ante miles de jóvenes en conciertos organizados de forma autogestiva. Estas bandas se caracterizarían por tener un fuerte compromiso social y político, y desempeñarían un papel destacado en las luchas sociales de las siguientes dos décadas.

LA HUELGA ESTUDIANTIL

El 29 de enero, el CEU estalla la huelga. Largamente anunciada en el diálogo público, fue votada y organizada con gran participación estudiantil. Miles de estudiantes se suman a las guardias y se organizan brigadas para acudir a plazas y mercados para informar sobre el movimiento y pedir apoyo. El CEU realiza un multitudinario Encuentro Nacional Estudiantil y se crea el Consejo Académico Universitario (CAU), con la participación de más de 3 mil profesores, investigadores y técnicos académicos.[47]

Por esos días, en la evaluación de la huelga, al presidente Miguel de la Madrid le parecía que ésta "pesaba más en contra del CEU que del rector, pues propiciaba la dispersión de los estudiantes y el desgaste de sus líderes". Sin embargo, le preocupaba que se afectara el trabajo de otras universidades, pues afirmaba que "el CEU mandaba comisiones a los estados e invitaba a agitadores locales a participar en sus asambleas. De cualquier forma –escribió–, la huelga debilitaba a los líderes del CEU, y ellos lo sabían. Carpizo recobró su brío durante la huelga; en esos días lo encontré casi emocionado".[48]

El reto para el movimiento es regresar a los pocos días al Zócalo sin que decaiga la participación. Se calcula que a la manifestación del 9 de febrero acudieron 250 mil personas. Se hace más notable la participación de los catedráticos e investigadores universitarios.[49] Además, ese día, 21 universidades del país realizan paros de labores, principalmente organizados por los sindicatos, en apoyo del CEU y demanda de aumento salarial.

Luego de 13 días de huelga y de la impresionante movilización al Zócalo, se reúne el Consejo Universitario, y el rector propone suspender las reformas y realizar el congreso universitario.

La aplanadora vota por la propuesta del rector. "¿Quién de los presentes habrá votado el 11 y 12 de septiembre por el primer paquete de reformas? –se pregunta el irónico Monsiváis en su crónica.– Casi ninguno, al parecer, lo que da gusto, porque entonces aquí no abundan los arrepentidos, sino los recién enterados".

Además de suspender las reformas y aceptar la realización del congreso, el Consejo dispuso crear la Comisión Organizadora del Congreso Universitario (COCU). Para ello eligió a 16 consejeros a fin de integrar una comisión especial –compuesta de modo paritario con 8 consejeros afines al movimiento y 8 más a Rectoría–. Ésta formaría parte de la COCU, una vez elegidos en urnas 16 estudiantes y 16 académicos, y nombrados 8 representantes del STUNAM y otros 8 de Rectoría. En síntesis, la COCU tendría 64 integrantes. Con este diseño, 16 de ellos estaban asegurados para el movimiento (considerando al sindicato) y 16 para Rectoría. La otra mitad sería elegida por la comunidad universitaria.

Los términos finales de la propuesta votada en el Consejo Universitario el 10 de febrero se acordaron en una negociación privada entre unos cuantos dirigentes estudiantiles y una representación del rector. Este tipo de negociación se contraponía a las formas democráticas y trasparentes que había establecido el movimiento en su relación con el poder. Esto, al paso del tiempo, alimentaría entre distintos grupos de activistas una lectura negativa del CEU y en particular de sus formas organizativas y de dirección.

El movimiento discutió intensamente los acuerdos del Consejo Universitario. ¿Significaban una victoria? ¿El movimiento debía mantener la huelga o levantarla? Las opiniones se dividieron con rapidez. Despertó dudas y rechazo la formulación "el Consejo asumirá" como garantía del carácter resolutivo del congreso por el que se luchaba, así como la composición de la comisión especial y de la COCU. En largos debates en las asambleas, crecía la desconfianza hacia los dirigentes, a

quienes se recriminaban su triunfalismo y un exceso de protagonismo en los medios de comunicación. Les reprochaban las "declaraciones a título personal", y los increpaban: "Hablan porque les da la gana, sin consultar jamás a las bases. ¡Ya basta de personalismos!"[50] Para unos, levantar la huelga significaba desmovilizarse, mientras que otros sostenían que mantenerla encerraba el riesgo del desgaste y la posibilidad de la represión.

La primera plenaria del CEU, realizada dos días después de la sesión del Consejo Universitario, decide proseguir la huelga con 24 votos contra 14, mientras que 3 son por el levantamiento sujeto a condicionantes, y hay 2 abstenciones. Tras discutirse si esa votación es concluyente, se aprueba una nueva fecha para otra plenaria resolutoria. En los dos siguientes días, el destino de la huelga se discutió y decidió en las asambleas locales de las escuelas y facultades.

Un sector señalaba dogmatismo, vocación de derrota y falta de análisis político concreto. Hablaba de victorias parciales y consideraba erróneo pensar en un congreso ganado de antemano; para otros, la desconfianza hacia la autoridad impulsaba a exigir predominio del movimiento en la comisión organizadora, mayores garantías para ganar el congreso, o pensaban que la huelga permitiría una alianza con los trabajadores y sectores populares para enfrentar al principal enemigo, escalando el conflicto. Lo cierto es que muchos estudiantes llamaron a la unidad, el movimiento evitó la violencia durante los duros debates y la decisión se tomó de forma democrática en las asambleas.

A la distancia, observamos que al movimiento no le costó trabajo levantar la huelga. En cinco días, la base estudiantil se convenció, pese al debate fuertemente polarizado, de que el movimiento tenía una victoria en las manos. En la segunda plenaria del CEU se decidió terminar la huelga con el apoyo de 35 escuelas y facultades, mientras que 11 –entre ellas 5 preparatorias populares– votaron por mantenerla.

Si una fracción de estudiantes consideró que el movimiento no había ganado, en el gobierno y el grupo dirigente de la Universidad sí había consenso. La derrota del rector era evidente. El propio Miguel de la Madrid da cuenta de las recriminaciones de los sectores más duros del gobierno y de la Universidad, pues consideraban que se debió actuar más decididamente desde el gobierno, usando incluso la fuerza pública, que el presidente mismo había desechado. Tras la sesión del Consejo Universitario, la crisis institucional llevó al rector a plantear su renuncia. "Tuve que hacer un verdadero esfuerzo de reafirmación psicológica –narra Miguel de la Madrid– para convencerlo de que se quedara en la Rectoría (…). Le ofrecí que personalmente lo ayudaría a planear una estrategia y una táctica para lograr los objetivos deseados, y que para conseguirlos podía contar con el apoyo de todo mi gobierno".[51]

En un testimonio tan elocuente como lacónico, una estudiante de pedagogía que cuidaba la guardia nocturna en la Torre de Rectoría escribió en su diario: "Creo que la huelga debe terminarse; después usaremos otras maneras para ganar esto que apenas empieza. La huelga ha dado lo que ha podido; y a mí, en lo personal, más de lo que puedo imaginar: aprendí a hacer mociones en las asambleas y cómo se elige la mesa; me atreví a salir a la calle formando parte de un contingente y a gritar lo que pensaba; voté y defendí mis puntos de vista; se hizo mía la palabra *compañero*; conocí lo que es ser universitaria y que un estudiante no tiene como único papel en la vida estudiar. Sí, creo que debe acabarse la huelga porque, de lo contrario, conoceremos lo verdaderamente rojo y negro de sus colores".[52]

Terminó así la primera etapa del CEU, con un ánimo mayoritario de triunfo y conservando la unidad del movimiento, aunque también con una sentida incertidumbre sobre lo que vendría. El proyecto neoliberal en la UNAM había sido descarrilado por el movimiento estudiantil, pero la posibilidad de transformar a la Universidad, democratizándola mediante el Congreso Universitario, se perdería más adelante en otro escenario.**M**

[1] Harvey, David. *Breve historia del neoliberalismo* (2005), México: Akal, 2007.
[2] De la Madrid Hurtado, Miguel. *Cambio de rumbo. Testimonios de una Presidencia*, 1982-1988, México: FCE, 2004. Versión digital consultada el 10 julio de 2016 en el sitio oficial http://mmh.org.mx/cambio.php
[3] Haidar, Julieta. *Debate CEU-Rectoría. Torbellino pasional de los argumentos*, UNAM, 2006.
[4] Ordorika, Imanol. *La disputa por el campus. Poder, política y autonomía en la UNAM*, México: UNAM y Plaza y Valdés Editores, 2006.
[5] Haidar, Julieta, Obra citada, página 137.
[6] Guevara Niebla, Gilberto. *La democracia en la calle. Crónica del movimiento estudiantil mexicano*, México: Siglo XXI, 1988.
[7] Monsiváis, Carlos. *Entrada libre. Crónica de la sociedad que se organiza*, México: Era, 1997.
[8] Martínez della Rocca, Salvador. *Centenario de la UNAM*, México: Miguel Ángel Porrúa, 2010, página 621.
[9] Monsiváis, Carlos. Obra citada, página 261.
[10] Monsiváis, Carlos. Obra citada, página 259.
[11] De la Madrid Hurtado, Miguel. Obra citada.
[12] Los integrantes de la comisión de Rectoría fueron José Narro (en ese entonces secretario general de la UNAM), Carlos Barros, Fernando Curiel, Mario Ruiz Massieu, José Dávalos, Humberto Muñoz, José Sarukhán, Ernesto Velasco, Jorge del Valle y Raúl Carrancá.
[13] Los representantes del CEU fueron Carlos Ímaz (Ciencias Políticas), Antonio Santos (Filosofía y Letras), Imanol Ordorika (Ciencias), Guadalupe Carrasco (Ciencias), Óscar Moreno (CCH), Andrea González (preparatoria), Antonio Ríos (CCH Popular 6), Leyla Méndez (preparatoria), Héctor Usher (CCH) y Luis Alberto Alvarado (preparatoria).
[15] En el exhaustivo estudio sobre el diálogo público de Julieta Haidar, *Debate CEU-Rectoría. Torbellino pasional de los argumentos*, se incluye un disco compacto con la transcripción íntegra del diálogo. Expresamos nuestro agradecimiento al esfuerzo de Haidar que nos permite tener para consulta este "documento-monumento histórico", como ella lo califica. Todas las citas del diálogo fueron extraídas de ahí. En adelante se cita como transcripción debate y la página respectiva del archivo digital.
[15] En su testimonio, Miguel de la Madrid afirma que Carpizo no autorizó expresamente que el diálogo fuera trasmitido por Radio UNAM. Dice que ese "hecho determinante" fue un error ocurrido por decisión de "autoridades menores". Si bien esto puede resultar inverosímil, son evidentes el malestar y la preocupación generados en el gobierno por esa transmisión.
[16] Martínez della Rocca, Salvador. Ídem.
[17] Mario Ruiz Massieu, en la primera intervención de la comisión de Rectoría. Transcripción debate, página 40.
[18] Transcripción debate, página 49.
[19] Transcripción debate, página 152.
[20] Transcripción debate, página 53.
[21] Transcripción debate, página 218.
[22] Haidar, Julieta. Obra citada, página 325.
[23] "Los planteamientos que el CEU está haciendo no son innovadores, ciertamente –dijo Carlos Ímaz durante el diálogo público–; lo que el CEU está recogiendo es una tradición histórica del pueblo mexicano, una tradición latinoamericana que viene desde Martí, de Simón Bolívar, de Miguel Hidalgo, de Emiliano Zapata, de Francisco Villa, de Rubén Jaramillo y, más recientemente, de los profesores normalistas de México", en Transcripción debate, página 286.
[24] Transcripción debate, página 201.
[25] Transcripción debate, página 302.
[26] Entre estas organizaciones pueden mencionarse Convergencia Comunista 7 de Enero (escisión de la Organización Revolucionaria Punto Crítico), la Organización de Izquierda Revolucionaria Línea de Masas, el Movimiento Revolucionario del Pueblo y el colectivo anarquista Rompan Filas, escisión del colectivo La Guillotina. Los institutos políticos de donde provenían otros activistas fueron los Partidos Revolucionario de los Trabajadores, Socialista Unificado de México, y Mexicano de los Trabajadores.
[27] "57 votos a favor de reformular la contrapropuesta, y 28 por no formularla y únicamente exigir la derogación", reportó Carlos Monsiváis en su crónica.
[28] En un testimonio dado a pocos meses del movimiento, el estudiante de Filosofía y Letras Renato González Mello contaba: "Costó mucho trabajo que las asambleas de las escuelas aceptaran la posibilidad de una contrapropuesta: las cosas fueron tormentosas, la ultraizquierda estaba por no continuar el diálogo, pues ya se había demostrado el carácter maligno de las autoridades, y no hacía falta más", en "Tres testimonios del CEU", *Cuadernos políticos*, número 49/50, enero-junio de 1987.
[29] Transcripción debate, página 308.
[30] Transcripción debate, página 310.
[31] Transcripción debate, página 314.
[32] De la Madrid Hurtado, Miguel. Obra citada.
[33] Los cálculos más optimistas cifraron la asistencia en cerca de 20 mil. El CEU denunció que muchos trabajadores de confianza habían sido obligados a asistir. El acto tuvo un aire de concentración priista, con camiones rentados para la ocasión y mantas de grandes dimensiones pintadas por encargo.
[34] Monsiváis, Carlos. Ibídem, página 271.
[35] Monsiváis, Carlos. Ibídem, página 276.
[36] Martínez della Rocca, Salvador. Obra citada, página 630.
[37] De la Madrid Hurtado, Miguel. Obra citada.
[38] Transcripción debate, página 403.
[39] Transcripción debate, página 392.
[40] La propuesta, leída por José Narro, consideraba tres representantes de Rectoría, tres del Consejo Universitario, tres del CEU y tres por cada sindicato, el STUNAM y las AAPAUNAM. Transcripción debate, página 392.
[41] Transcripción debate, páginas 392, 393, 398, 410 y 417.
[42] Transcripción debate, página 424.
[43] Transcripción debate, página 419.
[44] Transcripción debate, página 413.
[45] Texto publicado en http://www.santasabina.com.mx/index.html (Consultado el 7 julio de 2016.)
[46] *Pacho*. "El heroísmo de la vida moderna", en *De ruinas y horizontes: la modernidad y sus paradojas. Homenaje a Marshall Berman*, de Jorge E. Brenna B. y Francisco Carballo, coordinadores, UAM-X, México, 2014.
[47] Ordorika, Imanol. Obra citada, página 329.
[48] De la Madrid Hurtado, Miguel. Obra citada.
[49] Monsiváis, Carlos. Obra citada, página 293.
[50] Monsiváis, Carlos. Obra citada, página 298.
[51] De la Madrid Hurtado, Miguel. Obra citada.
[52] Cuadernos políticos, obra citada. Escrito de Cristina Dovalí.

60 AÑOS DE LUCHA DEL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO DEL MAGISTERIO

MARÍA MAGDALENA PÉREZ ALFARO*

La movilización magisterial en curso contra la reforma educativa ha colocado a los docentes de todo el país en la mira de los medios de comunicación y la opinión pública, pero también en la mesa de debates académicos urgentes para comprender los orígenes de la crisis del sistema educativo nacional y los antecedentes históricos de un conflicto clave en el presente. Desde 2013 se han abierto algunas vetas que nos permiten mirar al pasado reciente preguntándonos cuánto han cambiado las formas organizativas de la disidencia magisterial y las respuestas del Estado frente a las luchas de los profesores de educación básica.

Resulta pertinente recuperar la historia de la organización de izquierda de más amplia trayectoria en el gremio docente: el Movimiento Revolucionario del Magisterio (MRM), que el pasado 3 de julio cumplió 60 años de existencia.

Hacia 1956, la Sección IX del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) –el mayor gremio de trabajadores en el país– desde su fundación, en 1943, era dirigida por Abel Ramírez Acosta, perteneciente a la corriente alemanista y repudiado por los maestros de base, entre otras razones porque se valía de un grupo de pistoleros[1] para imponer su criterio en la toma de decisiones sobre los asuntos de los docentes de preescolar y escuelas primarias que agrupaba, en dicha sección, a casi 15 mil elementos. En aquel periodo, la vida sindical, en la mayor parte de los gremios corporativizados por el Estado, se encontraba anquilosada. En la década de 1940, Miguel Alemán conjuró las manifestaciones de protesta y la organización independiente: reprimió con dureza a ferrocarrileros, petroleros y mineros. Fortaleció así el sindicalismo antidemocrático, represor y corrupto.[2] Daba continuidad a la política de unidad nacional impulsada durante la presidencia de Manuel Ávila Camacho, cuando México entró en la Segunda Guerra Mundial, que se invocó como eje rector para consolidar la institucionalización del sistema político e impedir cualquier atentado contra la estabilidad fundada en el presidencialismo autoritario. En 1941 se incorporó en el Código Penal el delito de disolución social, con el cual se declaró antipatriota y se justificó la represión contra toda organización o persona que cuestionara las políticas públicas, pusiera en evidencia las contradicciones del modelo de desarrollo o exigiera la puesta en práctica de los principios sociales de la Revolución Mexicana.

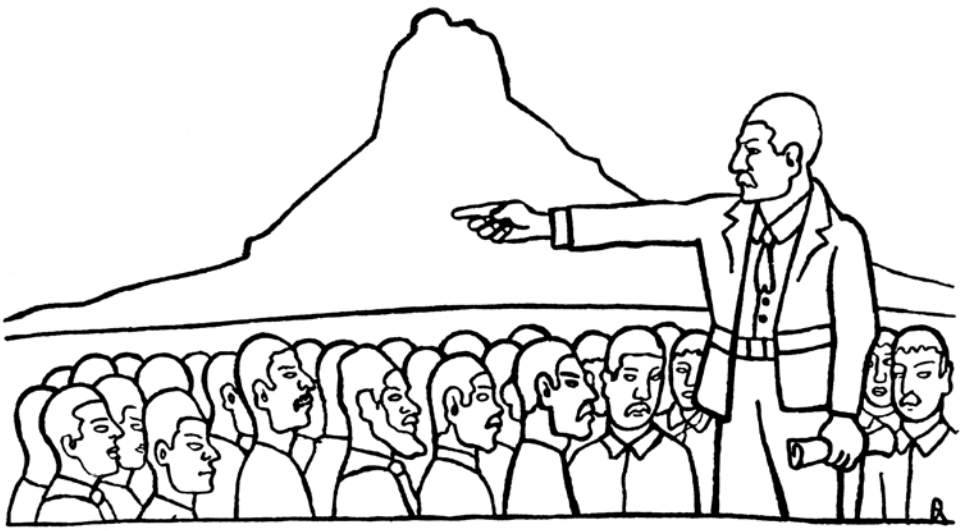
Las manifestaciones públicas y la actividad sindical del gremio magisterial se caracterizaban por su retórica revolucionaria, contrastante con las prácticas antidemocráticas y represivas en el SNTE.[3] Los encargos en comités ejecutivos seccionales y nacionales, las comisiones sindicales o las representaciones en organismos docentes locales e internacionales representaban un trampolín en el sistema político, pues permitían a los funcionarios del sindicato formar parte de la red de operadores políticos del partido hegemónico, el PRI, ocupar algún puesto público, una diputación, una gubernatura o la dirección de alguna gran corporación, como la Federación de Sindicatos de Trabajadores al Servicio del Estado, relegando a segundo término los intereses de sus representados sindicales. Para entonces, la pluralidad que debía imperar en el SNTE, por estatuto, había desaparecido con la participación pasiva y más bien cómplice de las corrientes "de oposición", que incluían a los grupos de profesores pertenecientes a los

Partidos Popular, encabezado por Vicente Lombardo Toledano; y Comunista Mexicano (PCM), dirigido por Dionisio Encina. El segundo vivía por entonces una crisis interna debido, entre otros factores, a que la dirección nacional estaba aislada de las luchas populares, pues consideraba oportuna la colaboración con el Estado.

Hacia finales de junio de 1956, el Comité Ejecutivo de la Sección IX convocó a una serie de manifestaciones públicas, asambleas y mítines para exigir a la Secretaría de Educación Pública (SEP), a cargo de José Ángel Ceniceros, un aumento salarial de 30 por ciento.[4] La crisis económica derivada de la devaluación del peso, en 1954, había afectado el ingreso de amplios sectores, entre ellos el magisterio al servicio del Estado,[5] un gremio al que, desde los inicios del gran proyecto educativo de la posrevolución, se consideró elemento fundamental para el progreso de México aunque, de modo paradójico, debía ejercer su profesión con el sacrificio de un apostolado paciente, obediente y en absoluto combativo respecto a la exigencia de sus derechos. Una cita del famoso periodista Nemesio García Naranjo resume la idea: "Hay que puntualizar claramente que todo aquel que aspire a la noble profesión del magisterio debe examinar su conciencia para ver si está dispuesto a la pobreza y al sacrificio. La vocación de la enseñanza se parece mucho a la del sacerdocio. Si le falta la voluntad de inmolación, el aspirante debe renunciar a las aulas porque éstas se hallan en el polo opuesto de la explotación comercial".[6]

Desde marzo de 1956 se realizaron reuniones en las escuelas y algunas asambleas delegacionales y seccionales, se preparaba a los maestros para la lucha por el cumplimiento de su pliego de demandas. Sin embargo, en negociaciones ocultas a la base magisterial, la dirigencia seccional y el Comité Ejecutivo Nacional (CEN) del SNTE acordaron con la SEP el monto y las prebendas por otorgar. El 3 de julio, Ramírez Acosta convocó a una concentración en los patios de la SEP; el objetivo, se dijo en la convocatoria, era presionar por el aumento de 30 por ciento, pero en el acto se pidió a los docentes que la manifestación se convirtiera en una jornada de agradecimiento a las autoridades por el 14 por ciento concedido mediante el acuerdo a espaldas de los maestros de base. Entonces, un grupo de profesores que habían sido compañeros normalistas de Othón Salazar Ramírez, popular por su oratoria en las luchas estudiantiles en la Escuela Normal de Maestros, lo instaron a tomar el micrófono para denunciar abiertamente la maniobra engañosa de sus dirigentes.[7]

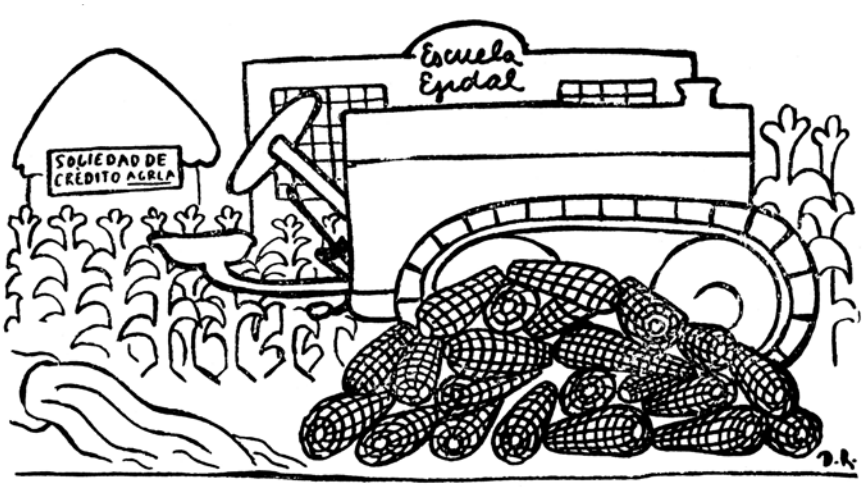
Tras apropiarse del mitin, los profesores se reunieron en la plaza de Santo Domingo, donde organizaron un comité que retomó y amplió el pliego petitorio con que había comenzado la organización magisterial: aumentaron a 40 por ciento el monto de la petición de aumento salarial y exigieron servicio médico digno y retiro a los 30 años de servicio, sin importar la edad del trabajador, entre otras demandas.[8] Buscaron luego apoyo en la dirigencia nacional del sindicato; sin embargo, el secretario general, Enrique W. Sánchez, de la corriente ruizcortinista, cerró filas con Ramírez Acosta para desconocer las peticiones y boicotear las acciones de la nueva organización docente.[9] Desde entonces, la movilización de los maestros de la Sección IX tuvo dos ejes principales: la exigencia de mejora salarial y prestaciones, y la democratización del SNTE.



Al finalizar el periodo de mandato del Comité Ejecutivo seccional a cargo de Ramírez Acosta, los maestros agrupados en el Comité de Lucha pro Pliego Petitorio y Democratización de la Sección IX solicitaron al CEN del SNTE publicar la convocatoria para la elección del nuevo grupo dirigente seccional, mas no obtuvieron respuesta. Ante ello, los maestros organizaron una asamblea masiva en el Rancho del Charro, el 9 de septiembre de 1956, donde eligieron a sus representantes. Tal acción generó gran conflicto, que llegó hasta el Tribunal Federal de Conciliación y Arbitraje, cuya resolución fue el desconocimiento de la elección; instaba a los docentes a reconsiderar su "actitud rebelde".[10] El movimiento aceptó entrar en pláticas con la dirigencia nacional, que a su vez nombró una comisión coordinadora en la que invitó a participar a miembros del Comité de Lucha. Pero el interés primordial del SNTE y del gobierno federal era desactivar la participación masiva de los docentes e incorporar como funcionarios del sindicato a los principales líderes de la disidencia. De tal forma ocurrió una de las primeras rupturas en la organización iniciada en julio de 1956, pues varios elementos de la dirección aceptaron los encargos y dieron la espalda a la base. Los miembros

del cuerpo directivo del Comité de Lucha que advirtieron la estrategia del sindicato y se mantuvieron en el movimiento pidieron un voto de confianza y continuaron impulsando la organización de los maestros de banquillo, exigiendo paralelamente, durante meses, un aumento salarial a las autoridades federales y la convocatoria para elecciones seccionales al SNTE.

Pese a las fluctuaciones de la participación docente, los profesores de la Ciudad de México no interrumpieron su trabajo organizativo durante el resto de 1956 y todo 1957. Hacia septiembre de ese último año, el Comité de Lucha se convirtió en el Movimiento Revolucionario del Magisterio,[11] a partir de entonces la corriente crítica más influyente y numerosa en el SNTE hasta 1979, cuando se formó la Coordinadora Nacional de los Trabajadores de la Educación (CNTE), de la cual el MRM fue una organización fundadora.



Entre 1958 y 1959, el MRM coincidió con telegrafistas, ferrocarrileros, petroleros y estudiantes en una ola de movilizaciones sociales que cuestionaron el sistema corporativo antidemocrático y corrupto, el modelo de desarrollo capitalista posrevolucionario y el autoritarismo del gobierno, en tiempos cuando, supuestamente, se vivían el "milagro mexicano" y "la paz priista". La respuesta de los gobiernos a la organización magisterial fue ambigua, pero sistemáticamente dirigida a impedir la democratización del SNTE y el fortalecimiento del MRM. Ruiz Cortines concedió un aumento salarial de 18 por ciento, pero lo hizo dos años luego de presentados los primeros pliegos petitorios, tras varias manifestaciones reprimidas, una guardia permanente en la SEP de 38 días, paros generalizados en las escuelas y en el contexto de las elecciones presidenciales y la insurgencia sindical de 1958; permitió luego la realización de las elecciones seccionales, pero con cuatro de los dirigentes del movimiento en la cárcel, acusados de disolución social. Por su parte, López Mateos liberó a los maestros presos en diciembre de 1958, pero permitió que el SNTE y la SEP sabotearan constantemente el trabajo de la dirección de la democrática Sección IX y, con apoyo del secretario Jaime Torres Bodet, reprimió a normalistas y maestros, favoreciendo la continuidad de las prácticas verticales y pistoleriles del sindicato.[12] En abril de 1960, la dirección nacional desconoció al Comité Ejecutivo encabezado por Gabriel Pérez Rivero y, como corolario, cientos de profesores fueron cesados y perseguidos en represalia por su participación en el MRM.[13] Para entonces, la agrupación había extendido sus relaciones a otras secciones estatales y creado vínculos de solidaridad estrechos con los ferrocarrileros reprimidos en 1959, con quienes planteaba formar una organización sindical independiente de alcances nacionales, y generaba un proceso profundo de formación política entre sus miembros más activos.

Eran los tiempos de la Guerra Fría y del anticomunismo en Latinoamérica. El gobierno de López Mateos inclinó la balanza ante la presión de Estados Unidos y la burguesía mexicana e impidió la consolidación del sindicalismo independiente como una fuerza política de peso, del mismo modo que reprimió todo intento organizativo autónomo en el ámbito del agrarismo nacional. Pero también eran los tiempos del triunfo de la Revolución Cubana y de la formación del Movimiento de Liberación Nacional (MLN), que dieron a la izquierda mexicana motivos para repensar la Revolución de 1910 e intentar proyectos de organización con nuevas perspectivas. Los maestros del MRM no fueron ajenos a ese panorama: la experiencia ganada durante los primeros años de lucha llevó a varios de sus miembros a considerar que el sindicalismo era una trinchera limitada para cambiar la realidad, por lo cual algunos de ellos comenzaron a participar en organizaciones de diverso tipo, como la Liga Comunista Espartaco, el Frente Obrero, el MLN o el Partido Comunista Mexicano, en la búsqueda de opciones políticas transformadoras.[14] En el caso de este último, es importante señalar que, debido a las discusiones generadas en él por la insurgencia sindical de finales de la década de 1950 y la respuesta represiva del Estado mexicano, a inicios de la de 1960, vivió una reestructuración interna que llevó a la destitución de Encina y a programar una ruta de acercamiento con los movimientos de masas. Ello explica el posterior ingreso en sus filas de varios líderes magisteriales, entre ellos el maestro Othón Salazar, a quien la prensa oficialista siempre calificó de comunista, pero en realidad su entrada no ocurrió hasta 1964.

En las décadas posteriores al periodo formativo, el Movimiento Revolucionario del Magisterio siguió vivo: extendió su influencia hacia otros estados, como Puebla, Morelos, Guerrero, Oaxaca, Yucatán, Tabasco, Jalisco, Sonora, Sinaloa y Chihuahua; estableció contacto con asociaciones docentes de Latinoamérica con las cuales mantuvo una constante comunicación sobre las luchas magisteriales y propuestas pedagógicas desarrolladas en la región; realizó congresos y conferencias nacionales

donde elaboró su plataforma programática en la que se incluyeron diversos proyectos de transformación educativa, formación pedagógica y dignificación del trabajo docente; apoyó de modo activo el surgimiento del sindicalismo independiente; denunció la persecución y represión contra organizaciones, militantes y activistas durante la guerra sucia; y estuvo presente en la primavera magisterial de 1989 que, entre otras cosas, acabó con la dirección corrupta del SNTE a cargo de Carlos Jonguitud Barrios.

Para comprender la historia del MRM debemos señalar que una de las ideas centrales que guiaron su acción fue la transformación del sindicato y el logro de sus objetivos "desde dentro",[15] por lo cual buscó mantener, si bien como minoría crítica, una representación en los órganos de gobierno del snte. Como en todo movimiento de amplia trayectoria, hubo disenso entre el mrm y otras agrupaciones de izquierda surgidas posteriormente al interior del sindicato; algunas discusiones fueron de tal modo relevantes que llevaron a replantear la estrategia negociadora con el gobierno y con los dirigentes del sindicato, como se puede observar al estudiar los orígenes de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación.[16] No obstante, entre los méritos del MRM está ser el único movimiento que permaneció activo y congruente, de entre los sectores que protagonizaron la histórica insurgencia sindical de finales de los 1950. Es indudable que en la mermada, pero aún viva, tradición democrática de la Sección IX está presente todavía el legado del Movimiento Revolucionario del Magisterio.

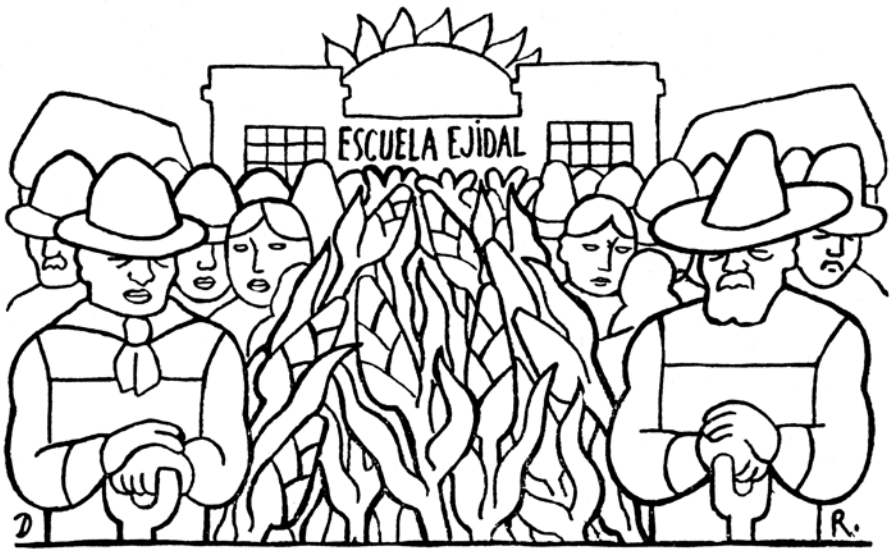
Conocer la historia del MRM permite entender la prolongada y ardua batalla que los maestros han librado contra el sindicalismo corrupto y vertical, y los grandes esfuerzos que han hecho durante décadas por ser tomados en cuenta por el gobierno. Comentaré un par de aspectos en que la historia del MRM permite reflexionar: las diferencias y las continuidades entre las luchas magisteriales de 1956-1960 y el movimiento actual encabezado por la CNTE. La disimilitud más importante son el contexto y las demandas de cada una de estas corrientes. En las postrimerías del decenio de 1950, cuestionar la legitimidad de las dirigencias sindicales significaba poner en entredicho el régimen "emanado de la Revolución". Denunciar el alto costo de la vida, la falta de democracia sindical y el autoritarismo del sistema; y exigir mejoras salariales, elecciones libres de representantes y respuestas efectivas del gobierno fueron acciones interpretadas como subversivas y, por tanto, reprimidas, en aquella época de la Guerra Fría y el Estado intervencionista. Por otra parte, en el contexto actual, la reforma educativa se inscribe en una serie de cambios estructurales provenientes de modelos financieros internacionales impuestos a los países periféricos para reducir las funciones del Estado y abrir a la iniciativa privada la mayor cantidad de instituciones públicas. La educación se convierte así, por un lado, en un botín que, para beneficiar sin complicaciones a quienes la codician, requiere eliminar a todos los grupos opuestos a las transformaciones neoliberales; y, por otro, la educación se adecua a las necesidades de las empresas y el mercado para formar ciudadanos "gobernables" que sean, al mismo tiempo, mano de obra barata pasiva y consumista. Para lograr todo lo anterior resulta indispensable socavar los derechos laborales de los maestros, convertirlos en máquinas enseñadoras y liquidar al magisterio disidente.

Respecto a las recurrencias, en la historia del México contemporáneo es frecuente que los movimientos sociales se conviertan en auténticas rebeliones cuando encuentran cerrados los cauces legales a su lucha. En ambos movimientos, el del

periodo 1956-60 y el actual, observamos esa permanencia: cuando los maestros toman medidas contundentes para hacer oír su voz, es porque se han cansado de tocar puertas y ser ignorados o porque las opciones ofrecidas no garantizan la respuesta a sus demandas. A ello se suma la represión como respuesta habitual de los gobiernos: hostigamiento administrativo, ceses, agresiones directas de la policía y el ejército, cárcel, asesinatos, desaparición forzada.

Por último, como parte de la estrategia contra el magisterio crítico organizado, es de particular importancia prestar atención a las persistencias en la propaganda para criminalizar al profesorado que se reproducen desde entonces en los medios de comunicación. Podríamos mencionar muchos ejemplos que muestran la cantidad de opiniones y noticias similares que la prensa publicó contra los maestros y su lucha tanto en el decenio de 1950 como en la actualidad. En ambos casos han circulado cientos de notas donde *opinadores* de todo tipo culpan a los profesores del mal estado de la educación; los agreden con denominaciones despectivas, discriminatorios y hasta racistas; los presentan como criminales perversos que sólo buscan crear problemas y beneficiarse de la agitación. Ese tipo de prensa evita sistemáticamente dar a conocer las demandas magisteriales y la profundidad del problema origen

de su movilización, dirigiendo las críticas hacia los líderes más visibles para mostrarlos como sujetos corruptos y maquiavélicos que manipulan a la base, exhibida como incapaz de actuar por decisión propia. Por último, una idea recurrente entre la población en general es el estereotipo sobre el maestro de banquillo como una vocación de sacrificio que restringe los derechos de los docentes a las aulas donde imparten clase y, por tanto, les impide organizarse y protestar, pues se espera que antepongan los derechos de la niñez a pie a toda costa. Con todas estas ideas en los medios de comunicación se ha alimentado, en una y otra época, una perspectiva que niega la justicia de las demandas magisteriales y justifica, además, la represión en su contra.



Hoy, cuando de nuevo los docentes han salido a las calles a protestar por el que –históricamente– representa el mayor atentado contra el proyecto educativo surgido de la posrevolución mexicana y contra los derechos laborales de los trabajadores de la educación, es necesario profundizar en la historia de los movimientos magisteriales para conocer la trayectoria, las experiencias organizativas e incluso los desaciertos de las organizaciones docentes pues, como evidencia la lucha actual, resulta imperioso explicar por qué el magisterial ha sido, en la historia contemporánea, uno de los sectores más combativos y perseverantes en las batallas por la democracia sindical, en defensa de la educación pública o en la búsqueda de proyectos pedagógicos alternativos, así como protagonista en múltiples organizaciones sociales y luchas populares. Un ejemplo es que, a 60 años del nacimiento del Movimiento Revolucionario del Magisterio, siguen en lucha algunos maestros de la agrupación, varios de ellos veteranos del periodo formativo, como el profesor Iván García Solís, quien participa activamente en el movimiento contra la reforma educativa aprobada en diciembre de 2012.**M**

* Licenciada en historia y pasante de la maestría en historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Profesora de asignatura en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la misma casa de estudios, y en la Escuela Nacional de Antropología e Historia.

[1] Coronel Leandro Castillo Venegas. "Se informa en relación con el magisterio", México, Distrito Federal, 5 julio 1956. Archivo General de la Nación, *Dirección Federal de Seguridad* [en adelante AGN-DFS], expediente Othón Salazar Ramírez, versión pública.

[2] Raúl Trejo Delarbre. "Los trabajadores y el gobierno de Adolfo López Mateos (1958-1964)", en Pablo González Casanova [coordinador]. *La clase obrera en la historia de México*, volumen 12, quinta edición, México, Siglo XXI, IIS-UNAM, 1996.

[3] Manuel Ontiveros Balcázar. *La lucha del MRM contra los líderes inmorales del SNTE 1957-1958*, México, Pueblo Nuevo, 1989.

[4] Comité Ejecutivo de la Sección IX del SNTE. "Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación. Sección IX. Plan de acción", en SNTE, *Boletín No. 1*, 27 de junio de 1956, 1 página.

[5] Comité Ejecutivo de la Sección IX del SNTE. "Salarios de los maestros de primaria en algunos países de la América Latina", volante, 20 de noviembre de 1956.

[6] Nemesio García Naranjo. "Las exigencias de los maestros de escuela. Los polvos de aquellos lodos", en *Siempre!*, número 259, 11 de junio de 1958, páginas 14-15.

[7] Leandro Castillo Venegas, director de la Federal de Seguridad. "Se informa en relación con el magisterio", México, Distrito Federal, 4 de julio de 1956, AGN-DFS, expediente Othón Salazar Ramírez, versión pública.

[8] Comité de Lucha pro Pliego Petitorio y Democratización de la IX. "Instructivo movimiento magisterial", volante, 25 de julio de 1956, 1 página.

[9] Coronel Leandro Castillo Venegas, director de la Federal de Seguridad. "Se informa en relación con el magisterio", México, Distrito Federal, 30 de julio de 1956, AGN-DFS, expediente Othón Salazar Ramírez, versión pública.

[10] "Editorial. El movimiento magisterial del DF", en *El Popular*, 13 de septiembre de 1956.

[11] *Insurgencia. Órgano de combate al servicio del magisterio de base*, año I, número 1, 9 de septiembre de 1957.

[12] "La policía sofocó a los agitadores rojos", en *La Prensa*, 5 de agosto de 1960.

[13] Dirección Federal de Seguridad. "Memorándum", México, Distrito Federal, 5 de abril de 1960, AGN, Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales, v. 2895, expediente 7.

[14] Coronel Manuel Rangel Escamilla, director de la Federal de Seguridad. "Memorándum", México, Distrito Federal, 22 de julio de 1960, AGN-DFS, expediente Othón Salazar Ramírez, versión pública.

[15] Movimiento Revolucionario del Magisterio. *Diez años de lucha del MRM. Trayectoria, táctica y programa*, México, Ediciones del Cuerpo Directivo del MRM, 1967.

[16] Enrique Ávila Carrillo y Humberto Martínez Brizuela. *Historia del movimiento magisterial (1910-1989)*. Democracia y salarios, México, Quinto Sol, 1990.

AGRADECEMOS A LOS MAESTROS LA DEFENSA DE LOS TRABAJADORES*

LOIS WEINER

¿Quién habría pensado que los docentes, quienes a menudo no se consideran a sí mismos trabajadores, podrían proveer la resistencia global más extendida y sostenida al asalto contra la labor capitalista? De Chicago a México y hasta Reino Unido, los sindicatos magisteriales están comprometidos en una batalla militante, cara a cara con las elites gobernantes que hacen de la educación un mercado y toman el control ideológico de la enseñanza. ¿Por qué ocupan dichas agrupaciones gremiales un lugar tan destacado en las noticias? ¿Por qué son atacadas?

La densidad y el alcance de estos sindicatos son parte de las razones. Los profesores de las escuelas públicas forman el mayor segmento de trabajadores del sector público, y más de la mitad de los empleados públicos sindicalizados, alrededor de 70 por ciento de los sindicatos, tanto de la Asociación Nacional de Educación como de la Federación Americana de Estudiantes (NEA y AFT, por sus siglas en inglés). Ninguna otra ocupación en Estados Unidos puede reclamar su densidad sindical y presencia nacional –ni las de construcción, las automotrices, de acereros, de salud pública ni los empleados federales.

Sin embargo, los sindicatos magisteriales desafían las ortodoxias de la izquierda sobre la lucha de la clase trabajadora –esa imagen mental del (hombre) trabajador de la producción–. La enseñanza es un "empleo de mujeres" y los sindicalizados son abrumadoramente de sexo femenino. Los docentes no producen nada. Se den cuenta o no, están involucrados en lo que la socióloga Raewyn Connell describe como labor socialmente transformadora, pues educan a la siguiente generación y forman a la sociedad. Pero los sindicatos magisteriales son ahora clave para la supervivencia y el resurgimiento del trabajo porque tienen algo que los otros sindicatos (y el resto de la clase trabajadora) no: una organización basada en miembros que esencialmente desempeñan la misma función, en casi todas las comunidades, tanto en Estados Unidos como alrededor del mundo.

El asalto a los sindicatos magisteriales y a las competencias de las profesoras y los profesores y su atención (el género es un elemento clave en el ataque) deben verse a la luz de la educación como el último sector de la economía público y que está sindicalizado. La educación es reestructurada en un proyecto global para "comercializar" la docencia, usando la retórica de la "modernización" y "poniendo a los estudiantes primero". Alrededor del mundo vemos la misma huella de la reforma, que incluye la privatización y la pérdida de vigilancia democrática; el uso de exámenes estandarizados para controlar lo que se enseña y convertir a los docentes en personal de libre contratación individual; aumentando los costos para los "usuarios" mientras que, simultáneamente, se limita el acceso.

Los sindicatos magisteriales bloquean el camino para que el proyecto se lleve a cabo. Ello explica las campañas, bien financiadas y dirigidas con esmero, para debilitarlos o destruirlos, deslegitimarlos y eliminar el derecho a la negociación colectiva o desfondar lo que pueden tratar con la parte patronal. La respuesta ha sido tardía en Estados Unidos, pero finalmente ya sucede. Vemos desarrollos importantes aquí y en el plano internacional, alentados por las magníficas luchas de los docentes de Chicago, Illinois, dirigidos por la Unión de Profesores de Chicago, que apuntan a la construcción de un movimiento social con organizaciones gremiales democráticas que laboran en colaboración con los padres, la comunidad y otros agrupaciones análogas en las luchas por la justicia social, como la vigente por el aumento del salario mínimo.

Además, ocurren importantes cambios en los sindicatos magisteriales europeos, especialmente en Reino Unido. La próxima

huelga nacional de las mayores organizaciones gremiales británicas, a la que pueden unirse otras militantes de empleados públicos, debe mirarse con cuidado. La Unión Nacional de Profesores (NUT, por sus siglas en inglés), una de las que irá a huelga, cambia conscientemente la manera en que proyecta sus demandas, integrándolas en su visión de la educación pública y establece alianzas en el terreno con los padres y los estudiantes.

También vemos mayor cooperación internacional entre los sindicatos magisteriales promovida por un ex presidente de la NUT, quien mantiene un sitio web donde hace la crónica de las luchas globales de los profesores y que próximamente lanzará una colaboración de investigación para académicos y activistas a fin de compartir información y análisis. La colaboración depende en buena medida del desarrollo de conexiones personales entre líderes y activistas; así que la presencia del presidente de la NUT en la reunión de reformadores sindicalistas de Estados Unidos, celebrada en Chicago a mediados de agosto, es una señal prometedora. En las Américas, el Comité Trinacional para la Defensa de la Educación Pública (Trinational Commitee to Defend Public Education) está uniendo a los sindicatos magisteriales, además del trabajo de las agrupaciones latinoamericanas análogas que colaboran con la Federación de Profesores de la Columbia Británica (BCTF, por sus siglas en inglés). Estas redes no son nuevas (la BCTF también ayudó a los reformadores de la Unión de Profesores de Chicago en los inicios de su movimiento), pero se hacen más formales. Aun así, las luchas en marcha en África y Asia por los derechos más básicos de los docentes, como recibir salario, merecen mucho más apoyo del que reciben por los sindicatos del Norte global. Un problema mayor por señalar es la conservación del dominio absoluto que la AFT y la NEA ejercen sobre la Internacional de Educación, la confederación internacional de los sindicatos magisteriales.

La violencia desatada contra esas organizaciones cuando luchan es imponente en su alcance e intensidad. Los profesores son encarcelados, asesinados, y despedidos. Hasta el momento, fuera de Chicago, aquéllas, y en esto incluyo a muchos sindicalistas reformadores que las quieren más militantes, no han entendido a cabalidad que las luchas sindicales no pueden librarse sólo por beneficios económicos y que las agrupaciones deben ser reconstruidos a nivel de las escuelas. Cambiar las caras de la cúpula, como ha ocurrido en Washington, DC, no es una estrategia viable por sí misma, pues la transformación debería ser una apertura para activistas que traigan un mensaje diferente.

Las demandas tradicionales de los sindicatos deben insertarse en una visión, en un programa para la enseñanza pública que reconozca la injusticia y la desigualdad del pasado. No podemos regresar a los años sesenta, cuando la AFT se organizó con el lema "los profesores quieren lo que los niños necesitan", como se sugiere algunas veces. El resurgimiento de este sindicalismo en esa década tenía un defecto fatal desde el inicio porque nunca reconoció el racismo sistemático y la desigualdad en las estructuras y las prácticas escolares. Más aún, el debilitamiento de dichas agrupaciones por el neoliberalismo ha estado acompañado de una significativa victoria ideológica. Sus peticiones por un salario profesional y pensiones no tienen la misma resonancia política de hace 40 años, cuando los trabajadores ganaban más y no habían estado expuestos a una omnipresente propaganda contra los empleados públicos.

Con todos sus defectos, los sindicatos magisteriales se mantienen como el oponente más estable y en potencia idóneo frente al proyecto global que busca causar estragos en las escuelas. Para tener éxito, los sindicatos necesitan encontrar maneras de hacer retroceder las restricciones impuestas en los contratos, pues no atienden muchas de las necesidades más importantes de los niños y de las obligaciones profesionales de los docentes. La aprobación del "Núcleo Común" por la AFT y la NEA, un currículo nacional desarrollado y promulgado por las mismas elites poderosas que han impuesto los exámenes estandarizados, ha minado la confianza y saboteado alianzas cruciales para la formación de un nuevo movimiento. Lo mismo aplica sobre la aceptación de ambos sindicatos de dinero de la Fundación Gates, una de las más culpables de usar la filantropía de riesgo para hacer que la educación sirva a los intereses de las corporaciones transnacionales.

Este Día del Trabajo marca la fecha en que muchos niños en el país comienzan un nuevo año escolar. Es el tiempo que profesores y alumnos reciben con emoción teñida ligeramente de ansiedad respecto a lo que les depara. Muchos de los primeros no pueden dormir la noche anterior al inicio de clases. Siempre me aseguro de tener ropa nueva para usarla ese día –incluso en mi año 41 como docente–. Sin embargo, los ataques políticos contra los maestros, el debilitamiento de los sindicatos y la imposición de las evaluaciones conectadas a los puntajes obtenidos por los alumnos en las pruebas estandarizadas, estropean el inicio de este ciclo lectivo. Aunque se involucraron en la docencia porque aman a los sujetos a quienes enseñan, los catedráticos deben entender ahora que son trabajadores y necesitan sindicatos fuertes y democráticos. Deben abrir las puertas de las aulas y enfrentar el proyecto global que se propone destruir los ideales que los llevaron a ellas y las condiciones laborales que les permitieron hacer de la docencia una carrera.

Como muchos lectores saben, celebrar el Día del Trabajo el primer lunes de septiembre se decidió en la década de 1880, cuando los sindicatos estadounidenses separaron el movimiento de trabajadores de las luchas de la clase obrera a escala internacional, que lo celebran el 1 de mayo.

Propongo por tanto a los profesores y a quienes apoyan la educación pública, libre y de calidad para todos los niños que disfrutemos de este Día del Trabajo como unas vacaciones bien merecidas y hagamos del 1 de mayo la jornada en que celebremos y renovemos la promesa de la solidaridad internacional de los trabajadores, más necesaria ahora que nunca, para el futuro de los infantes. M

Traducción de Fernando Luna

[*] Publicado en la revista *Jacobin, https://goo.gl/gTiAQO.*

CINCO TESIS SOBRE LA GUERRA EN MÉXICO

RAÚL ROMERO*

El 4 de diciembre de 2006, apenas cuatro días después de haber asumido la Presidencia de la República, Felipe Calderón pronunció un discurso bastante revelador de lo que sería su gestión. En un famoso hotel de la colonia Polanco, en la Ciudad de México, acompañado del futuro rey de España, Felipe de Borbón, y de empresarios de ambos países, anunció que el gobierno estaba "trabajando fuertemente para ganar la guerra a la delincuencia".

Desde entonces, México se encuentra sumergido en una de las peores crisis de su historia: más de 180 mil asesinados, más de 30 mil desaparecidos, más de 200 mil desplazados de guerra, según cifras de las organizaciones sociales, son algunos de los terribles efectos de la guerra iniciada por Calderón y que hoy continúa Enrique Peña Nieto.

Pese a los graves efectos, desde el pensamiento crítico y militante pocos trabajos se han producido para explicar la guerra en México. La mayor parte son panfletos que animan a luchar contra el Estado y la clase política, sin profundizar en el análisis de lo que enfrentamos. En otras ocasiones, las tesis unicausales, las interpretaciones lineales o las explicaciones generales impiden comprender el problema y su particularidad.

Desde los distintos géneros del periodismo o los informes y análisis de las organizaciones sociales y comunidades en resistencia con mayor profundidad se han aportado elementos para comprender la guerra. Al respecto, vale destacar la segunda *Declaración de la compartición* CNI-EZLN. *Sobre el despojo a nuestros pueblos*,[1] valioso trabajo que da cuenta de la relación crimen organizado-Estado-empresas extractivistas nacionales y extranjeras para facilitar e incrementar el proceso de despojo.

Con objeto de aportar al análisis, de debatir sobre las posibles causas de la guerra y de los protagonistas, compartimos las siguientes líneas. Éstas son las tesis principales de una investigación más extensa.

PRIMERA TESIS

El discurso de la "guerra contra el narcotráfico" ha ocultado el problema del crimen organizado transnacional y su función en la economía global.

En la bibliografía sobre el tema, diferentes autores sostienen que la legitimidad que Calderón no ganó en las urnas la buscó confrontando al narcotráfico. La figura del "padre protector" encargado de velar por la seguridad y el bienestar de la "gran familia mexicana" buscaba hacer de él una figura necesaria para

enfrentar el "mal". Desde el inicio de su mandato, el panista se refirió a la "delincuencia", al "narcotráfico" y a las "drogas" como el adversario, el *enemigo interno* al que el Estado debía enfrentar con todos sus recursos para garantizar su función más básica: seguridad. Esta explicación nos plantea que, en el fondo, la "guerra contra el narcotráfico" buscó legitimarlo en el poder. Desde esta estrategia, la guerra se presentaba como necesaria, con su consiguiente suspensión/violación de derechos y sus "daños colaterales".

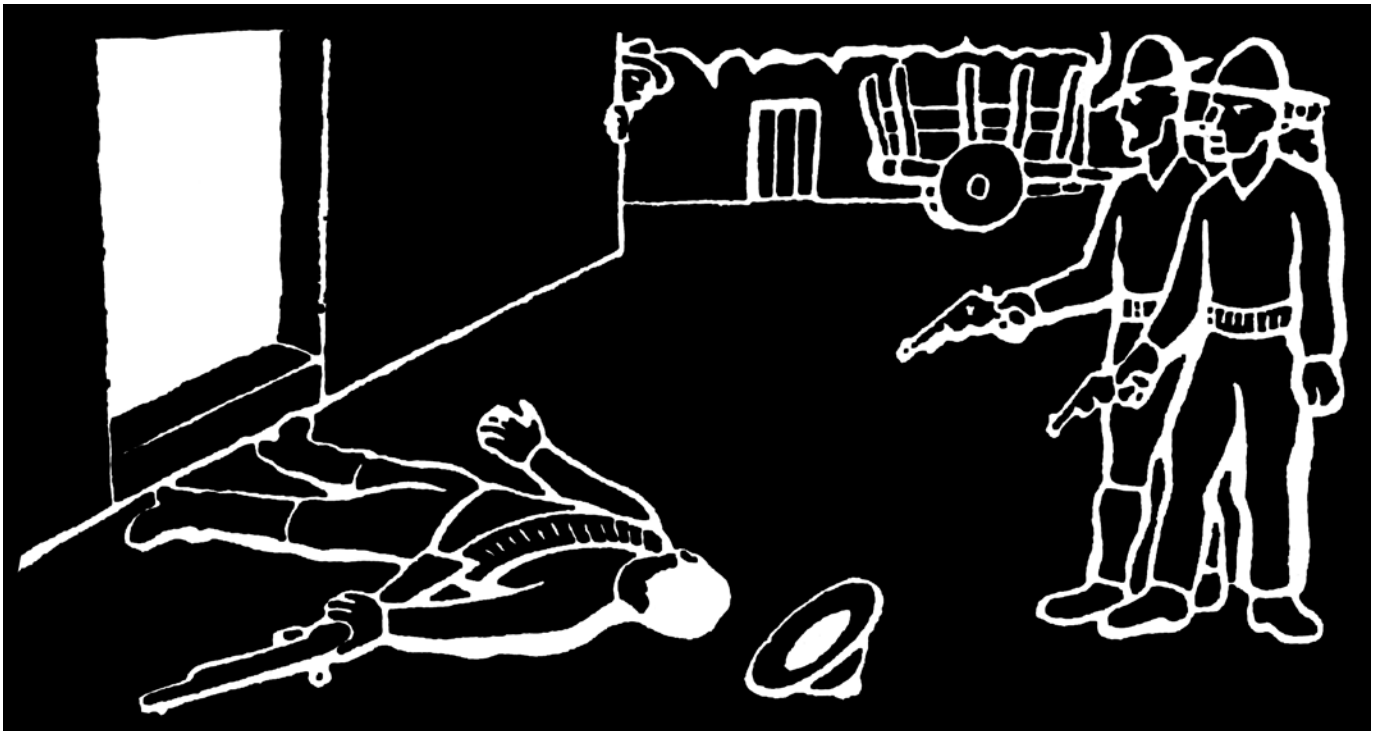
Otra explicación recurrente, casi siempre utilizada para acompañar o reforzar la anterior, sostiene que Calderón y la clase que dirige el país emprendieron la guerra con la intención de militarizar el territorio nacional para sofocar la insurrección popular y el descontento social que predominaba en aquellos años. Recordemos que en 2006, distintos actores sociales encauzaban el malestar de la sociedad: la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca, en Atenco el Frente de los Pueblos en Defensa de la Tierra; el movimiento obrero en la Siderúrgica Lázaro Cárdenas en Michoacán y en todo el país *La otra campaña* del zapatismo y los adherentes a la Sexta Declaración de la Selva Lacandona por un lado, y el lopezobradorismo y sus alianzas luchando primero contra el desafuero y luego contra el fraude electoral por el otro.

Las tesis no son descartables, y en general coincidimos con ellas; sin embargo, nos interesa resaltar el predominio que tomó el actor "narcotráfico" en los análisis académicos y de coyuntura. Ni Calderón ni sus asesores mediáticos lo inventaron, ya fuera para legitimarse o sofocar la insurrección popular. El narcotráfico era y es un problema real, una actividad económica que fue ganando presencia en el territorio nacional hasta convertirse en una de las principales fuentes de ingreso. Pero tanto el narcotráfico como la delincuencia organizada son sólo dos actividades de un problema más general y de alcance global: el crimen organizado transnacional.

Según la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito, el crimen organizado transnacional "incluye virtualmente todas las actividades criminales serias con fines de lucro y que tienen implicaciones internacionales".[2] Sus actividades están relacionadas con al menos 23 delitos. En 2009, el crimen organizado transnacional generó ganancias por 870 mil millones de dólares en el mundo, equivalentes a 1.5 por ciento del producto interno bruto mundial de ese año. Entre los negocios más redituables estuvieron la venta de cocaína y heroína, la trata de personas y el tráfico ilícito de armas y de recursos naturales.[3]

El crimen organizado transnacional es un negocio que involucra a banqueros, políticos, fabricantes de armas –entre otros– y a grupos criminales. Sin embargo, en el caso mexicano se ve al narcotráfico como una actividad aislada, desligada de otras y de su función en la economía regional y global.

Así, el discurso relativo al combate del narcotráfico dotó de agenda de investigación y encauzó la opinión pública: el crecimiento de los "carteles de la droga" ante la pérdida de hegemonía en la "transición democrática" o la configuración de un "narcoestado" en el país son algunas de las interpretaciones emanadas de esa visión fragmentada del problema. Por eso, en nuestra primera tesis sostenemos que, más allá de las causas que animaron la guerra, el discurso que la acompaña –combatir el narcotráfico– ha servido como elemento distractor del problema estructural, de un problema de la economía global y del papel de México en ella: el crimen organizado transnacional.



SEGUNDA TESIS

El crimen organizado transnacional es una expresión del capitalismo global, una forma de capitalismo criminal.

El crimen organizado transnacional es un negocio que articula diferentes actividades de lucro e involucra a diversos actores legales e ilegales de múltiples países. El dinero que genera circula por todo el mundo y es parte de la dinámica económica global.

De manera general, hay tres grandes interpretaciones sobre el crimen organizado transnacional:

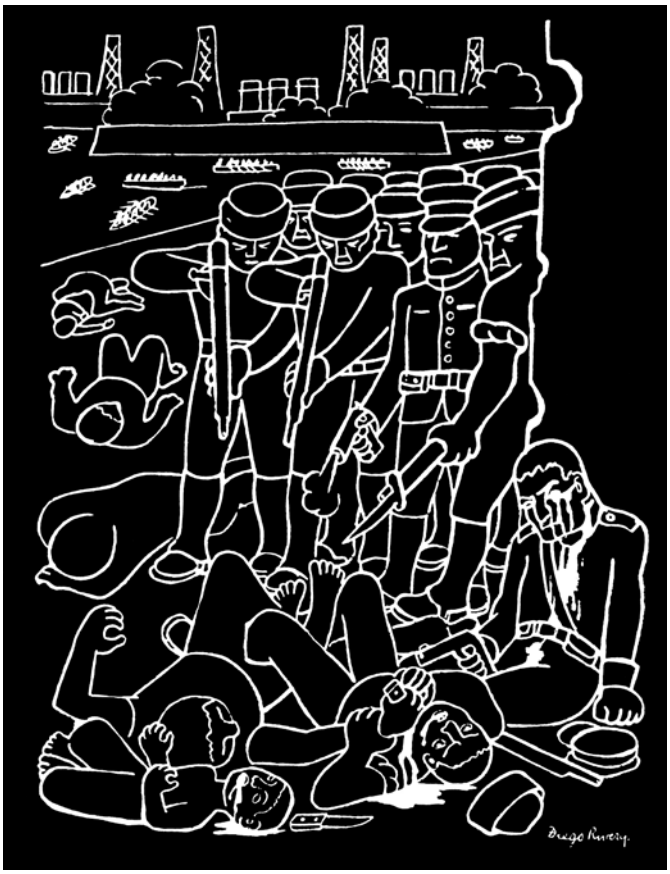
1. La que lo observa como un problema de seguridad y anomalía del mercado. Generalmente, tal interpretación emana de un análisis económico neoclásico que considera imposible que el mercado orille al crimen organizado transnacional a limitarse a sí mismo. Por tanto, se prefiere establecer que éste supone una falla del mercado y que el Estado debe intervenir con sus fuerzas de seguridad, antes de admitir que es un resultado previsto en la lógica del mercado, es decir, una expresión del capitalismo.

2. La que concentra su análisis en problemas como la corrupción y aspectos de la "cultura política". Quienes sostienen esta visión se olvidan de vincular su objeto de análisis con fenómenos estructurales y de plantear el problema en perspectiva histórica. Por ello no identifican que la "corrupción" es funcional al capitalismo.

3. La corriente crítica, erigida principalmente sobre conceptos y teorías marxistas clásicas y contemporáneas. Se compone de dos líneas analíticas: a) Los trabajos de autores que sostienen que el crimen organizado es resultado de estrategias neoimperialistas y recolonizadoras. El crimen organizado es visto como una empresa o corporación capitalista, mediante la cual se asegura la acumulación por desposesión con que las metrópolis garantizan el abastecimiento de recursos naturales y materias primas. El problema es visto fundamentalmente desde una dimensión sistémica y geopolítica; y b) Los que destacan el crimen organizado y el terrorismo como instrumentos para generar control a través del miedo, reproducir el sistema a través de la biopolítica y asegurar la reproducción del capital.

Por nuestra parte, recuperando algunos elementos de las líneas explicativas, coincidimos en que el crimen organizado transnacional refuerza la economía global y a la elite político-económica mundial, pues facilita los procesos de circulación, despojo y acumulación, pero también genera nuevos instrumentos de control y dominio y la eliminación de poblaciones consideradas "desechables".

El crimen organizado no es una "anomalía" sino un producto del sistema capitalista: le resulta completamente funcional; de hecho entraña quizá su expresión más acabada. Magdalena Galindo llega a la misma conclusión:



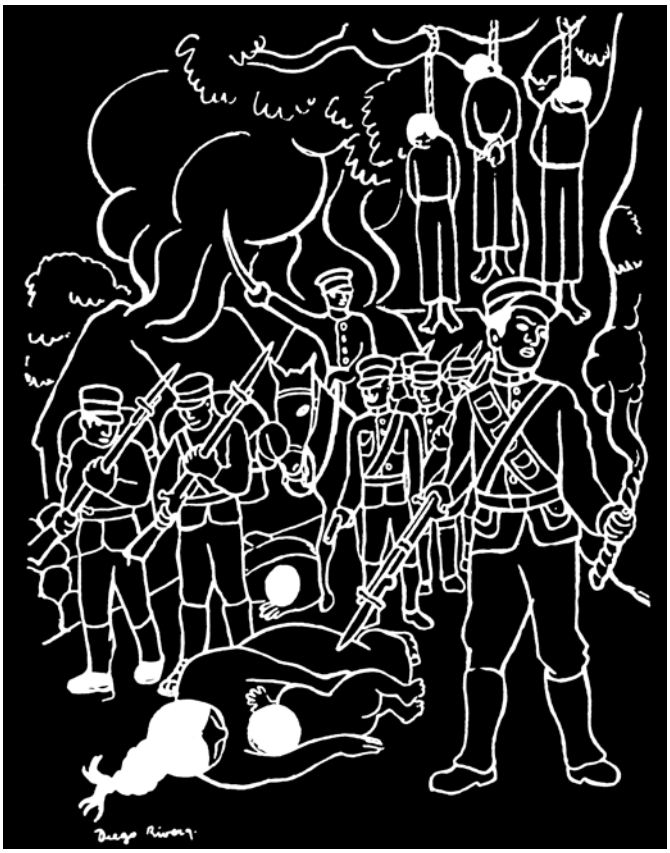
> La industria criminal no es un asunto marginal, surgido en las orillas oscuras de las sociedades capitalistas, sino que responde, en todos sus aspectos, a la lógica del capitalismo general y en particular en su etapa de globalización. Es además, en todas sus ramas, un espacio privilegiado para las ganancias extraordinarias.[4]

A este protagonismo de la economía criminal o *capital en las sombras* de la economía global y a la utilización de lo legal para reproducir el capital ilegal los denominamos aquí **capitalismo criminal**.

Permítansenos dos aclaraciones. Primera: el capitalismo siempre ha sido criminal. Un sistema basado en el despojo, la explotación, la dominación y sostenido sobre el asesinato de pueblos enteros para generar la acumulación originaria es fundamentalmente criminal. Utilizamos esta expresión para señalar cómo el crimen organizado se ha convertido en uno de los actores principales del capitalismo global. Segunda: no sostenemos que el capitalismo criminal sea una nueva etapa del capitalismo sino una expresión de éste que, junto al capitalismo financiero, al cognitivo y al extractivista, es pilar de la explotación y la dominación globales.

Por lo anterior, en nuestra segunda tesis planteamos que el crimen organizado transnacional es la expresión de una forma de capitalismo criminal, el cual tiene por objeto dinamizar la economía, facilitar los procesos de despojo y acumulación,

eliminar las resistencias y la mano de obra desechable, al mismo tiempo que mediante el miedo y el terror busca controlar a diferentes sectores de la sociedad.



TERCERA TESIS

La unidad básica de operación del capitalismo criminal es la corporación criminal.

En el pasado fueron las mafias. Su forma de organización era bastante "artesanal", semejante a los pequeños burgos que potenciaron el desarrollo del capitalismo. Eran grupos organizados de forma gremial, compuestos principalmente por familias y redes de familias que compartían una misma identidad –étnica, nacional o religiosa–, con territorialidades limitadas y nula división del trabajo. Con los procesos de industrialización e internacionalización del capital, las mafias fueron encontrando nuevos nichos de trabajo. Acaso Al Capone sea la figura más representativa de esta fase.

Conforme las mafias fueron creciendo económica y territorialmente, se vieron en la necesidad de establecer alianzas con otras para enfrentar a grupos criminales contrarios, incrementar su zona de influencia o tener acceso a otras redes que les proporcionaban impunidad y seguridad. Así surgió, por ejemplo, The National Crime Syndicate en Estados Unidos de América, una especie de "confederación" que articulaba a diferentes mafias en todo el país.

Las articulaciones nacionales e internacionales de mafias evolucionaron, siempre de acuerdo con las exigencias del mercado, hasta convertirse en corporaciones criminales. Éstas fueron beneficiarias del proceso de globalización y tejieron una compleja red de alcance global capaz de penetrar en diferentes Estados nacionales, sin importar las orientaciones político-ideológicas de sus gobiernos. Algunos de sus principales enclaves son México, Colombia, Estados Unidos, Italia, España, Rusia, China y Tailandia.

Como las corporaciones más refinadas, las corporaciones criminales se organizan en red, lo cual les garantiza fluidez y flexibilidad. Si bien en cada nodo la agrupación suele ser extremadamente jerárquica, la comunicación entre distintos nodos suele ser más horizontal, respondiendo siempre a los intereses de la red, lo que no exime que sigan reproduciendo su carácter monopólico. Por eso de nada sirve cuando se detiene "al capo de la droga", o cuando se juzga al "político coludido con el crimen organizado", mucho menos cuando se multa al "banquero que blanqueó dinero": la red seguirá intacta porque atacarla de raíz implicaría ir contra el propio sistema.

El capitalismo criminal y las corporaciones criminales también han posibilitado el florecimiento de una elite criminal que interactúa con el resto de las burguesías nacionales y transnacionales. Bien podría denominarse *burguesía criminal*. Al respecto, Jairo Estrada y Sergio Moreno dicen:

> No estamos, pues, frente a un simple "agente parasitario" extraño al bloque de poder sino frente a una fracción de la clase dominante y, lo que es más importante, estamos frente a una parte del engranaje de un bloque transclasista en cuyo interior la función hegemónica es desarrollada por los estratos más ricos y poderosos, sean éstos legales o ilegales (o una combinación de los dos) que fácilmente podrían ser denominados como una auténtica "burguesía mafiosa".[5]

Como toda burguesía, la criminal busca acrecentar su poder, conservar sus privilegios y garantizar su impunidad mediante el aparato de Estado. De hecho, también le interesa tener el control de cierta infraestructura para continuar llevando a cabo actividades criminales. Así se va configurando un Estado criminal.

CUARTA TESIS

En México se ha configurado un Estado criminal y autoritario.

Las corporaciones criminales operan en distintos países y no han generado los mismos efectos que en el país. Sostenemos que la diferencia fundamental recae en cierta particularidad del Estado mexicano actual.

La discusión sobre qué tipo de Estado y régimen político enfrentamos en México es la que tal vez más reflexiones ha generado. Entre las tipificaciones propuestas están la de

Estado fallido, narcoestado, estado de excepción, dictadura cívico-militar, democracia deformada y regresión autoritaria. Para complementar y debatir con estas caracterizaciones, aquí proponemos que el Estado mexicano tiene dos rasgos principales: es criminal y es autoritario. Analicemos el primero.

¿Cuál es la particularidad criminal del Estado mexicano? Una posible respuesta apunta a los altos grados de corrupción e impunidad. Sin embargo, en otros países donde opera la relación corporación criminal/corrupción/impunidad no se producen los mismos efectos que aquí. Aunque la corrupción y la impunidad forman parte de la explicación del fenómeno, no son determinantes.

Otra línea explicativa señala que la guerra responde a la disputa por el territorio y el control de recursos naturales e infraestructura. Esta mirada geopolítica remarca el carácter estratégico del territorio nacional. Además, aquí queremos insistir en una característica sobre la que poco se ha hablado en relación con la guerra y que atañe a la relación poder formal-poder real.

A lo largo de su historia, el Estado mexicano se apoyó en estructuras coloniales a las que otorgó cierta autonomía; caciques, hacendados y finqueros son figuras de este tipo. Poderes fácticos que acrecentaron su fuerza política y económica no al margen del Estado sino a expensas suyas. Esta relación cordial entre los poderes real y formal fue terreno fértil para que las mafias de la droga primero y las corporaciones criminales después acrecentaran su poder desde el propio Estado.

Al respecto, Gustavo Esteva ha señalado que "experimentamos [un] lodo social y político. Del mismo modo que en el lodo no es posible distinguir el agua de la tierra, en México ya es imposible distinguir claramente entre el mundo de las instituciones y el del crimen. Son la misma cosa; encarnan conjuntamente el mal que padecemos".[6]

Ahora bien, en los últimos años hemos visto un fenómeno novedoso: las corporaciones criminales, como nuevos miembros de las burguesías nacionales y transnacionales, entran también en la disputa por la materialización del Estado; es decir, por las instituciones y los gobiernos. Ya no sólo financian campañas o utilizan a sus aliados en la política para acrecentar su negocio, ellos mismos se vuelven parte de dichas instituciones y utilizan esas infraestructuras para sus intereses. Así, en el Estado criminal se borran todas las fronteras entre lo legal y lo ilegal, entre lo institucional y lo criminal; peor aún, lo ilegal ocupa lo legal para seguir reproduciéndose.

Por lo que se refiere al carácter autoritario, pensamos no en la forma tradicional del autoritarismo sino en una nueva, una especie de autoritarismo del siglo XXI. Éste tiene toda la apariencia de ser compatible con un sistema democrático –en el sentido de que no muestra en su discurso tintes totalitarios o fascistas, sino que aparenta que no hay contradicción entre autoritarismo y prácticas democráticas– y aprovecha las nuevas tecnologías para generar control. Desde luego, descansa en el poder militar, pero para ocultar su matriz militariza

policías y leyes, al mismo tiempo que hace un uso faccioso de éstas. La militarización de la sociedad y de la vida pública son sus principales características. Igualmente, por la generación del terror, se busca anular toda capacidad de respuesta social, al tiempo que genera política y discursos alimentadores de la desmovilización, la despolitización, la reclusión en la vida privada, la desilusión y el desencanto. El sujeto idóneo del Estado criminal y autoritario es el que se muestra triste, apático y obediente: cuerpo también colonizado.

Así, el Estado criminal y autoritario mexicano utiliza una política criminalizadora, mediante la cual busca silenciar el descontento social y neutralizar las múltiples formas de resistencia surgidas en contraposición a las clases dominantes. Se vuelven cotidianos los crímenes de Estado, el encarcelamiento por motivos políticos, la desaparición o el asesinato de líderes sociales, periodistas y defensores de derechos humanos, así como la censura y la vigilancia.

En México, el Estado criminal y autoritario se ha convertido en un aparato de guerra al servicio de las clases dominantes y contra el pueblo.

QUINTA TESIS

El capitalismo criminal se reproduce en la vida cotidiana de las personas y ha generado una sociedad criminal.

El capitalismo criminal ha generado una importante base social en diversos puntos del territorio nacional. Esto tiene doble explicación: en algunas zonas donde nunca llegaron las instituciones del Estado, la mafia de la droga se encargó de llenar el vacío. En cientos de pequeños poblados norteños, la mafia se encargó de construir el hospital o la iglesia; o bien, construyó carreteras para trasladar su mercancía, las cuales sirvieron también para el desarrollo de la población y la comunicación con el exterior. Al mismo tiempo que generó infraestructura, la mafia estableció una serie de estructuras de poder, instituciones informales, prácticas, parámetros del éxito y pautas culturales. El líder de la mafia local, mediante una forma de dominación carismática, adquirió fuerte influencia en la sociedad: propiciaba el desarrollo del pueblo, garantizaba empleo para los habitantes y todos lo querían de compadre; una representación a escala de la figura presidencial.

Por otra parte, con la desestructuración y el "adelgazamiento" del Estado mexicano producto del neoliberalismo, las corporaciones criminales comenzaron a llenar el vacío de las políticas de justicia social y de trabajo. Emplearon a miles de campesinos que se quedaron sin tierra y sin apoyos como producto de la descampenización de la economía nacional. También ellos emplearon a miles de migrantes nacionales y extranjeros que no alcanzaron a cruzar la frontera.

Más recientemente, las corporaciones criminales se han vuelto el principal instrumento de movilidad social en algunas regiones del país. Muchos jóvenes prefieren vivir poco tiempo y ganar bien. Dedicarse al crimen organizado se ha convertido en una forma de obtener ingreso, distinción social, virilidad, poder y ascenso.

Sin embargo, para que una corporación criminal funcione requiere contadores, abogados, médicos, comunicadores, banqueros, cajeros, políticos, transportistas, policías, militares, paramilitares, diplomáticos y un sinfín de perfiles. Estas personas saben bien que incurren en un crimen, pero ya sea por ambición o por única opción, se vuelven empleados de la corporación criminal. Sí a esto sumamos la degradación del tejido social, la destrucción de la comunidad en pro del capital y del individuo, la convivencia cotidiana con el terror, con fosas clandestinas, con cuerpos desmembrados y decapitados y la normalización de la violencia, entenderemos que la frontera de lo permisible se rompe diariamente.

La sociedad criminal es la evolución lógica de una sociedad a la que se inculcó que "el que no tranza no avanza", o "nadie aguanta un cañonazo de 50 mil pesos".

A manera de conclusión, diremos que parar la guerra en México es uno de los mayores retos teóricos y políticos que enfrentamos. Las visiones fragmentadas y las respuestas únicas no sirven. Entender que la guerra en el país es una forma de cómo se despliega el capital nos llevará a pensar en mejores estrategias para enfrentarla. El reto es grande y urgente. Las respuestas están fuera del capitalismo. Empecemos a imaginar y construir ese otro mundo.**M**

---

* Técnico académico en el Instituto de Investigaciones Sociales y profesor en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM.

[1] Congreso Nacional Indígena y Ejército Zapatista de Liberación Nacional. *Segunda Declaración de la compartición CNI-EZLN. Sobre el despojo a nuestros pueblos.* En http://enlacezapatista.ezln.org.mx/

[2] Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito. "Crimen organizado transnacional". http://www.unodc.org/ropan/es/organized-crime.html

[3] Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito. "Delincuencia organizada transnacional: la economía ilegal mundializada". http://goo.gl/CylEzJ

[4] Galindo, Magdalena. "El capitalismo criminal, fase superior del imperialismo", en revista *Mundo Siglo XXI*, número 2 (otoño de 2005), página 49. México: Instituto Politécnico Nacional-Centro de Investigaciones Económicas, Administrativas y Sociales.

[5] J. Estrada Álvarez y S. Moreno Rubio. "Configuraciones (criminales) del capitalismo actual. Tendencias de análisis y elementos de interpretación", en J. Estrada (editor). *Capitalismo criminal. Ensayos críticos*, Colombia: Universidad Nacional de Colombia, 2008, página 33.

[6] Esteva, Gustavo. "Capacidad de respuesta", en *La Jornada*, 13 de octubre de 2014.

LA SOCIEDAD *SMARTPHONE**

NICOLE M. ASCHOFF

El automóvil fue en muchos aspectos la mercancía emblemática del siglo xx. Su importancia deriva no del ingenio tecnológico o de la sofisticación de la cadena de montaje sino de la capacidad de reflejar y moldear la sociedad. Nuestras formas de producir, consumir, utilizar y normalizar los automóviles eran una ventana sobre el capitalismo de aquella centuria, un atisbo del entrelazamiento y la tensión entre lo social, lo político y lo económico.

En una era caracterizada por la financiarización y la globalización, en la cual la "información" es oro, la idea que una mercancía defina una época puede sorprender. Sin embargo, las mercancías no son menos importantes hoy y nuestras relaciones con ellas siguen siendo primordiales para comprender la sociedad. Si el automóvil es fundamental para comprender el siglo pasado, el teléfono inteligente (en adelante *smartphone*) es la mercancía que define nuestra época.

La gente pasa demasiado tiempo en sus teléfonos. Los revisan constantemente a lo largo del día y los mantienen cerca del cuerpo. Duermen con ellos, los llevan al baño y los miran mientras caminan, comen, estudian, trabajan, esperan y conducen. De los jóvenes adultos, 20 por ciento admite que lo consulta incluso durante sus relaciones sexuales.

¿Qué significa que las personas tengan un teléfono en las manos o los bolsillos donde vayan? Para dar sentido a nuestra supuesta adicción colectiva al teléfono, sigamos el consejo de Harry Braverman y examinemos la "máquina, por un lado, las relaciones sociales, por el otro, y la manera en que se unen en la sociedad".

MÁQUINAS PORTÁTILES

Informantes de Apple se refieren a la ciudad de ensamblaje de Foxconn en Shenzhen como Mordor –el infierno de la Tierra Media de J. R. R. Tolkien–. Como trágicamente develó una ola de suicidios en 2010, el apodo dramatiza apenas las condiciones de las fábricas en que jóvenes trabajadores chinos ensamblan iPhones.[1] La cadena de suministro de Apple enlaza colonias de ingenieros de software con cientos de proveedores de componentes en Norteamérica, Europa y Asia Oriental: Gorilla Glass de Kentucky, coprocesadores de movimiento de los Países Bajos, chips de cámara de Taiwán, y módulos transmisores de Costa Rica canalizados en decenas de plantas de ensamblaje en China.

Las tendencias simultáneamente creativas y destructivas del capitalismo impulsan cambios constantes en las redes de producción global y, en éstas, nuevas estructuras del poder empresarial y estatal. En los viejos tiempos, las cadenas de suministro impulsadas por el productor, ejemplificadas por industrias como la automotriz y la del acero, eran dominantes. Personajes como Lee Iacocca y Bill Allen decidían qué hacer, dónde hacerlo, y en cuánto venderlo.[2]

Pero a medida que las contradicciones económicas y políticas del auge de posguerra se intensificaron en las décadas de 1960 y 1970, una cantidad creciente de países del hemisferio sur adoptaron estrategias de exportación para lograr sus metas de desarrollo. Surgió un nuevo tipo de cadena de suministro (en particular en ciertas industrias ligeras, como las de ropa, juguetes y electrónica) donde los minoristas llevan las riendas e expensas de los fabricantes. En estos modelos orientado-comprador, empresas como Nike, Liz Claiborne y los productos de diseño de Walmart imponen precios a los fabricantes y ganan a menudo más en la cadena de producción que con sus marcas comerciales.

Poder y gobierno se localizan en varios puntos de la cadena de smartphones. De manera simultánea, la producción y el diseño se hallan hondamente integrados a una escala mundial. Sin embargo, las nuevas configuraciones de poder tienden a reforzar las jerarquías de riqueza existentes: los países pobres y de ingresos medios intentan con desesperación entrar en los nódulos más lucrativos desarrollando infraestructuras y ofertas comerciales; las oportunidades innovadoras son escasas y distantes entre sí; el carácter global de la producción dificulta

al extremo la lucha de los trabajadores para mejorar sus condiciones y salarios.

Los mineros de coltán congoleses están separados de los ejecutivos de Nokia por más que un océano: se hallan divididos por la historia y la política, por la relación de su país con las finanzas, así como por décadas de barreras de desarrollo que con frecuencia remontan hasta el colonialismo.

La cadena de valor de smartphones es un mapa útil para la explotación global, la política comercial, el desarrollo desigual y la destreza logística. Pero el verdadero significado del producto está en otra parte. Y para descubrir los cambios más sutiles introducidos e ilustrados por el smartphone en la acumulación, debemos abandonar el proceso de creación de celulares con máquinas para identificar el uso del teléfono mismo como máquina.

Considerar máquina el teléfono es en algunos aspectos inmediatamente intuitivo. De hecho, la palabra china para el teléfono móvil es *shouji*, o "máquina de mano". Las personas utilizan a menudo sus máquinas de mano como cualquier otra herramienta, en particular en el centro laboral. Las exigencias neoliberales para disponer de trabajadores flexibles, móviles y conectados los hacen esenciales.

Los smartphones extienden el lugar de trabajo en el espacio y el tiempo. Los correos electrónicos pueden ser respondidos en el desayuno y revisados en el tren camino a casa, o las reuniones del día siguiente confirmadas antes de apagar las luces. Internet se convierte en el lugar de trabajo; y la oficina, sólo en un punto dentro del vasto mapa de posibles áreas laborales.

La dilatación de la jornada laboral merced a los smartphones se ha vuelto tan imperiosa y perniciosa que las organizaciones laborales responden. En Francia, los sindicatos y las empresas de tecnología firmaron un acuerdo en abril de 2014 que reconoce el "derecho a desconectarse" tras finalizar la jornada a los 250 mil trabajadores del sector. Alemania considera una legislación que prohíba correos electrónicos y llamadas telefónicas luego del trabajo. La ministra alemana del ramo, Andrea Nahles, explicó a un periódico que hay "una conexión indiscutible entre la disponibilidad permanente y los desórdenes psicológicos".

Por otra parte, los smartphones han facilitado la creación de formas de trabajo y de ingresar en los mercados laborales. Empresas como TaskRabbit y Postmates, por ejemplo, han construido modelos de negocio para abastecer el "mercado de pequeños empleos" mediante la "fuerza de trabajo distribuida" por smartphone.

TaskRabbit conecta a quienes optarían por evitar la molestia de desempeñar sus tareas con gente exasperada por pequeños trabajos mal remunerados. Los que desean efectuar quehaceres –como el lavado de ropa o la limpieza luego de la fiesta de cumpleaños del hijo– se conectan con *taskers*[3] mediante la aplicación móvil de TaskRabbit. Se espera que los *taskers* monitoreen continuamente sus teléfonos al acecho de posibles empleos; la demora en la respuesta determina quién lo tomará. Los consumidores pueden ordenar o cancelar un trabajador sobre la marcha; y tras completar con éxito la labor, el *tasker* puede ser pagado directamente a través de su teléfono.

Postmates –el favorito de la *gig economy*– es una nueva estrella en ascenso en el mundo de los negocios, sobre todo después que Spark Capital ganara 16 millones de dólares a inicios de 2015. Persigue a sus "mensajeros" en ciudades como Boston, San Francisco y Nueva York mediante una aplicación móvil en sus iPhones, mientras se apuran en la entrega de tacos artesanales y *cafe lattes* de vainilla sin azúcar a hogares y oficinas. La aplicación informa y envía el nuevo encargo al mensajero más cercano, quien debe responder inmediatamente y completar la tarea en una hora para recibir el pago.

Los mensajeros que no son empleados ni reconocidos por Postmates son menos entusiastas que Spark Capital. Reciben 3.75 dólares por entrega, más propina, y no están protegidos por las leyes sobre el salario mínimo, pues se les clasifica como contratistas independientes.

De ese modo, nuestras máquinas de mano encajan perfectamente en el mundo moderno del empleo. El smartphone facilita los modelos de empleo basados en la "fuerza laboral contingente" (*contingent worforce*), así como en la autoexplotación: vincular a los trabajadores y a los capitalistas sin los costos fijos y la inversión emocional propios de las relaciones de trabajo más tradicionales.

Sin embargo, los smartphones son mucho más que una herramienta de tecnología para el trabajo asalariado. Se han convertido en parte consustancial de nuestra identidad. Cuando utilizamos nuestros teléfonos para mensajear a amigos y a enamorados, publicar comentarios en Facebook o navegar en Twitter, no trabajamos. Estamos relajándonos, divirtiéndonos, creando. Sin embargo, a través de estos pequeños actos terminamos generando algo único y valioso, una mercancía sui géneris: nuestros seres digitales.

SELVES EN VENTA

Erving Goffman, el influyente sociólogo estadounidense, se interesó en el "ser uno mismo" (*self*) y en cómo los individuos producen y presentan su *self* a través de la interacción social. Admitía su carácter un tanto shakesperiano: para el autor de *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, "el mundo entero es un teatro (o escenario)". Sostuvo que las interacciones sociales pueden considerarse actuaciones y que el proceder de las personas varían con su audiencia.

Realizamos esas actuaciones "en el escenario" para la audiencia –conocidos, compañeros de trabajo, familiares, críticos– que deseamos impresionar. Las representaciones confieren la apariencia de que nuestros actos "mantienen y representan ciertos estándares". Convencen a la audiencia de que somos quienes decimos: personas inteligentes, morales y responsables.

Pero las actuaciones escénicas pueden ser inestables o

frecuentemente perturbadas por errores: la gente se pone el pie en la boca, malinterpreta las señales sociales, tiene un trozo de espinaca atorado en el diente, o se le descubre en una mentira. Goffman estaba fascinado por lo duro que trabajamos para perfeccionar y mantener nuestras actuaciones en el escenario y con cuánta frecuencia fracasábamos.

Los smartphones constituyen un regalo celestial para encarar esas dimensiones dramáticas de la vida. Nos permiten administrar las impresiones provocadas en los demás con un nivel de precisión rayano en la locura. En lugar de hablar con el otro, podemos enviar mensajes de texto, planificar ocurrencias y estrategias de evasión de antemano. Podemos ostentar nuestro gusto impecable en Pinterest, nuestras habilidades en CafeMom y nuestro talento de *artiste en herbe* en Instagram; todo ello en tiempo real.

New York Magazine publicó un artículo sobre las cuatro personas más deseables en esa ciudad según OkCupid.[4] Estos individuos elaboran perfiles de citas tan atractivos que son objeto de peticiones y solicitudes constantes. Sus teléfonos tintinean continuamente con mensajes de enamorados potenciales. Tom, uno de los cuatro elegidos, efectúa pequeños cambios periódicos en su perfil: sube nuevas fotografías y reformula su descripción. Utiliza incluso el servicio de optimización de perfil de OkCupid: MyBestFace.

Tom supone que todo ese esfuerzo es necesario en nuestra actual "cultura de *likes*". Considera su perfil de OkCupid "una extensión de sí mismo". Y se refiere a su perfil en tercera persona: "Quiero que se vea bien y limpio; así que le hago practicar abdominales y esas cosas".

El asombroso alcance de los medios de comunicación social y su rápida adopción por las personas para producirse e interpretarse fomentan el surgimiento de nuevos rituales tecnológicamente mediatizados. En adelante, los smartphones son fundamentales para la "generar, conservar, reparar, renovar y, también… refutar las relaciones y resistirse a ellas".

Los mensajes de texto desempeñan –con sus complejas reglas no escritas– un papel regente en la dinámica de las relaciones de la mayoría de los adultos jóvenes. Resulta innecesario ser un nostálgico fanático para conceder que los nuevos rituales tecnológicamente mediatizados desplazan o al menos, modifican las antiguas convenciones.

Conservar digitalmente, generar y discutir de relaciones a través de los smartphones difiere del uso de los teléfonos para completar tareas asociadas al trabajo asalariado. Nadie cobra por su perfil Tinder o por subir en Snapchat fotos de sus aventuras de fin de semana. No obstante, los seres digitales y rituales que producen se hallan sin duda en venta. Cuando una persona utiliza su smartphone para conectarse con otra o una comunidad digital imaginaria, resulta cada vez más posible que el *producto* de sus acciones amorosas sea vendido como una mercancía, aun cuando no fuese su intención.

Empresas como Facebook son precursoras en el cercamiento (*enclosures*) y la venta de seres digitales. Aquélla contaba con 945 millones de usuarios que ingresaron en el sitio a través de sus teléfonos inteligentes en 2013. De los ingresos en el mismo año, 89 por ciento provenía de la publicidad (la mitad de la publicidad móvil). Toda su arquitectura está diseñada para orientar la producción móvil de cada individuo-usuario a través de una plataforma que convierte sus seres digitales en mercancías vendibles.

He aquí la razón por la cual Facebook instituyó su política de "nombres reales": "fingir ser cualquiera o nadie no está permitido". Esa red necesita que los usuarios usen los nombres legales para adecuar seres reales y seres digitales, pues los datos producidos por –y conectados a– un ser humano real son más rentables.

Los usuarios del sitio de citas OkCupid acuerdan un intercambio similar: "datos para una cita". Terceras empresas se

sientan en el fondo de la página para observar las fotografías de los usuarios, sus puntos de vista políticos y religiosos y hasta las novelas de David Foster Wallace que dicen amar. Posteriormente, los datos son vendidos a los publicistas que idean anuncios personalizados.

El grupo de personas que tiene acceso a los datos de OkCupid resulta notablemente grande. OkCupid es, con compañías como Match y Tinder, propiedad de IAC/InterActiveCorp, la sexta mayor red en línea del mundo. Elaborar un *self* en OkCupid puede llevar al amor, o no, pero produce sin duda ganancias para las corporaciones.

La toma de conciencia de que nuestros seres digitales son mercancías se extiende. Profesora en The New School, Laurel Ptak publicó recientemente el manifiesto *Los salarios de Facebook*. Asimismo, en marzo de 2014 Paul Budnitz y Todd Berger crearon Ello, una alternativa popular a Facebook.

Proclama: "Creemos que una red social puede ser una herramienta para el empoderamiento. No es una herramienta para engañar, obligar y manipular sino un lugar para conectarse, crear y celebrar la vida. Usted no es un producto". Ello promete no vender sus datos a publicistas, al menos por ahora. Se reserva el derecho de hacerlo en el futuro.

Sin embargo, las discusiones sobre el tráfico de seres digitales en el mercado gris (*gray market*) de las empresas de datos y de los gigantes de la Silicon Valley no incluyen por lo general consideraciones respecto a las condiciones de explotación cada vez más pavorosas o el floreciente mercado para trabajos precarios y degradantes. Y lejos de constituir fenómenos separados, están estrechamente vinculados. Son piezas del rompecabezas del capitalismo moderno.

¡MERCANTILIZACIÓN

El capital debe reproducirse y generar nuevas fuentes de ganancias a lo largo y ancho del tiempo y el espacio. Debe crear y reforzar constantemente la separación entre los trabajadores asalariados y los propietarios de los medios de producción, aumentar el plusvalor extraído de los trabajadores y colonizar nuevas esferas de la vida social para convertirlas en mercancías. El sistema y las relaciones que lo componen están en movimiento constante.

La expansión y reproducción cotidiana del capital y la colonización de nuevas esferas de la vida social no siempre son evidentes. En cuanto dispositivo que facilita y apuntala nuevos modelos de acumulación, la reflexión sobre el smartphone permite armar el rompecabezas.

La evolución del trabajo durante las últimas tres décadas ha sido dominado por una serie de tendencias: el alargamiento de la jornada y semana laborales, la disminución de los salarios reales, el decremento o la eliminación de las protecciones no salariales del mercado (como las pensiones fijas o las normas de seguridad y de la salud), la proliferación del empleo a tiempo parcial y el declive de los sindicatos.

Al mismo tiempo, cambian las normas que rigen la organización del trabajo. En particular, proliferan nuevas formas de labor temporal como los empleos-proyectos (*project-oriented employment*). Ya no se espera a que los empleadores ofrezcan una seguridad laboral o que regulen las horas de trabajo; por su parte, los empleados ya no cultivan ese tipo de expectativas.

Pero la degradación del empleo no es un parámetro objetivo. El aumento de la explotación y de la miseria son tendencias y no productos ineluctables de las leyes del capitalismo. Resultan de las batallas perdidas por los trabajadores y ganadas por los capitalistas.

El uso generalizado de smartphones para prolongar la jornada laboral y ampliar el mercado de empleos deplorables, de mierda (*shits jobs*), resulta de la debilidad de los trabajadores y de los movimientos de la clase a que pertenecen. La compulsión y disposición de un creciente número de trabajadores a interactuar con sus empleadores a través de sus teléfonos normaliza y justifica el uso de smartphones como herramienta de explotación. Opera como acicate de una constante disponibilidad convertida en requisito para obtener un salario.

El aumento constante de las tasas de ganancias de las grandes corporaciones desde finales de la década de 1980 hasta la Gran Recesión no sólo resulta del retroceso de la conquistas del movimiento obrero como resultado de la acción del capital (y del Estado). Se ha ensanchado y profundizado el alcance de los mercados globales, así como el ritmo de desarrollo de nuevas mercancías.

La reproducción y expansión del capital dependen del desarrollo de estas nuevas mercancías, muchas de las cuales emergen del acoso incesante del capital por cercar nuevas esferas de la vida social. O como resumió el economista político Massimo de Angelis: "Pongan [estas esferas] a trabajar para las prioridades e impulsos del [capital]".

El smartphone es crucial en este proceso. Proporciona un artefacto físico que permite el acceso constante a nuestros seres digitales y abre una frontera aún desconocida para la mercantilización.

Los individuos no cobran salario alguno por crear y conservar seres digitales. Su paga consiste en la satisfacción que procura participar en rituales y ejercer cierto control sobre sus interacciones sociales. Ganan en la sensación de flotar en la gran conectividad virtual, aun cuando sus máquinas de mano median los lazos sociales, ayudando a la gente a imaginarse como colectivos mientras se mantienen separados como entidades productivas distintas. El carácter voluntario de estos nuevos rituales no los vuelve menos importantes o rentables para el capital.

Braverman decía que "el capitalista encuentra en [el] carácter infinitamente maleable del trabajo humano el recurso esencial para la expansión de su capital". Los últimos 30 años de innovación demuestran la verdad de esta afirmación. El teléfono se ha convertido en uno de los principales mecanismos para activar, obtener y canalizar la maleabilidad del trabajo humano.

Los smartphones aseguran que producimos más y a lo largo de nuestra vida despierta. Borran los límites entre el trabajo y el ocio. De ahora en adelante, los empleadores disponen de un acceso prácticamente ilimitado a su plantilla de personal. De tal suerte, la disponibilidad permanente y el alistamiento del trabajador sirven de palanca de chantaje para mantener altos niveles de precariedad y salarios cada vez más bajos. Al mismo tiempo, esos dispositivos proporcionan a la gente un acceso móvil y constante a los bienes comunes digitales y a su filosofía transparente de conectividad, pero sólo a cambio de su ser digital.

Diluyen, los smartphones, la línea entre la producción y el consumo, entre lo social y lo económico, entre lo precapitalista y lo capitalista. El uso del teléfono, sea por trabajo o placer, se plasma cada vez más en un mismo resultado: beneficios para los capitalistas.

¿Es el smartphone el anunciante del momento debordiano[5] o "colonización [completa] de la vida social" por la mercancía? ¿En qué medida nuestra relación con las mercancías ya no es lo único que salta a la vista sino, más bien, "las mercancías son ahora *lo único* visible?"

Lo siguiente puede parecer un poco duro. El acceso a las redes sociales y la conectividad digital a través de smartphones ocultan sin duda elementos liberadores. Esos aparatos pueden ayudar a luchar contra la anomia, a promover cierto sentido de conciencia ambiental y, al mismo tiempo, facilitar la generación y conservación de relaciones reales entre las personas.

Una conexión compartida a través de seres digitales puede asimismo alimentar la resistencia a la jerarquía de poder existente, cuyos mecanismos internos aíslan y silencian a los individuos. Es imposible imaginar las protestas desencadenadas por Ferguson y la brutalidad policial [estadounidense] sin smartphones y redes sociales. Y, por último, el grueso de la gente no está obligado aún a utilizar smartphones en su trabajo ni a producir sus personas a través de la tecnología. La mayoría podría lanzar sus teléfonos al mar mañana si lo desease.

Pero no lo harán. Las personas aman sus máquinas de mano. La comunicación con smartphones se está convirtiendo en una norma aceptada a medida que una cantidad creciente de rituales son tecnológicamente mediatizados. La conexión constante a las redes sociales y a la información que llamamos "ciberespacio" se vuelve indispensable a la identidad. El porqué de este acontecimiento es objeto de especulaciones laberínticas.

¿Es simplemente otra manera de "evitar el vacío, la falta de sentido de la existencia", como sugiere el experto en medios de comunicación y tecnología Ken Hillis? ¿O nuestra capacidad para manipular nuestros avatares digitales proporciona una solución para nuestro profundo sentimiento de impotencia ante la injusticia y el odio, según expuso recientemente la novelista y profesora Roxane Gay? ¿O todos nos estaremos convirtiendo en cyborgs –pregunta Amber Case, un gurú de la tecnología–?

Probablemente no, aunque la respuesta depende de cómo se defina al cyborg. Si éste es un ser humano que utiliza una pieza de tecnología o una máquina para restaurar las funciones perdidas o mejorar sus capacidades y conocimientos, entonces la gente ha sido cyborgs por mucho tiempo, y el uso de un smartphone no difiere del de una prótesis de brazo, de conducir un coche o de trabajar en una línea de montaje.

Si definimos una sociedad cyborg como una donde las relaciones humanas están mediadas y moldeadas por la tecnología, entonces nuestra sociedad cumple el criterio, nuestros móviles juegan un papel protagonista. Pero nuestras relaciones y rituales durante mucho tiempo han sido mediados por la tecnología. El auge de centros urbanos masivos –focos de conectividad e de innovación– habría sido imposible sin los ferrocarriles y los automóviles.

Máquinas, tecnología, redes e información no dirigen ni organizan a la sociedad. La gente lo hace. Creamos y utilizamos de acuerdo con la malla existente de relaciones sociales, económicas y políticas y del equilibrio de poder.

El smartphone –la forma en que moldea y refleja las relaciones sociales– no es más metafísico que las Ford Ranger salidas de la línea de montaje en Edison (Nueva Jersey). Es a la vez una máquina y una mercancía. Su producción es un mapa de poder global, de logística y explotación. Su utilización le imprime su forma y refleja la confrontación perpetua entre las tendencias totalitarias del capital y la resistencia del resto de nosotros.

Actualmente, la necesidad de los capitalistas de explotar y mercantilizar es apremiada por las formas en que se producen y consumen los smartphones. Pero las ganancias del capital no resultan seguras ni inatacables. Se deben renovar y defender a cada paso. Tenemos poder para impugnar y negar las ganancias del capital, y deberíamos. Tal vez nuestros teléfonos serán útiles a lo largo de ese camino. **M**

Traducción de Guenaëlle Pierre Manigat

---

[*] Publicado originalmente en la revista *Jacobin,* número 17, primavera 2015. (www.jacobinmag.com)

[1] Longhua, apodada "iPhone City", es una urbe de la subprovincia china de Shenzhen. Aloja el mayor parque industrial de Foxconn, uno de los líderes mundiales en la fabricación de productos electrónicos.

[2] Lido Anthony "Lee" Iacocca fue un ejecutivo comercial y, luego, alto directivo de Ford Motor Company entre 1946 y 1978. Se le atribuye el lanzamiento del modelo Mustang en 1964. William McPherson "Bill" Allen fue el máximo patrón de la industria aeronáutica estadounidense. Entre otros cargos, se desempeñó como presidente de Boeing Company entre 1945 y 1968.

[3] Neologismo que hay que entender en el doble sentido de candidato a una tarea (*task*) determinada y de usuario de la aplicación TaskRabbit (del lado de la oferta de trabajo, o demanda de empleo).

[4] http://goo.gl/IM47hu

[5] En el sentido de Guy Debord.

ENSAYO SOBRE LAS MILITANCIAS RADICALES DE NUESTRA ÉPOCA*

SAMUEL GONZÁLEZ CONTRERAS

Resulta innegable el asenso político y social de prácticas y procesos que alertan sobre la necesidad de un cambio radical (desde la raíz) en las sociedades capitalistas contemporáneas, lo cual conlleva en el núcleo de sus cuestiones el dilema sobre el tipo y el sentido de la participación política que consolidamos para transformar nuestro mundo. En ese contexto, vuelven a abrirse los planteamientos estratégicos (Bensaid)[1] pero también, y con éstos, el de la militancia política y social de quienes luchamos por un cambio: desde la ecología hasta el género, pasando por los temas nacional e indígena. En el terreno del sentido, la militancia política implica densos procesos de significación que derivan en la constitución de símbolos, modelos y dinámicas de militancia y místicas militantes. Durante los últimos años, el debate resultó confuso, y en ocasiones ha adoptado la metáfora de un combate entre Hermes y Prometeo. En última instancia, un enfrentamiento irremediable entre el deber, la disciplina y el sacrificio (Prometeo) frente al placer, la afectividad y el juego (Hermes), una política que pospone infinitamente el placer hacia un futuro que no existe por otra más inmediata y performática –aparentemente– que realiza su sentido desde el momento de su emergencia. Este dilema político y existencial para el sentido de las militancias actuales se relaciona directamente con las interpretaciones dominantes sobre las militancias y las experiencias revolucionarias del siglo pasado.

En el mediano plazo, hay una clara declinación del concepto *militancia* dada por una devaluación de las dinámicas y los auges revolucionarios al cierre del siglo anterior. La derrota de los movimientos revolucionarios trastocó profundamente este orden, desplazando las formas y sentidos de lo que implicó ser militante revolucionario. Las arenas del debate adquirieron otra densidad histórica, mucho más corrosiva para las corrientes revolucionarias, que ocasionó un ambiente de fragmentación política en las clases y los grupos subalternos. Las grandes utopías, masivas y radicales, eran aparentemente aplastadas de manera definitiva. Así, la práctica y el sentido de la militancia radical, entendidos como la participación y organización políticas permanentes en pro de un cambio de raíz, quedaban también en apariencia vaciados de fundamento y posibilidad. El sentido político de la palabra *militancia* y, más aún, las dinámicas militantes construidas por la izquierda radical experimentaron nuevos desplazamientos ante las protestas de las últimas décadas y en particular de los últimos años.

Las conclusiones fueron confusas, o nos habíamos atrevido

a soñar demasiado y entonces había que retroceder a luchas particulares, sectoriales, locales o bien, a pequeñas y paulatinas reformas en el sistema, o simplemente no habíamos sido del todo osados y era necesario luchar por fuera y más allá del Estado (autonomismo). Ese panorama cambió en cierta medida tras la ola de movilización popular en América Latina, iniciada a mediados de la década de 1990 y profundizada a principios de siglo. Y, de modo más reciente, tras las movilizaciones desatadas desde 2008 (15 M, Occupy Wall Street, #YoSoy132 y otras expresiones análogas). Uno de los desplazamientos más significativos en este periodo transcurrió en la dinámica sociopolítica de las militancias radicales pero también, y de forma simultánea, en el terreno del sentido. La entrada de un mood lúdico e interactivo ligado a la emergencia de las redes sociales virtuales ha generado una convulsión que en muchas ocasiones modificó de manera positiva las dinámicas pero en otras dificultó la recuperación de viejas experiencias que podrían ser vigentes.

Una serie de cuestionamientos y prácticas han profundizado cierta crítica y reacción a las militancias revolucionarias –*clásicas*– generadas durante el siglo xx y donde figura primordialmente la matriz marxista-leninista, pero también sus variantes, derivas y contrincantes en la izquierda revolucionaria.

Desde luego, un proyecto de militancia revolucionaria considerado en sus dos vertientes, como práctica política de vida y sentido para ésta, se relaciona con el tipo de cambio que pensamos impulsar. Sin embargo, no está del todo sometido y cuenta con márgenes propios. Un cambio radical no siempre aspira a una militancia intensa o radical y viceversa. Este argumento constituye un primer matiz que cuestiona las apreciaciones sobre las experiencias militantes del pasado.

En ciertas evaluaciones antimilitantes, realizadas durante las últimas décadas, suele asociarse la militancia con una suerte de martirio, como fue practicado por diversas corrientes de la izquierda radical. El fin de la lucha no era la vida comunista sino el sacrificio revolucionario por sí mismo. Como se ve, hay una inversión temible. Los militantes arriesgan la vida y sacrifican tiempo porque lo consideran *necesario*; es decir, porque no queda salida. Pero en definitiva, no lo hacen por gusto; en otras palabras, nadie que quiera vivir sacrifica su tiempo sin realizar un acto de pérdida. Eso distingue el sacrifico del martirio, como acertadamente explica Eagleton, *no quisieras, pero así es*.[2] La militancia revolucionaria, para fungir como motor o práctica de una nueva vida, puede presentarse a modo de sacrificio, pero no lo es por deber, principio o fin.

Puede recordarse la potente crítica cultural gestada durante las décadas de 1960 y 1970 en torno a las experiencias de los masivos partidos comunistas, europeos y estalinistas en su mayoría, pero en general a organizaciones donde el deber ser desbordaba la vida de los militantes, con lo cual hacía de la organización su vida y de sus días una suerte de *martirio suave*, lento y extendido; existencias donde el partido y la vida militante eran *todo*. Al menos aparentemente. Éstos son el análisis y la sensación, pero sobre todo la imagen que miles de activistas conservan de las militancias revolucionarias del siglo xx.

Esta imagen, en cierta medida reduccionista de la historia, se ha extendido de manera significativa entre las nuevas generaciones activistas a escala internacional. En el fondo, y jugando con la metáfora mencionada, sería el reclamo de Hermes a Prometeo, el reclamo de la vida al deber y finalmente su oposición fatal. Sin embargo, el enfrentamiento proviene de décadas atrás. En el congreso anarquista internacional de Carrara, realizado un mes después del mayo francés en 1968, el joven dirigente libertario Daniel Cohn-Bendit ensayaba una

frase de huella y elocuencia bastante conocida: *Ni un minuto de vida más por la revolución*.[3] La denuncia había comenzado pero, al menos en Latinoamérica, el efecto de la Revolución Cubana había alentado estelas de militancia donde la noción existencial de sacrificio era valiosa y rica.

Resulta interesante, en términos históricos y militantes, cómo esta crítica existencial en torno del sacrificio y el martirio se liga con una sobre ciertos modelos y dinámicas organizativos. El cuestionamiento del sacrificio en muchas ocasiones era –y es– de manera simultánea uno dirigido al centralismo, al verticalismo, al dogmatismo ideológico y a la visión de poder existente. En la misma época, un debate entre *Il Manifiesto* y Sartre retrata esta situación desde el campo de la organización:

> Durante los acontecimientos de mayo en Francia y, en general, durante las luchas obreras de 1968, los movimientos de base reprocharon a los partidos comunistas no solamente su degeneración burocrática o sus opciones reformistas; también criticaron la idea misma de partido,

de organización política, restructurada de la clase. Cuando el movimiento de base sufrió un reflujo, muchos grupos "izquierdistas" volvieron a poner el acento, contra el espontaneísmo, en la organización, preconizando el retorno a un leninismo puro. Creemos que ninguna de estas dos actitudes es satisfactoria.[4]

Es difícil negar que al amparo de ciertos excesos en las militancias revolucionarias del siglo pasado transcurriesen algunas tendencias de fetichización donde se confundía la vida con la militancia. Y, como suele suceder, la militancia solía convertirse –y suele convertirse– en un proceso de evasión permanente en la vida de muchos militantes. Al mismo tiempo, ha de considerarse que la mayoría de las veces la política radical se enfrentará a la frustración de no ver realizado por completo su sentido de existencia, y en algunos casos de vida. He ahí el peligro y la tensión que tendencialmente abona el camino para ciertas desfiguraciones.

En muchas ocasiones, la fetichización de la militancia concede la posibilidad de que ciertos mesianismos extremos se abran paso pues, en última instancia, los vanguardismos de ese tipo llevan al límite el sentido *mesiánico* y *redentor* de la militancia como práctica de *salvación*. Pero la *iluminación* estratégico-organizativa y su irrupción en la historia nunca son obra de una minoría. En la otra parte, ciertas visiones antivanguardistas tienden a desconocer la existencia de estas coordenadas en la política de los de abajo. Después de todo, las vanguardias orgánicas tienden a surgir por efecto de las mayorías, de la desigualdad (social, política, cultural) existente en su interior, pero también de su potencial creativo, viven *dentro* y *fuera* de éstas simultáneamente. Sin embargo, estas discusiones no pueden ser aisladas de su sentido y contexto históricos, cuya matriz se ancló a lo largo del siglo xx en las experiencias de las revoluciones rusa y cubana, y la resistencia en Vietnam, entre otras. La sensación de que una minoría bien organizada y preparada podía accionar y acelerar los ritmos de la historia contaba con un sustento empírico muy potente, pero a finales de la década de 1970 el mito prometeico parecía empezar a quebrarse. El golpe de Estado en Chile (1971) y la terrible reacción contra los procesos descolonizadores en África constituyeron anuncios de un cambio de época.

Como suele suceder con las experiencias políticas radicales de las mayorías, las interpretaciones posteriores cometieron excesos, sobre todo considerando la terrible reacción gestada hacia finales de siglo. Es cierto que pueden identificarse tendencias de deformación, pero resulta mecánico hacer pasar tanta energía social y política por un simple martirio o sacrificio, dejando de lado expresiones legítimas de militancias que lucharon por el futuro desde una potente afirmación de la vida en el presente. (Dicho sea de paso, el *presentismo* existente en las movilizaciones contemporáneas expresa no sólo una denuncia sino, también, una condición de orfandad histórica.)

Más allá de las mitologías personales generadas a su alrededor, Lenin, Luxemburgo, Néstor Makhno, Mao, el Che Guevara o Ricardo Flores Magón constituyeron horizontes de sentido para construir vida en torno a la lucha por un cambio revolucionario. Desde visiones reaccionarias, suele verse en sus figuras simples almas alienadas por el hechizo de un futuro pospuesto infinitamente: me sacrifico hoy para que las siguientes generaciones logren vivir el socialismo, sin importar los medios. En principio, quizás admitamos que se trató de un espíritu prometeico, que condujo a excesos no calculados y en muchas ocasiones fuera del control de sus protagonistas. Pero en definitiva no es posible reducir la historia a un esquema: *quisiéramos quemar los libros aspirando a quemar la historia*, pero no podemos, pues la historia se empieza por el medio (Deleuze).

La política anticapitalista y radical de las mayorías se ha relacionado con la consolidación de ciertas prácticas prefigurativas durante los últimos dos siglos. El partido anticapitalista, el sindicato revolucionario o la cooperativa autónoma fueron órganos que trasladaban y producían en sus entrañas un mundo nuevo, eran semillas, que no sociedades alternas. Desde luego, supusieron experiencias atravesadas por tensiones y contradicciones, como muestra el desarrollo del feminismo ligado al movimiento obrero de carácter anarquista o marxista. La emergencia de Mujeres Libres en la Confederación Nacional del Trabajo durante la Guerra Civil en el Estado español da cuenta de ello. La Confederación Nacional del Trabajo (CNT) y la Federación Anarquista Ibérica (FAI) fueron organizaciones revolucionarias donde las formas machistas y patriarcales de hacer política se friccionaron por la organización autónoma de las mujeres anarquistas. Pero, al mismo tiempo, ambas constituyeron el fermento que permitió construir una de las agrupaciones feministas más importantes y masivas en la historia.

En respuestas mucho más extremas desde la izquierda durante las últimas décadas se asume que el poder se encuentra en todos lados, sin considerar espacios de condensación o jerarquizaciones, y principalmente en la vida cotidiana, por lo cual el nodo principal de lucha se traslada a la vida cotidiana y a los ámbitos de la reproducción social, terrenos fundamentales para la lucha, pero insuficientes. La consigna *lo personal es político* es llevada hasta sus últimas consecuencias. La mezcla entre un escenario de derrota histórica para las clases subalternas al finalizar el siglo xx y las interpretaciones foucaultianas resultó una prensa muy poderosa y seductiva que alcanza nuestros días.

Por supuesto, era necesario dejar de pensar en el poder como una cosa (Estado) para develarlo como relación donde una de las dimensiones centrales se halla en la vida cotidiana, pero de eso no deriva de modo natural el abandono de la militancia propiamente política, la cual tampoco anula la necesidad de la lucha cotidiana, mas la complementa y lleva a otro nivel, a la dimensión política, distinta del marco cotidiano. El nexo entre estas dimensiones de lo social puede generarse de diversa manera. La política de los de abajo aspira a quebrar la

escisión entre poder, política y comunidad, acercándolo a formas directas, asequibles y cotidianas. Disolver por completo la política en la cotidianidad corre un riesgo al dejar vacío el lugar de aquellas especificidades (no de la condición política de las sociedades humanas) de la política como dimensión, proceso y momento de encuentro con los otros, como momento de pugna abierta que lleva el enfrentamiento cotidiano a una dimensión más amplia y generalizada. El refuerzo de visiones individualistas y antipolíticas proliferó y perdura. *La impotencia tiende a convertirse en una virtud*, como señaló Daniel Bensaïd.

Más allá de la discusión filosófica sobre nuestra condición política y el ejercicio de ésta como práctica y relación de poder, que no siempre de mando, es necesario reconocer la condición y disposición de los explotados y oprimidos en las sociedades capitalistas, lo cual nos orilla a pensar que la emancipación podría plantearse sólo a nivel de la acción común, de la organización y de la construcción de un contrapoder capaz de disputar el orden estructural y el sentido de las sociedades actuales; de ahí la importancia de la política, la militancia y la estrategia. En última instancia, los desposeídos tienen sus cuerpos, su historia colectiva y su organización, elementos que se condensan para brindar forma a los momentos culminantes de lucha de clases, los forjados en tensión abierta con la lógica dominante. (Mitológicamente se tiende a creer que la Revolución Rusa fue el día de la toma del Palacio de Invierno –momento político y simbólico–, sin considerar que aquélla se había hecho ya desde el momento en que los de abajo generaron un poder político autónomo con capacidad hegemónica.)

Quizás el periodo actual nos recuerda que, junto a los movimientos, son necesarios instrumentos de participación política transversal y permanente que ayuden a colocar a los subalternos de cara a la disputa por la conducción de la sociedad. Ese instrumento no necesariamente debe cobrar la forma de un partido en el sentido leninista, mucho menos electoralista. Ello implica participación permanente y centralizada de manera democrática. Sin duda, la experiencia de burocratización de la Unión Soviética y otros ejemplos revolucionarios colocan un foco de atención, de alerta sobre la fetichización de la organización, de donde emanan formas alienadas, burocráticas y autoritarias de militancia, pero no eluden la pertinencia de pensar en cómo construir organizaciones políticas permanentes que articulen la acción de los revolucionarios en diversas regiones, sectores y momentos políticos e históricos encargándose de ligarla a las necesidades cotidianas y al nivel de conciencia existente, sin someterlo a éstas y viceversa.

La cuestión de la militancia revolucionaria en las corrientes radicales durante los últimos siglos ha estado ligada a la organizativa. No sólo el marxismo revolucionario operó respecto a este debate: también el anarquismo revolucionario incursionó sobre fuertes tensiones teóricas y prácticas en este terreno. Recuérdese la actitud de Bakunin al fundar la Alianza Internacional de la Democracia Socialista, de los anarquistas al establecer la Federación Anarquista Ibérica en la CNT o las

ideas formuladas en el Manifiesto Comunista Libertario de George Fontenis.

Aunque las coordenadas históricas cambiaron, transformándose con ellas sustancias y formas para proyectar el debate, el asunto sigue siendo que, para las clases y los grupos subalternos de la sociedad, resulta apremiante el tipo de prácticas y los sentidos que construye para derrumbar al sistema; es decir, el tipo de militancias necesarias para luchar contra el capitalismo, el patriarcado, diversas opresiones nacionales y raciales, y la devastación ecológica. Tales frentes y dimensiones de lucha constituyen el núcleo duro de una política revolucionaria para este siglo. A contrapelo de nuestra época, el reto de una política revolucionaria es encontrar potencialidad en la diversidad y diálogo de estos frentes de lucha, admitir la diversificación de sujetos no equivale a cancelar una idea unitaria,

que no homogénea o jerárquica, de revolución social.

Es imposible dejar de reconocer las potentes lecciones comunicacionales que brindaron las experiencias de las últimas décadas, pero en muchos casos sus saldos organizativos resultan, por lo menos, cuestionables. Uno de los grandes planteamientos puestos sobre la mesa gira en torno a la necesidad de la participación permanente frente al flujo y reflujo de los movimientos, un dilema que encara una ola de movilizaciones y una nueva generación política a escala internacional. En el mediano plazo, es necesario contrastar las experiencias militantes de la década de 1990 (Refundación Comunista en Italia, Izquierda Unida en el Estado español, Partido de los Trabajadores y Movimiento de los Sin Tierra en Brasil y Partido de la Revolución Democrática en México, entre otras) con las actuales (Syriza, Podemos).

Cambiar el mundo de raíz implica articular una crítica radical de la sociedad con una práctica cotidiana y comprometida, donde la experiencia del trabajo colectivo aparece como un elemento sustancial que muestra el sentido del trabajo no pagado y al margen de las empresas y los Estados capitalistas; es la potencia de la acción colectiva revolucionaria, una dinámica militante que va más allá de la política y genera un viraje en el sentido de vida para sus protagonistas. Algo del mundo cambia cuando actuamos de modo diferente; mas ello no basta. Por eso resulta imprescindible la política como encarnación de lo que no es *pero puede* ser desde las entrañas mismas de la sociedad: la acción política que coloca a los de abajo como sujetos y potencia sus aspiraciones. Después de todo, éste sería el núcleo de la militancia radical. Sin embargo, el mismo hecho dota de seriedad ineludible a las dinámicas de participación política pues, sin estructura, rigor, orden, constancia y compromiso, los esfuerzos organizativos pueden deshacerse con facilidad o caer en un *retardo infinito*: una organización antisistémica opera sobre la delgada línea que lo separa y lo une a las mayorías, al plantearse como un referente político para su militancia, y al proyectar su articulación a las dinámicas sociales y políticas de las mayorías. En el terreno del sentido y también de la práctica, ello implica que Prometeo no desaparece…

Una organización radical intenta separarse de las dinámicas dominantes en el terreno de la política (el Estado y la burguesía) impulsando una dinámica autogestiva en términos de elaboración estratégica, pero ese intento por consolidar un resguardo implica una separación que quizá sólo se salde ofreciendo a estas organizaciones como un escalón para formar nuevos militantes y autoorganización en el campo popular; es decir, más allá de la organización misma. En última instancia, la organización y la política no son un fin en sí mismo sino un medio en una ecuación mucho más compleja. Esta dinámica tiene por supuesto implicaciones subjetivas y personales a nivel del sentido que los militantes construyen para sus vidas y en la existencia común que despliegan con otros militantes.

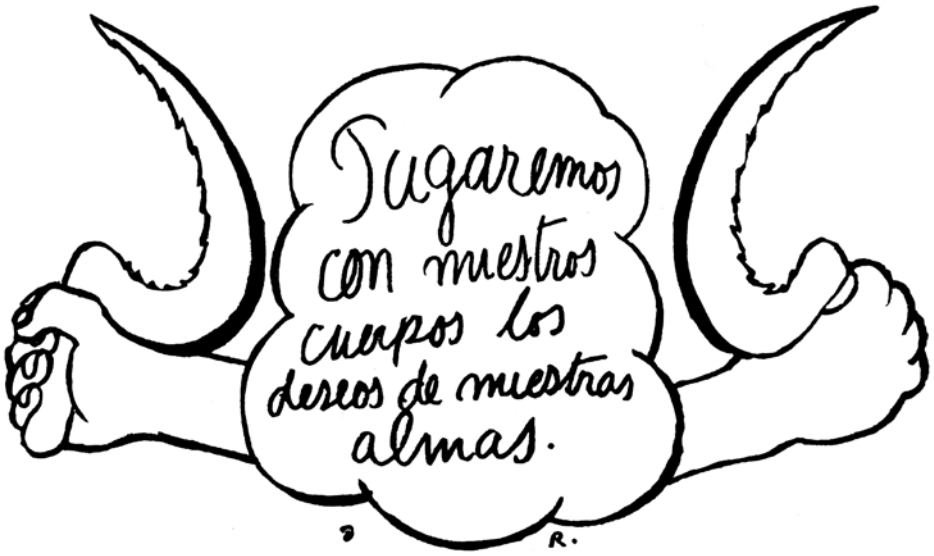
Las militancias radicales construyen nuevos sentidos para la vida al desplegar prácticas alternas, pero mientras las proyecciones o prefiguraciones autónomas establecidas por las dinámicas revolucionarias no son hegemónicas sufren de la fricción de las dinámicas dominantes, y en el fondo la hegemonía de las prácticas y los sentidos de las clases dominantes (Gramsci). Esto depende también del tipo de experiencia de que hablemos, pues no es lo mismo un partido, un sindicato independiente que un territorio autónomo; y a ello debemos agregar las múltiples escalas existentes para los ejemplos mencionados.

El mundo no cambiará en meses de lucha, incluso años o décadas; ello requiere reflexiones profundas sobre viejas experiencias a la luz de nuevos episodios. La posibilidad se juega en un periodo histórico que va más allá de la vida de una generación. Pero la militancia no deja de ser un debate vital y vigente para las mayorías, con diversos niveles y sentidos de discusión incapaz de reducirse a una fórmula o receta, un error frecuente de las izquierdas revolucionarias del siglo anterior.

Esta postura no implica caer en un pensamiento dictatorial incapaz de reconocer otras formas de lucha, pero resalta la especificidad e importancia de la organización y de la acción política permanente como ruta de emancipación posible para las mayorías en este sistema. Ello también implica una forma de brindar y construir sentido a la vida desde la solidaridad, la acción común, la creatividad y la autogestión. En conclusión, y en términos existenciales y genéricos, implica cobrar conciencia sobre la necesidad de tomar en nuestras manos el rumbo de las sociedades y el sentido de nuestras vidas. Y para ello, Hermes y Prometeo representan polos o cualidades vigentes para poner en pie dinámicas y sentidos de militancia en términos revolucionarios.

A partir de esta situación, y evaluando las condiciones actuales de las militancias radicales, resulta imposible e indeseable hacer tabla rasa de la historia, inventando un nuevo comienzo. Incluso en las rupturas políticas, las militancias radicales guardan un lazo con el pasado, así sea para negarlo. Las nuevas posibilidades militantes y revolucionarias también aguardan en nuevos debates y análisis que complejicen el siglo xx y extraigan elementos y lecciones que potencien la energía existente.

Nuestra época se debe a sí misma el rompimiento con las tres grandes tendencias de interpretación que ofreció la izquierda al final el siglo anterior e inicios de éste. La tensión entre reforma, quienes abandonaron la propuesta de la revolución como ruptura y se deslizaron a posiciones que fomentaron cierto gradualismo electoralista, y autonomía, un campo donde se fortalecieron una visión enfáticamente antiestatales e incluso antipoder en sus expresiones más extremas no es casualidad, contribuyó a generar desconcierto y contraposición entre la construcción de poder autónomo desde abajo y la lucha por una nueva hegemonía desde el campo popular. La tercera vía de interpretación, por demás minoritaria, es la ortodoxa, que pretende realizar (*resucitar*) una traslación directa



del proyecto y del modelo organizativo de matriz leninista.

Pero lo cierto es que las nuevas manifestaciones tienden a mostrar rupturas con este esquema general, colocando otros debates y generando nuevos puntos de arranque para las militancias de nuestros tiempos. Un ejemplo muy sugerente puede encontrarse en el comunismo libertario y federativo kurdo, que engarza el marxismo y el anarquismo mediante dinámicas antiestatales, que no renuncian a la construcción de poder popular autónomo, mas tampoco destituyen el horizonte de consolidar una nueva hegemonía en clave democrática y plural.

Frente a este panorama epocal, requerimos inventar prácticas y sentidos de militancia que nos involucren en nuevas síntesis del pasado, del legado de otras generaciones, con las necesidades y aperturas del presente. Poner en pie otro horizonte de futuro precisa con urgencia de dichas labores. Sería inútil resucitar a Lenin o Zapata, pero su espíritu y ejemplo son fuentes de inspiración y convicción para las luchas del presente. Habría que partir de otras coordenadas sin oponer fatalmente el sacrificio a la creatividad o la autodisciplina colectiva al placer y el juego.

Las organizaciones revolucionarias de nuestro siglo exigen un doble giro libertario y creativo capaz de sostener organizaciones políticas revolucionarias permanentes que condensen y potencien los ciclos de movilización social y, al mismo tiempo, sirvan de retaguardia en momentos defensivos. Quizás el campo de la lucha popular no ha logrado brindar respuestas nítidas que permitan alejarnos de la orfandad estratégica y organizativa de nuestra época. Sin embargo, algunas cuestiones han asomado la cabeza.

Una aproximación más seria y cautelosa al legado militante y revolucionario del siglo xx nos permitiría reconocer –y reactivar si es posible– las herencias de Rosa Luxemburgo, Emma Goldmann y André Bretón, portadores y promotores de una sensibilidad radical y creativa, pues mezclaron una militancia intensa con un poderoso sentido de vida que implicaba la lucha pero iba mucho más lejos en tanto sentido de vida. Es conocida la consigna de Goldmann: *Si no puedo bailar tu revolución, no me interesa*. Desde una perspectiva vitalista y revolucionaria, la lucha, la solidaridad y la creatividad serían cualidades fundamentales e inherentes para impulsar una vida digna que estimule la emancipación social y, al mismo tiempo, nos permitan la autorrealización personal.[5]

Es posible que entre ese mañana pospuesto infinitamente y un imperio inmediato y fugaz, algo escape a las propias necesidades no de una revolución social, aunque constituya su fin y fundamento, sino del devenir revolucionario –como sugería Deleuze– que aspiramos a alcanzar para *transformar la vida y cambiar el mundo* desde la raíz; es decir, a la consolidación de una participación política permanente que logre ser coherente en el plano de la vida cotidiana, se anticipe a generar prácticas sociales que friccionen el orden dominante y procure formas políticas antisistémicas.M

---

* Agradezco los comentarios y las sugerencias realizados acerca del texto por Michael Löwy, Guillermo Almeyra, Elvira Concheiro, Massimo Modonesi y Joel Ortega.

[1] Bensaïd, Daniel (2006). *El retorno de la cuestión político-estratégica*. Consultado en internet: http://danielbensaid.org/El-retorno-de-la-cuestion-politico?lang=fr

[2] Eagleton, Terry (2011). *Dulce violencia. La idea de lo trágico*, Trotta.

[3] Consultado en internet: https://archive.org/stream/CongresoAnarquistaInternacionalDeCarraraTexto/CongresoAnarquistaInternacionalDeCarraraDe1968_djvu.txt

[4] Dirección de *Il Manifesto*, conversación entre *Il Manifesto* y Jean Paul Sartre el 27 de agosto de 1969 en Roma. En *masas, espontaneidad, partido*. Publicado como parte del libro *Teoría marxista del partido político*, volumen 3, página 15. Cuadernos de Pasado y Presente, cuarta edición, 1981, Siglo xxi Editores.

[5] En este pasaje agradezco de manera especial los comentarios de Michael Löwy.

EL MOVIMIENTO SOCIAL COMO DESAFÍO AL ESTATISMO AUTORITARIO EN FRANCIA

BENJAMIN BIRNBAUM*

La actual crisis política del gobierno francés resulta del radical giro provocado en mayo por el movimiento contra la ley del trabajo, pese al creciente autoritarismo gubernamental. Sustentado en las fructíferas alianzas entre el tradicional movimiento obrero y los desempleados y precarizados, generalmente desprovistos de una forma de representación, un nuevo espíritu colectivo de participación se ha desarrollado más allá de la protesta contra un proyecto de ley antisocial.

Desde el marco teórico del "estatismo autoritario" de Nicos Poulantzas, en este documento se analiza el contexto político de Francia. Así, se destacan los elementos que han favorecido la radicalización del movimiento y desencadenado así una crisis gubernamental.

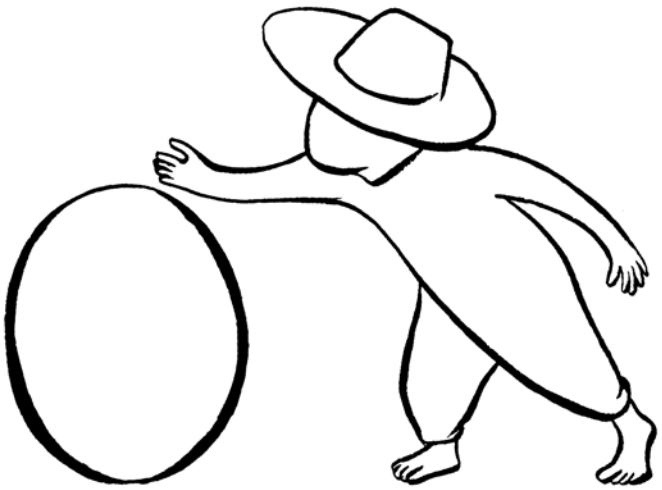
ESTATISMO AUTORITARIO EN FRANCIA

En la década de 1970, Poulantzas desarrolló el término *estatismo autoritario* para dar cuenta de las respuestas del Estado de bienestar frente a su crisis. La tendencia general de esta transformación yace en un "intensificado control estatal de cada esfera de la vida socioeconómica, combinado con el agudo declive de las instituciones políticas democráticas y una restricción multiforme de las llamadas *libertades formales*".[1] El estatismo autoritario se caracteriza por la ruptura del equilibrio de la separación de poderes propia de la democracia burguesa. Concretamente, el Poder Ejecutivo se refuerza en detrimento del Legislativo. Tal transformación va acompañada del desplazamiento de las esferas de decisión política. Así, se instaura una red de poder paralelo que no pasa por los vectores formales de representación en el Estado. Las herramientas de configuración de la política, como el parlamento y los partidos, pierden influencia, mientras que la administración se impone como el centro de las decisiones políticas que rigen el antagonismo social. Esta burocratización de la política implica también el endurecimiento de la línea represiva.

De acuerdo con Christos Boukalas, el periodo de las décadas 1980-1990 –marcado por la ofensiva capitalista bajo la tutela de las finanzas– corresponde al desarrollo de una segunda fase de estatismo autoritario. Ahora bien, la estrategia estatista se desarrolla en torno a la idea del *workfare*. "Con base en una concepción del trabajador como costo de producción, se efectúa una concentración drástica de la riqueza social a través

del estancamiento de los salarios y las pensiones, el despojo de la protección legal de los empleados, la flexibilización de los trabajos temporales y de tiempos parciales, impuestos regresivos y restricción de la protección social. Los sindicatos son excluidos de los espacios de decisión política, y se deja al capital como único interlocutor del Estado. En este contexto… el Estado se transforma en coordinador de una economía privatizada y ejecutor de la desregulación".[2] Simultáneamente, la escala nacional deja de ser el marco de la estrategia política y, como veremos, en el contexto de la elaboración de la ley del trabajo la Unión Europea ha desempeñado un papel importante.

De cara al desarrollo de la acumulación fundada en la estanflación hacia finales de la década de 1990 y al inherente riesgo de protesta social, el estatismo autoritario intensificó de una parte la exclusión política de la población y, por otra, expandió drásticamente el control coercitivo de la población. "El ritmo deliberativo y la lógica del Poder Legislativo fueron severamente interrumpidos", lo cual condujo a "leyes vagas, flexibles y mal definidas", en beneficio del Ejecutivo. Así, el Judicial perdió parte de su control sobre la policía.[3] Con el pretexto de la "lucha antiterrorista", el dispositivo de seguridad interior corresponde a "una reconfiguración de la forma Estado que autoriza una acción del Ejecutivo ultrarrápida y arbitraria tanto en materia económica como en seguridad, que produce una megamáquina para prevenir, reprimir y abatir el antagonismo social".[4]



LAS RECOMENDACIONES DEL CAPITAL EN FRANCIA Y LA UNIÓN EUROPEA

Estas reflexiones teóricas llevan directamente al contexto en que la lucha contra la ley del trabajo emergió. El proyecto de normativa laboral cuestiona la idea básica del derecho laboral de que en el modo de producción capitalista, los trabajadores requieren protección por la desigualdad estructural entre capital y trabajo. Ahora bien, este amparo implica automáticamente una limitación del poder de los patrones.

El factor principal del proyecto de reforma, que convoca a la transformación de las leyes, está en la eliminación de esta barrera. Hasta ahora, los acuerdos negociados entre la empresa o la industria no podían ser más favorables para los trabajadores que las normas de jerarquía superior de la pirámide de los ordenamientos.

El proyecto de ley del trabajo propone acabar con ese "principio a favor", evitar los sindicatos por medio de un referéndum empresarial y debilitar la protección de los trabajadores frente a los despidos. En caso de un despido abusivo, el proyecto prevé disminuir el monto máximo de las compensaciones del asalariado; y la jornada de trabajo, actualmente de 7 horas, podría ser extendida a 12 horas y, en paralelo, el pago de tiempo extra se rebajaría de 25 a 10 por ciento.

El presidente François Hollande y su primer ministro, Manuel Valls, han conseguido invertir el eslogan poco popular "trabajar más para ganar más" del anterior mandatario, de derecha, Nicolas Sarkozy; sin vergüenza, se propone a la gente "trabajar más para ganar menos". Ahora bien, incluso si el Movimiento de Empresas de Francia (el *lobby* nacional de los industriales) apoya con firmeza el proyecto de ley, éste no es avalado sólo por la burguesía gala.

En el contexto de la estrategia europea 2020 para un "crecimiento inteligente, sostenible e incluyente", cada año la Unión Europea (UE), y con más precisión la Comisión Europea, fija las directrices para las políticas económicas de los Estados miembros. Las recomendaciones de 2015 para Francia incluyen "facilitar a nivel de empresa las derogaciones de las disposiciones jurídicas generales, en especial las relacionadas con la organización de los tiempos de trabajo".[5]

Dicho documento señala que las "rigideces" (como la protección contra los despidos) limitan el crecimiento y destaca positivamente las reducciones de las cotizaciones sociales patronales de 2015, como se verá. Puede sospecharse entonces que estas recomendaciones concretas han inspirado de modo directo el proyecto de ley del trabajo.

Tal orientación política de la UE no es sorpresa: ya en 2012, su reporte *Labour market developments in Europe* de la Comisión Europea había predijo que se iban a facilitar los despidos, aumentar las jornadas de trabajo y disminuir el pago de horas extra.[6] Si los tratados de la UE imponen esas medidas económicas a los Estados, de todos modos resultaría simplista atribuir la responsabilidad del proyecto de ley del trabajo a la Unión.

En todo caso, enfrentamos la correlación de intereses entre la UE y el gobierno francés. Y contra éste último se ha dirigido la cólera popular pues, a diferencia de la UE –cuyas competencias exclusivas establecidas en los tratados protegen únicamente los intereses del capital–, el movimiento social impuso una agenda nacional a su gobierno.

FRANÇOIS HOLLANDE, LA DECEPCIÓN

El movimiento contra la ley del trabajo se nutre del contexto inmediato de rechazo a un proyecto de ley antisocial y, además, responde a circunstancias de mediano plazo. La política liberal-autoritaria del presidente Hollande se aceleró con la nominación de Manuel Valls como primer ministro en 2014.

Por lo que concierne a la política económica del gobierno, deben indicarse las normativas de 2013 y 2014 que disminuyeron las cotizaciones sociales de las empresas a 65 millones de euros.[7] En el verano de 2015 –en el periodo de vacaciones, con bajo riesgo de huelgas– fueron adoptadas las leyes Macrons y Rebsamen, que retrospectivamente pueden considerarse predecesoras del actual proyecto de ley. El economista Michel Husson las resume en dos aspectos: la protección del empleo simplificado y la extensión de prácticas derogatorias.[8]

Cuando Hollande nombró a Valls primer ministro, los verdes (centrados en las leyes de liberalización) dejaron el gobierno y su jefe, Cécile Duflot, declaró que aquél "propone una síntesis liberal autoritaria".[9] De hecho, antes Valls era ministro del Interior y se hizo notar porque señaló que los Roms (romaníes) no tenían vocación para integrarse en la sociedad francesa. De esa forma ha justificado su brutal política de destrucción de los Roms. Ha optado así por la indiferencia como cuando, en octubre de 2014, el militante Rémi Fraisse fue asesinado por un policía.

En esa lógica autoritaria, el gobierno ha aprovechado los atentados de octubre de 2015 en París y Saint-Denis para proclamar el estado de emergencia. Los derechos fundamentales han sido limitados o suspendidos; y la separación de poderes, mermada en beneficio del Ejecutivo. Las manifestaciones –en especial ecologistas y feministas–; se han prohibido las pesquisas, hecho sin orden judicial; y los ciudadanos, arrestado sin sentencia. Amnistía Internacional señala que el estado de emergencia no se relaciona con la "lucha antiterrorista", pues sus víctimas son militantes políticos y, sobre todo, musulmanes, lo cual dice mucho del clima islamófobo en Francia.[10]

Se hallan por tanto las características del estatismo autoritario, y es evidente que todo esto cambia las posibilidades de acción del movimiento social. En 2012, el entonces candidato presidencial François Hollande prometió un cambio, pero después no hizo más que decepcionar al electorado. Así se explica la fuerza de la respuesta desencadenada por el proyecto de ley de trabajo. Para finalizar el contexto, debe destacarse un elemento que manifiesta la profundización del descontento contra el gobierno: nunca antes uno formalmente de izquierda había tenido que enfrentar una protesta masiva en Francia.

HACIA LA PROTESTA RADICAL

A fin de comprender el giro radical de la lucha contra la ley del trabajo en Francia, resulta indispensable conocer las circunstancias de su surgimiento. La lucha estalló gracias a los jóvenes, pues tras el anuncio del gobierno sobre la nueva reforma de liberalización de la economía (luego de las leyes Macron y Rebsamen), el movimiento sindical parecía desorientado.

A finales de febrero de 2016, jóvenes bloggers y youtubers tomaron la iniciativa de publicar el video *On vaut mieux que ça* (Valemos más que eso). Además de dicha producción, vista por varias centenas de miles en algunos días, cierta solicitud en línea que demandaba el retiro de "la ley del trabajo" fue firmada por 1 millón en una semana. En este contexto, las organizaciones de jóvenes de izquierda comenzaron a preparar la protesta en los liceos (preparatorias) y las universidades. Particularmente, las movilizaciones de los preparatorianos posibilitaron un movimiento autónomo, compuesto en esencia por jóvenes, de suyo estructurado y dibujado por nuevas personas fascinadas por una actitud determinada a manifestarse incluso si la prefectura policiaca lo prohibía, así como a atacar los símbolos del capitalismo (como los bancos y las agencias de trabajo temporal) y del Estado (la policía).

Los orígenes del movimiento en marzo, por tanto, fueron estructurados por las manifestaciones dirigidas por los jóvenes, pues los sindicatos se distinguieron por una postura vacilante. Entre los universitarios, los estudiantes hicieron asambleas generales y organizaron a escala nacional la coordinación de las luchas universitarias contra la ley del trabajo a través de la Coordinación Nacional Estudiantil (CNE); esto, sin pasar por el mayor sindicato de estudiantes del país, conocido por su cercanía con el Partido Socialista, ahora en el gobierno. Los estudiantes se dotaron de una estructura democrática y radical que organizó las protestas universitarias. Así comenzó la lucha, pero el gran potencial de movilización de los trabajadores (más de 70 por ciento de la población ya se oponía a la ley) aún no estallaba.

Los sindicatos convocaron a una primera gran jornada de huelgas el 31 de marzo, un mes después del anuncio del proyecto gubernamental. Ahora bien, a fin de profundizar el efecto de esta jornada de huelgas, se llamó a ocupar la Plaza de la República, en París. La acción tendría consecuencias considerables para la lucha contra la ley, como en las diversas revueltas y las recientes revoluciones –Tahrir, Syntagma o Maidan–, caracterizadas por el papel estratégico de la ocupación de plazas. Pese a la lluvia batiente, la huelga del 31 de marzo fue un verdadero éxito, con más de 1.2 millones de manifestantes en toda Francia, de las que un número importante se reunió en la Plaza de la República para crear la Nuit Debout (La noche de pie).

De ese modo, dicha plaza se transformó en el punto neurálgico de una dinámica difusa del descontento general y del desarrollo más o menos simultáneo de luchas que buscan una forma de expresión adecuada: las acciones como ocupar la calle de la casa del primer ministro, erigir barricadas en el aburguesado barrio 7 para demandar la liberación inmediata de los militantes detenidos por el comisariado, bloquear los accesos a los centros comerciales, todo organizado por quienes organizaron los debates sobre el vegetarianismo, la huelga general, la

islamofobia y otros crímenes policiacos. Fuera de los caminos tradicionales del movimiento obrero nació el segundo pilar de la lucha que ha permitido a miles articular la lucha contra una reforma antisocial en el contexto de crítica del orden existente.

De cualquier modo, Nuit Debout no se opuso a los sindicatos sino que los complementó: "Nuit Debout depende del movimiento de lucha contra la ley del trabajo, y éste depende de la manifestación de la revuelta global que cristaliza en Nuit Debout".[11]

LA HUELGA SE GENERALIZA

Durante las primeras semanas, Nuit Debout era susceptible de encarnar una dirección alternativa a los sindicatos que parecían evitar una confrontación directa y a gran escala con el gobierno. Mientras que Nuit Debout animaba la protesta de forma continua, los sindicatos vacilaban en acelerar el ritmo de las huelgas y las manifestaciones. No obstante, a inicios de mayo, en un clima de tensión fuerte por la crisis política, la fecha de la votación de la ley del trabajo en la Asamblea Nacional se aproximaba, el gobierno observó que un número considerable de diputados del Partido Socialista rehusaron votar la ley.

En esas circunstancias, el primer ministro Valls decidió utilizar el artículo 49-3 de la Constitución, el cual permite evitar el voto de un proyecto de ley si cuestiona la confianza en el parlamento. La apuesta de Valls rindió frutos, pues consideraba que de todas formas si ciertos diputados socialistas se oponían a la ley del trabajo no querrían, sin embargo, que el gobierno cayera.

Por ello, pese a la ocupación de la plaza frente a la Asamblea Nacional por Nuit Debout, el 10 de mayo la mayoría de los diputados expresó su confianza en el gobierno, y la ley fue aprobada en la primera lectura. Sin embargo, ello no significa que la ley haya sido adoptada definitivamente, pues el proceso legislativo francés prevé una segunda lectura, por el Senado (la cámara alta del parlamento); y, finalmente, una tercera, de la Asamblea Nacional, lo cual dejó tiempo para la continuación e intensificación de la lucha.

El recurso al 49-3 fue recibido como una declaración de guerra por los sindicatos vinculados a la lucha contra la ley. A los pocos días se produjeron los avisos de la huelga restringida, y en algunos casos ilimitada, en numerosos sectores clave: el ferroviario, el transporte por carretera y el aéreo, la industria química, los estibadores y muchos otros sectores; y una fuerte ola de paros comenzó el 19 de mayo. En la semana del 23 de mayo se extendió de modo progresivo a las ocho refinerías del país y, al mismo tiempo, los sindicalistas y otros sectores militantes bloquearon los depósitos de combustible y de carreteras estratégicas a fin de acelerar el bloqueo de la economía francesa.

Paralelamente, los trabajadores de la terminal petrolera de Le Havre, por donde transita 40 por ciento de las importaciones de hidrocarburo del país, decidieron unirse a la huelga. En el contexto del paro de los trabajadores de la electricidad se disminuyó la alimentación para la gran industria, con lo cual se golpeó el corazón del Movimiento de Empresas de Francia local y estatal, al tiempo que se redujeron las facturas de electricidad de más de 1 millón de personas en la región parisina.

La semana del 30 de mayo, la huelga se amplió a sectores como el de los transportes aéreos, y amenazaba la Eurocopa, prevista para el 10 de junio en Francia. La expansión del paro cambió la composición de las manifestaciones del 19 y 26 de mayo, que reunieron a más de 300 mil personas cada una. Pese a la fuerte presencia de la CNE y de militantes autónomos, la mayoría de los manifestantes eran trabajadores en huelga gracias a sus sindicatos. De tal modo, para ese momento los sindicatos (CGT, FO, Solidaires y CNT) estaban oponiéndose plenamente a la ley del trabajo.

CRÍTICA Y REAPROPIACIÓN DE LA VIOLENCIA

El estatismo autoritario se desarrolla cuando, en el contexto de la forma liberal-parlamentaria del Estado capitalista, la intensidad de los conflictos sociales desborda los canales institucionales de negociación. En esta perspectiva, ante el elevado número de manifestantes resulta cada vez más relevante desde el punto de vista político que el gobierno use una multitud de herramientas represivas reforzadas para disuadir a los manifestantes de protestar. En noviembre de 2015, el gobierno utilizó los atentados de París y Saint-Denis para instaurar el estado de emergencia.

Ello se tradujo, concretamente, en una lógica doble que, de un lado, permite que el Estado transforme las cuestiones políticas en asuntos de seguridad y, del otro, estimula a que la policía utilice la violencia física, pues la extensión del Poder del Ejecutivo sintoniza con la creciente impunidad policial.

Al inicio de la lucha, las provocaciones policiales estaban dirigidas contra los jóvenes, en un intento de ahogar el todavía

frágil motor de la protesta. La estrategia policial consistía en provocar incidentes en los bloqueos de los liceos y en las manifestaciones de los chicos para intervenir de forma violenta.[12] Además de la orden de desacreditar la participación política de los jóvenes,[13] muchos uniformados aprovecharon el clima de impunidad para golpear a los manifestantes.

Ahora bien, a diferencia de los grandes movimientos sociales del pasado, ahora todo mundo estaba equipado con un *smartphone*, fotos y videos que documentaban la violencia policial y proliferaron por ello en internet. Este proceso de violencia coincide con la determinación de una parte de los manifestantes de atacar ciertos símbolos del capitalismo. Así, el asunto de la violencia política nos hace pensar en dos niveles complementarios lo dicho por Walter Benjamin: de un lado, la aceptación de la violencia de abajo, que crea un nuevo derecho; y, del otro, el rechazo a la violencia de arriba, que protege el orden establecido.

El gobierno y buena parte de los medios de comunicación han intentado despolitizar la violencia policial y establecer una separación entre los manifestantes respetables y los "destructores" irresponsables. De ese modo se tiende una trampa: en tanto que es imposible separar a los manifestantes dispuestos a utilizar la fuerza del resto del mitin, una separación de los sindicatos de otra parte del movimiento debilita toda la corriente social.

Conscientes de esa trampa, los sindicatos han rehusado denunciar a una parte de los manifestantes, y en la toma de la palabra de la CNE se indicó que el movimiento es diverso en cuanto al uso de las herramientas de lucha, pero que está unido en torno al rechazo de la ley del trabajo. Durante todo un sábado, Nuit Debout organizó los debates sobre la violencia policial y después tomó la misma posición de la CNE.[14]

Los dominados se apropian así de la violencia como herramienta potencial de lucha y, al mismo tiempo, desafían el uso legítimo de la violencia de Estado. Vale recordar lo que dijera Herbert Marcuse en su ensayo de 1965 sobre la violencia represiva: cuando los oprimidos "usan la violencia, no comienzan una nueva cadena de actos violentos sino que rompen la cadena establecida".

No obstante, estos debates han colocado a una parte del movimiento autónomo en condiciones de desencadenar una dinámica susceptible de poner en peligro el movimiento. De la crítica a las fuerzas del orden expresadas en Nuit Debout y en las manifestaciones deducen amplia oposición de los manifestantes no sólo a la policía sino también a los delegados sindicales. Además, a mediados de mayo, la prefectura de París publicó un comunicado: se hacía creer en él que los delegados colaboraban con la policía para entregarle a algunos manifestantes. Desafortunadamente, los sindicatos (salvo Solidaires) no han denunciado esa tentativa de manipulación.

La combinación de los elementos referidos termina por provocar enfrentamientos en el seno de la manifestación; y ello pone al movimiento autónomo en una situación insostenible, pues las tensiones de ambos frentes (la policía y los sindicatos) se cristalizan. La "dialéctica entre unidad de acción y desbordamiento" fue quebrada por los autónomos que parecían abandonar "los batallones organizados de la clase obrera y piensan recomponer un movimiento obrero nuevo para una práctica exclusiva del desbordamiento".[15]

No obstante, dos elementos paralelos han propiciado una nueva confianza relativa. Primero, muchos prefectos han prohibido a una veintena de militantes y periodistas participar en las protestas y el gobierno no dudará en utilizar los dispositivos de la "lucha antiterrorista" contra los manifestantes. Sin importar que en la mayoría de los tribunales administrativos se hayan levantado las prohibiciones de manifestación, que de suyo constituyen una violación de las libertades formales, ciertos prefectos han sido encarnizados con los militantes. El caso emblemático es el de un militante de Ensemble, en Rennes, quien recibió cuatro "restricciones de viaje" sucesivas antes de haber participado en una marcha a finales de julio.

Por razones del todo prácticas, los tribunales pueden destruir esas decisiones administrativas tras las manifestaciones, y el gobierno ha logrado impedir la participación de militantes particularmente activos. Dicho acoso administrativo se inscribe en un contexto donde la violencia policial se duplica por una justicia en extremo severa: los militantes que organizaron una acción de "metro gratis" en Rennes fueron acusados de constituir una "asociación ilícita", motivo que viene de manera directa de la "lucha antiterrorista". En segundo lugar, como se ha mencionado, los sindicatos comenzaron una gran ola de huelgas que los militantes autónomos apoyan.

Pese a las consecuencias de las huelgas, como la escasez de

gasolina, en la vida cotidiana francesa alrededor de tres de cada cuatro personas apoyan la huelga y se oponen a la legislación laboral. Mientras que el primer ministro sigue diciendo que no va a dar marcha atrás en esta ley, el jefe del grupo parlamentario socialista anunció que el gobierno debe "retirar la ley".[16] La participación en las manifestaciones es alta, y el presidente Hollande parece indeciso.

Todas las contradicciones expuestas no pueden más que alentar el movimiento social. El 49-3 aceleró la crisis política del poder. La marcha del 14 de junio, la más masiva del movimiento, reunió a más de 1.3 millones de personas. Durante ella, las tentativas policiales de bloquear el flujo o de golpear en muchas pequeñas partes se frustraron por los manifestantes. El gobierno parece descubrir que parte considerable del poder se encuentra entre las manos de los trabajadores: las huelgas lo mantienen en crisis, y sobre todo los sindicatos han hecho crecer las protestas.

El movimiento social vigente en Francia constituye una crítica a las tesis del Comité Invisible que inspira a una parte de la corriente autónoma. Ésta considera que "el poder reside ahora en las infraestructuras" y en deducir una estrategia basada en el bloqueo de los nudos de circulación.[17] Sin embargo, romper una huelga es mucho más difícil que enviar a la policía a los bloqueos de los depósitos de combustible y de las rotondas como lo hace hoy el gobierno. Bien entendidas, las acciones de bloqueo y los disturbios callejeros desempeñan un papel importante para hacer subir las tensiones, pero el éxito de la movilización será determinado por su capacidad de articular masificación y radicalidad.

En vista del fracaso del gobierno y de la policía del 14 de junio, aquél decidió intensificar la represión. De inicio, intentó prohibir las manifestaciones previstas para finales de junio (algo inédito desde la guerra de Argelia, en 1962), después las autorizó, pero en condiciones severas, con lo cual desalentó a muchos participantes: las prohibiciones de manifestarse en grupos superiores a 100 personas, la multiplicación de los controles de identidad antes de incorporarse a la marcha. Durante esas inspecciones, la policía disuadió a cierto número de unirse a la protesta mediante la amenaza de confiscar sus objetos personales, varias centenas de sindicalistas reunidos en la bolsa de trabajo de París fueron arrestados arbitrariamente por la policía. Finalmente, el proyecto de ley fue adoptado en tercera lectura en la Asamblea Nacional el 6 de julio, de nuevo con el "49-3".

Hasta aquí podría estarse tentado a analizar el fracaso del movimiento social: se constatan la ausencia de movilización larga y perene entre los jóvenes, y la falta de un sector económico particularmente combativo y dispuesto a desempeñar un papel de locomoción del movimiento de huelga y dar ritmo a los otros paristas. En sentido inverso, cabe destacar los impresionantes acontecimientos de los últimos cuatro meses: en el complicado contexto del estatismo autoritario de cara a un gobierno formalmente de izquierda, que por lo general no favorece las movilizaciones ni las huelgas, en una lucha social los sindicatos lograron dar forma durante cuatro meses al debate público respecto a los derechos laborales y, la izquierda radical se impuso como un punto de referencia política; las nuevas formas de lucha en torno a Nuit Debout, pero también un importante desarrollo de la movilización autónoma, constituyen en conjunto la prueba de las ganas de luchar contra el capitalismo en perspectiva de una sociedad poscapitalista.

Sin embargo, también es posible considerar que la lucha contra la legislación laboral no se ha completado. Pese a los intentos del gobierno y los medios de comunicación para denunciar esa pugna como una minoría violenta, el grueso de la población apoya aún el movimiento. Además, el gobierno es débil porque no cuenta con la mayoría en la Asamblea Nacional.[18] Tal como Poulantzas hace hincapié: el estatismo autoritario es propenso a la crisis.

Frente a un gobierno minoritario entre la población y el parlamento, la izquierda radical parece dispuesta a continuar la lucha en septiembre. Esto no es sólo un sueño de algunos militantes infatigables; la idea se basa en la experiencia social victoriosa reciente: el movimiento social contra el Contrat Première Embauche (o ley de contrato de primer empleo) de 2006 que no abandonó la lucha tras su entrada en vigor. Finalmente, dos meses más tarde, el primer ministro Dominique de Villepin retiró la disposición. **M**

---

* Militante de Ensemble, miembro de la redacción de la revista *Période*.

[1] State, Power, Socialism, 203.
[2] http://goo.gl/bOIVQM
[3] http://goo.gl/bOIVQM
[4] http://goo.gl/bWrgsv
[5] http://goo.gl/9W5OML
[6] http://goo.gl/4f5sC1
[7] https://goo.gl/diS5dT
[8] https://goo.gl/mp9zvo
[9] http://goo.gl/xVpdoB
[10] http://www.amnesty.fr/etaturgence
[11] http://goo.gl/VvMlBz
[12] La técnica de la ratonera es buen ejemplo: consiste en rodear arbitrariamente un grupo de manifestantes, a veces durante horas. Esto crea con rapidez un clima tenso.
[13] Dos sindicatos de policía han denunciado públicamente el uso político de ésta a través de la provocación dirigida de los manifestantes.
[14] También ayudó a implicar a las asociaciones contra el racismo de Estado y las violencias policiales, en el movimiento que ha mostrado el interés común entre las luchas sociales y las antirracistas.
[15] http://danielbensaid.org/?lang=fr
[16] http://goo.gl/EY94sJ
[17] https://goo.gl/0wdDyT
[18] http://goo.gl/6fO1wK

Entrevista a Jacques Bidet

EL NEOLIBERALISMO: UN PODER GLOBAL DE CLASE

Por Érika Paz y Ricardo Bernal

A continuación presentamos el fragmento de una entrevista sostenida con el filósofo galo Jacques Bidet el 22 de marzo de este año en su casa, en Nanterre, Francia, respecto al libro más reciente del autor: *Le néolibéralisme. Une autre grande récit*, publicado el 23 de marzo de este año.

Muchos economistas y políticos dicen que el neoliberalismo no existe; sin embargo, usted señala que éste constituye un régimen. ¿Qué es el neoliberalismo y cuál su diferencia respecto a otras formas políticas?

Hablo efectivamente de *régimen*, pero no en el sentido de uno político sino en el sentido clásico, en el sentido que se habla de Antiguo Régimen o del comunista. Éstos no son regímenes políticos sino sociales. En mi libro hay una teoría del régimen de hegemonía. Lo que llamo "régimen de hegemonía" – tiene por supuesto alguna relación con Gramsci– es la articulación de la estructura de clase. Desde mi punto de vista, hay dos: la clase dominante y la *fundamental*. Sin embargo, en la primera hay dos polos: uno se sirve de la propiedad capitalista y el otro reviste un poder de competencia, de competencia-dirigencia. Si bien hay dos clases, en total hay tres fuerzas. Así que, para mí, un régimen es la articulación, a la vez, de dos clases y tres fuerzas. Tomo el neoliberalismo como un régimen particular entre otros. En la historia de la sociedad moderna se han sucedido más regímenes. En mi libro hay una periodización de la historia moderna conforme a los regímenes de hegemonía.

De entrada, no pienso que el mundo moderno pueda ser denominado simplemente capitalista; en primer lugar, porque la modernidad comienza antes de la emergencia del capitalismo, incluso en Inglaterra, pero también porque –y en esto me encuentro muy influido por mi lectura de Michel Foucault– en el Antiguo Régimen, donde el capitalismo es todavía muy débil, se desarrolla una modernidad muy importante alrededor de grandes instituciones estatales, culturales, productivas, administrativas, como la escuela, el ejército o la prisión. Esto ocurre en casi todos los países de Europa, pero en particular ocurre en Francia, de manera característica.

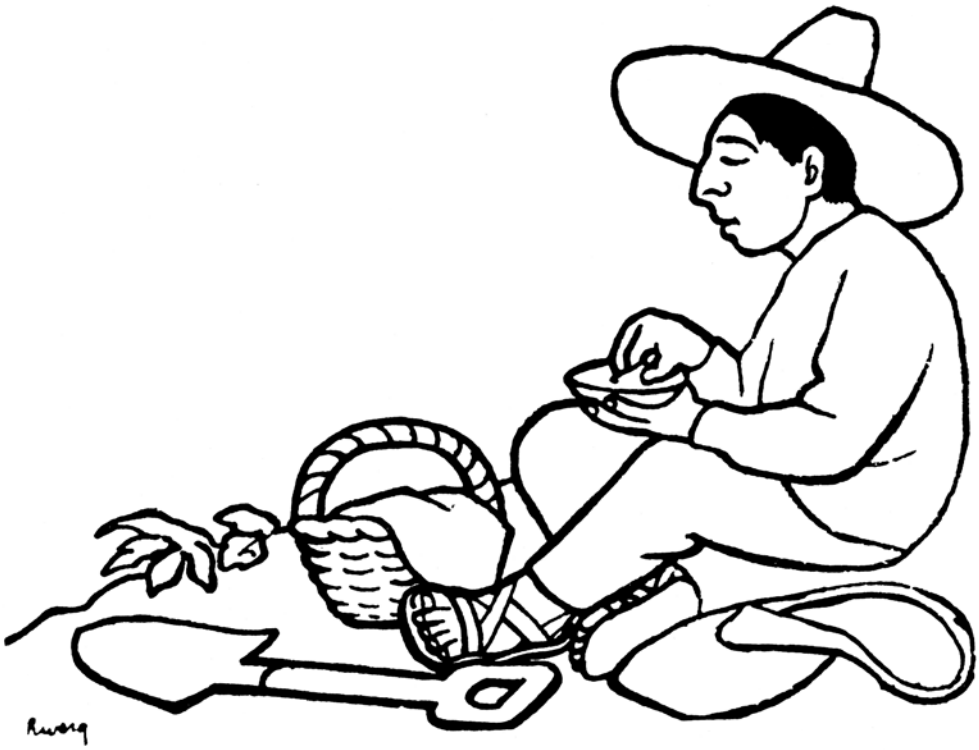
Alrededor de 1750 emerge en Europa, al principio en Inglaterra, un régimen: el de la burguesía; más exactamente, el de los capitalistas. Éstos exigen su acceso a lo esencial del poder. Hacia el final del siglo XVIII se confrontan los dos polos de la clase dominante, y como resultado de las revoluciones europeas surge un nuevo equilibrio, mas ya no el del Antiguo Régimen sino el de la burguesía. El cual funciona precisamente mediante la relación entre esos dos polos, la propiedad capitalista y el poder de competencia, pero bajo la prevalencia del poder del capital. Esto será así durante todo el siglo XIX y principios del XX, hasta que a inicios de 1930 hay una crisis donde la solidaridad entre el polo capitalista y el de la competencia comienzan a tambalearse. Las razones son múltiples: por un lado, el significativo arribo de una nueva oleada de competentes, funcionarios, managers, y la multiplicación de los encargos de la burocracia y la tecno-estructura ya presente entonces; por el otro lado, los vastos movimientos de liberación popular que tienen lugar en la mayor parte de los países, en especial influidos por el marxismo y el comunismo, pero también, con mayor profusión, movimientos contra la vieja clase agraria, como se ve en México y –con ciertas diferencias– Turquía.

A partir del decenio de 1930 hasta el de 1960 hay entonces una ruptura en el régimen burgués, sobre todo en los países del centro, donde surge el régimen del "Estado social nacional", catalogable así porque las consideraciones sociales están limitadas a la nación, si bien tiene otra cara: la de la colonización.

Desde luego, el capitalismo sigue siendo importante, pero hay algo en la dirección política y en la orientación material, cultural y social de la vida común que viene de la relación entre eso que llamo los competentes-dirigentes y el pueblo, la clase fundamental. Para mí, grosso modo, eso caracteriza al Estado social. Sin embargo, a partir del decenio de 1970 y, sobre todo del de 1980, se desarrolla un nuevo régimen que no es el de la burguesía ni el del Estado social sino el neoliberal. Entonces, ¿cuál es para mí la característica de este régimen?

El neoliberalismo, en el sentido estricto de la doctrina, es igual al liberalismo. Se puede leer a John Locke y ver que en la descripción teórica general su hipótesis estriba en que el mercado capitalista se ocupa de todo, excepto de lo que no es capaz. Sin embargo, en el siglo XIX el equilibrio del liberalismo se encuentra con ciertas fuerzas: por un lado, las del mercado, por el otro, la de los competentes-dirigentes, de gran capacidad organizativa; y, finalmente, con el pueblo, que se vincula de manera particular con demandas específicas y se enfrenta a la clase dominante de modo característico. Durante el periodo del poder burgués hay cierto equilibrio de fuerzas, pero en el espacio del Estado nación. Por tanto, en el Estado nación yace la posibilidad de pensar en una organización común; el pueblo puede decir ahí: "Esto deseamos en tanto comunidad", y los competentes-dirigentes pueden organizar las cosas. De ahí que en el espacio de la nación haya posibilidades para el desarrollo del capital, pero también para la organización popular y las resistencias.

Sin embargo, a principios de la década de 1970 hay una rebelión del capital, que ve disminuir sus beneficios y dice: "Esto no puede continuar así". Es el periodo de Tatcher, Reagan, el golpe de Estado en Chile, la tradición militar en Latinoamérica. De cualquier manera, esta aspiración de los capitalistas no puede realizarse sino, eventualmente, hasta los años siguientes, con el desarrollo de la informática y de otras tecnologías que permiten dirigir los procesos de producción y las ganancias más allá de las fronteras: procesos de deslocalización, establecimiento en el centro del potencial de investigación y dirección, aseguramiento de las materias primas de otros países. En un momento dado, estas fuerzas se intensifican hasta que pueden franquear las reglas nacionales. Primero en ciertos espacios particulares, después se amplían hasta que la maximización de beneficios en la gestión mundial de la plusvalía tiene influencia creciente sobre los gobiernos. Así, se llega a retomar la idea de que el bien del pueblo pasa por la destrucción de todo el régimen nacional y los derechos adquiridos. El sentido de mi investigación consiste en decir que el neoliberalismo no es un régimen político ni económico sino uno particular donde se rearticulan las relaciones de clase, pues los vínculos entre los competentes-dirigentes y la clase fundamental establecidos en el cuadro del Estado nación se desestabilizan debido a que la economía se desarrolla más allá de las fronteras en beneficio de los capitalistas –y quienes están a su servicio– y en perjuicio de las formas de organización del pueblo, sus sindicatos y demás expresiones afines.



Si, desde su punto de vista, un régimen se define en función de las relaciones entre los tres polos que menciona, los capitalistas, los competentes-dirigentes y el pueblo, las formas de resistencia deben considerar estos tres elementos. ¿Cómo pensar entonces una resistencia ante el neoliberalismo?

Cómo resistir al neoliberalismo es el asunto más complicado. No pretendo dar una solución particular sino describir el campo de batalla. El pueblo hallará recursos, a la vez políticos y culturales, para promover unas iniciativas de emancipación. No obstante, lo propio del neoliberalismo es desarrollar una visión del Estado a la escala del mundo. Cuando los Estados

nación se relativizan –lo cual no supone que dejen de tener importancia, pues persisten dificultades internas significativas–, se produce algo así como un Estado-mundo, un diseño de instituciones a escala global. Con el concepto de "aparato de Estado", Althusser había mostrado, si bien de forma insuficiente, que en cierta medida las instituciones económicas, políticas, culturales, privadas o públicas, etcétera, están penetradas por un poder de clase. La novedad es que ahora hay distintos "aparatos" a escala global en los que la clase dominante se organiza a nivel supranacional, internacional y transnacional. De tal manera, se tiene algo parecido a una estatalidad mundial de clase.

En realidad, este Estado-mundo se constituye en cada Estado nación: en cada Estado hay quienes sostienen que el mercado arregla todo y, por tanto, este último es nuestra *constitución* suprema. Así, si todos los países asumen la misma constitución y si, de hecho, están todos juntos al amparo de la misma constitución, ello sugiere que los Estados nacionales producen el Estado-mundo. Los Estados nacionales, en la medida en que comparten la misma constitución neoliberal, pueden, consecuentemente, actuar como sucursales de un poder global de clase, a la vez en el plano legislativo y en el ejecutivo.

Sin embargo, si hay algo así como el Estado-mundo, también se tiene una especie de ciudadanos del mundo. Entonces, ¿quiénes son los ciudadanos del mundo? Bien, no creo que sean las empresas colocadoras u otros entes análogos. En un sentido, los ciudadanos del mundo son los jefes de Estado y toda la gente que establece esa constitución general a que estamos sometidos en cada nación y los derechos que la determinan. Sin embargo, quienes buscan limitar que todo lo establezca el mercado e intentan, desde la comunidad nacional, internacional o más local, una posibilidad de organización desde la perspectiva de la producción, la cultura, los derechos sociales, son también ciudadanos del mundo, pues lo que hacen desde su nivel repercute en los otros.

Hay una posibilidad de lucha contra el neoliberalismo, pero –a mi entender– principalmente local, pues es el horizonte que la gente conoce y controla. A ese nivel hay una lucha posible. No veo otra posibilidad de lucha contra el neoliberalismo más que el pueblo, la clase fundamental, encuentre medios para organizarse políticamente y sea capaz de anudar una alianza con los dirigentes-competentes. Se me dirá que éstas son viejas recetas…sí, en efecto, pero esto es así porque la estructura del mundo no ha cambiado. Asumo que se me diga que éstas suponen ideas retomadas del programa común de la izquierda o, tal vez, del eurocomunismo.

Sin duda, muchos aspectos no son decididos en los espacios del Estado nación sino en unos más amplios; es el caso de la Unión Europea o de las instituciones que ha intentado crear Latinoamérica. No obstante, aunque en el *mundo* hayan cambiado las relaciones de fuerza, la *estructura* no lo ha hecho de modo fundamental, salvo que ella es global, pero en esa globalidad el orden *estructural* es el mismo. Para mí, la pareja *estructura-sistema* reviste suma importancia. Con *estructura* me refiero a la que articula clase y Estado; y con *sistema*, al sistema-mundo, centro-periferia. El mundo moderno tiene esta doble dimensión y las cuestiones concretas están siempre en la intersección de ambos elementos.**M**

Traducción de Ricardo Bernal

LA CONQUISTA SIN FIN. ESPAÑOLES CONTRA CHICHIMECAS

ENRIQUE SEMO

La conquista del imperio azteca duró desde el 12 de mayo de 1519, día en que Cortés recibió a los primeros mensajeros de Moctezuma en Veracruz, hasta el 13 de agosto de 1521, cuando Tenochtitlán cayó, conquistada y destruida; es decir, poco más de dos años. Pero eso no fue sino el primer capítulo de la conquista de los pueblos y territorios que constituyeron la nueva colonia. La toma de la capital mexica no aseguró el dominio del espacio conocido con el nombre de *Nueva España* y que sirvió más tarde de base a lo que sería el México independiente. La lucha entre conquistadores españoles y conquistados amerindios continuó en muchos lados durante 300 años, con ritmos, tiempos y armas distintos en diferentes lugares del inmenso territorio. Tal es el caso de los mayas. Citemos a Nancy Farriss, la gran historiadora de la sociedad maya bajo el dominio colonial: "¿Cuándo terminó realmente la conquista de Yucatán? ¿En 1547, con el sofocamiento de la Gran Rebelión? ¿En 1697, con la conquista del Petén? Algunos podrían pensar que la Guerra de Castas del siglo XIX fue su capítulo final, pero aun así resulta difícil determinar cuándo concluyó la Guerra de Castas… la rebelión se extendió al sur hasta Bacalar y, algo mucho más peligroso, comenzó a acercarse a Mérida. La ciudad y los no indios que se habían refugiado en ella sólo se salvaron por 'la gracia de Dios'… En 1901, Chan Santa Cruz, la capital de los cruzob, cayó en manos de las fuerzas federales de México. ¿Significó tal derrota el final de la Guerra de Castas y, con él, el de la conquista de Yucatán? ¿O habrán continuado tanto la guerra como la conquista otros 60 años más o menos? A lo largo de ese tiempo, los cruzob siguieron controlando el distrito al cual se habían replegado y que comprendía gran parte del actual estado de Quintana Roo, en la porción oriental de la península…" Algo similar afirmaríamos de los chichimecas del Gran Norte de la Nueva España.

Es comprensible que a los conquistadores interesara describir en las probanzas de méritos, en las cartas de peticiones a la corona española o la Iglesia católica cada campaña, cada escaramuza, cada avance, cada pueblo bautizado o cada misión por efímera que fuera, como una victoria definitiva, como **una conquista consumada**, y aparecer como los actores únicos de

la hazaña. Así surgió el "mito de la consumación"; es decir, un proceso interminable se transformó en una historia llena de fines ficticios. También podemos decir respecto a esos documentos que los indios que participan con los españoles merecen sólo un papel opaco, como si no tuvieran motivos propios, como si todos los conflictos prehispánicos no existieran, como si su papel fuera pasivo.

Apenas terminada la conquista del imperio azteca, los españoles, llenos de sueños de oro y plata, de las siete ciudades de Cíbola, de la fuente de la juventud y la Isla de las Amazonas, se lanzaron hacia el norte. Pero el territorio y los pobladores que habían de encontrar en su expansión septentrional eran muy diferentes de los de Mesoamérica. Los mexicas lo llamaban *Chichimecatlali* ("Tierra de los Chichimecos") y los españoles la *Gran Chichimeca*, el *Gran Septentrión* o el *Mar Chichimeco*. El territorio que llamaremos desde aquí *Gran Septentrión* o *Gran Chichimeco* es un vasto espacio formado por partes de los actuales Jalisco, Nayarit, Guanajuato y San Luis Potosí, y la totalidad de Zacatecas, Durango, Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Chihuahua, Sonora, y Baja California Sur y norte. También incluía Florida, Texas, Nuevo México, Arizona y California, hoy pertenecientes a Estados Unidos.

En el siglo XVI, el norte mexicano había sido dividido políticamente por los españoles en los reinos de Nueva Galicia, Nueva Vizcaya, Nuevo Reino de León y Gobierno de Coahuila. En el XVII se le agregaron la Nueva California, el Nuevo México de Santa Fe, Texas o Nuevas Filipinas y Nuevo Santander.

Los llamados despectivamente "chichimecas" por los aztecas y los españoles comprendían en realidad diversas etnias y tribus, cuya constitución iba de las bandas de cazadores y recolectores a las de agricultores igualitarios, pasando por infinidad de combinaciones intermedias. A la llegada de los españoles, lo predominante era ya precisamente la adaptación combinatoria. Sin embargo, todos esos pueblos tenían diferencias fundamentales con las sociedades de Mesoamérica.

La primera diferencia entre chichimecas y mesoamericanos radicaba en la producción y la distribución de ésta. Para los primeros, la unidad básica era la familia. El consumo más que la acumulación o la maximización del ingreso suponía el objetivo del trabajo. Se buscaba equilibrar las horas de trabajo y las necesidades de la unidad familiar y comunitaria. Los incentivos para producir más allá de los requerimientos de subsistencia eran débiles y respondían principalmente a los riesgos naturales de la recolección, la caza y la agricultura, así como las festividades religiosas. La distribución del producto resultaba igualitaria, normada por relaciones familiares que podían ser diversas. Sin duda, había hambrunas, pero no al mismo tiempo hartos y hambrientos. Entre comunidades se daba el intercambio de productos como fibras, sal, mantas, pieles, conchas, turquesas, perlas o materiales obtenidos de la minería. El excedente se presentaba a veces, pero no era la regla. No existían clases sociales, y cuando en la Colonia surgieron, la primera dominante fue la de los españoles.[1]

La segunda disimilitud era la ausencia de Estado. Al informar sobre el gobierno de los cazadores y recolectores de la Baja California, el padre Miguel Venegas escribía:

> Los hechiceros o embaucadores […] tenían alguna mayoría o superioridad, pero que no pasaba de sus fiestas, del tiempo de sus enfermedades y de algunas pocas cosas en que influían su miedo y superstición. Sin embargo, había en las rancherías, y aun en las naciones, ya uno, ya dos, ya más que daban las órdenes para la colección de frutos, pescas y para las expediciones militares cuando se habían de hacer hostilidades a otra nación o comunidad. No se lograba esta tal cual superioridad por sangre y familia, no por privilegios de la edad, ni tampoco por votos y elección formal de los súbditos. Sólo la natural necesidad, que pide dirección y acuerdo de uno o de pocos para socorro de las necesidades comunes, obligaba a que con un tácito consentimiento se elevase sobre los demás el que fuera más animoso o avisado y ladino [sagaz], pero su autoridad se ceñía forzosamente a los términos que quería ponerle el antojo de los que, saber cómo, se sometían.[2]

La tercera diferencia con los mesoamericanos era la ausencia de ciudades o centros ceremoniales importantes. La gente común vivía en comunidades extendidas más o menos distantes; o bien, en pueblos, muchos de ellos situados en las montañas y fácilmente sustituibles. El papel dominante de la ciudad, centro de poder, de división de trabajo, de redistribución del plusproducto, de festejos religiosos y ceremonias guerreras dispendiosas, no existía. Esas funciones, en la medida en que estaban desarrolladas, eran completamente comunitarias y rurales.

La cuarta es que no hay vestigios arqueológicos o etnológicos entre los indios del norte respecto a una religión-ideología que justifique la división de la sociedad en clases y la existencia de un Estado, una teocracia y una iglesia institucionalizada, con un rey a la cabeza o una dinastía privilegiada que se perpetúe en el poder. La explicación mítica o religiosa del surgimiento del poder institucionalizado no ha surgido todavía. La religión es un conjunto de creencias que cubre la relación entre la naturaleza y las personas en general. No se tiene una Iglesia como institución de dominio, parte de la elite gobernante. Quizás a ello se deben las evaluaciones extremadamente negativas por los españoles, para quienes el Estado y la Iglesia eran la punta de la pirámide social.

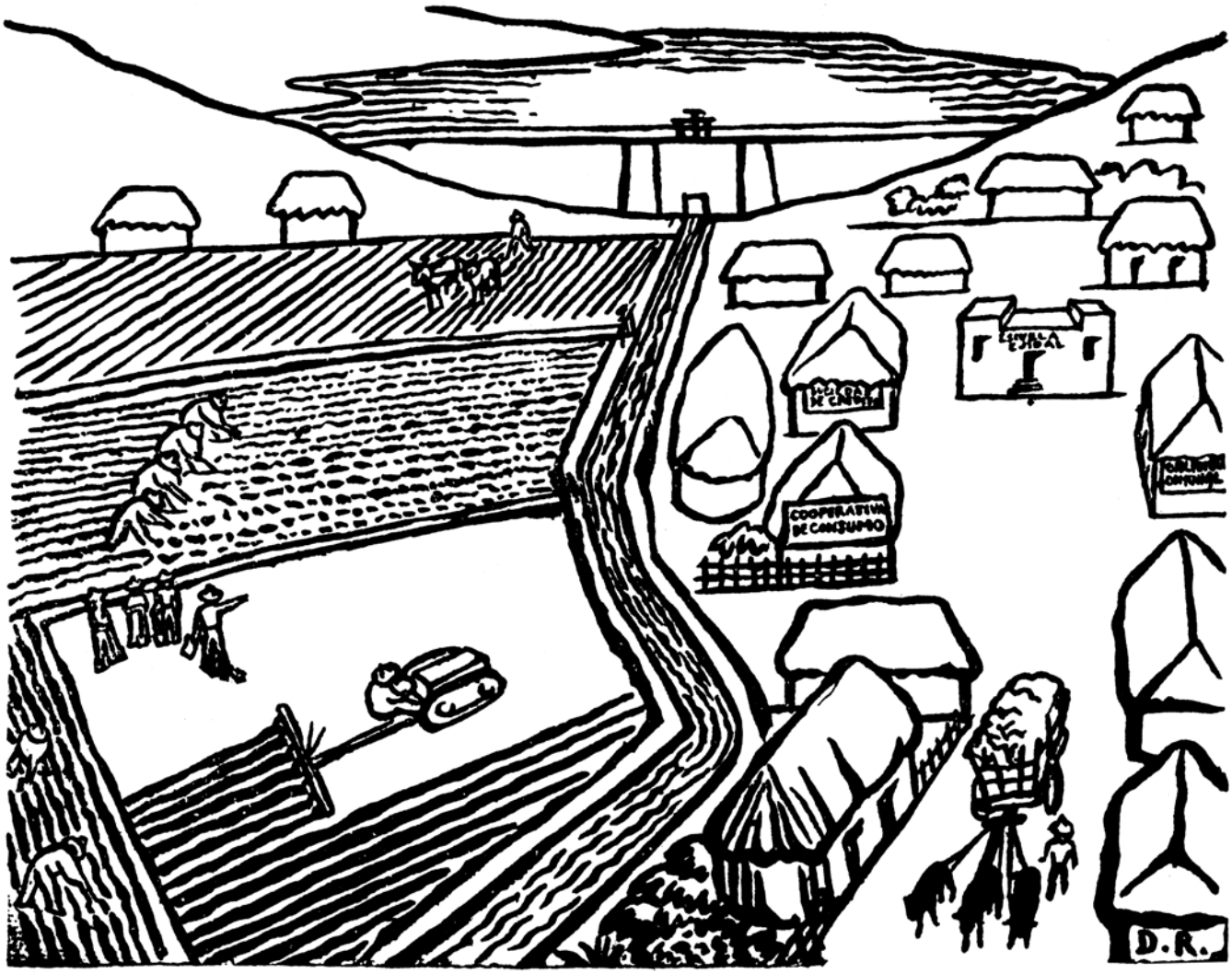
La quinta es la inexistencia de un ejército profesional. En las sociedades chichimecas, el cuerpo de guerreros está formado por todos los adultos y adolescentes de la tribu, entrenados desde la infancia en la cacería, las correrías y viajes por las montañas. En casos extremos, las mujeres participaban en la guerra. Se es cazador y guerrero a la vez, y esa condición confiere más dignidad y honor entre hombres y mujeres, y es la base del papel dominante de los primeros. No hay oficiales, ni soldados profesionales, ni abastecimientos; los guerreros se

mueven con la misma frugalidad que en sus expediciones de caza. Antes del arribo de los españoles, las guerras entre estos grupos eran frecuentes: los tarahumaras sostenían repetidos enfrentamientos con sus vecinos tepehuanes y con otros grupos, como los tubares, témoris, chínipas y guazapares. En una zona poblada de matorrales, mezquite, gobernadora, ocotillo y algunas cactáceas, la lucha por una fuente de agua generaba fuertes enfrentamientos, sobre todo en la temporada de secas. Las venganzas eran comunes, lo mismo las alianzas, a veces reforzadas con vínculos matrimoniales entre grupos distintos.

Debido a la estructura de las sociedades de los indios norteños, su forma de hacer la guerra es predominantemente **la guerrilla**: no hay ejércitos masivos con vanguardias muy educadas y desplazamientos igual de costosos. Éstos resultaron por completo ineficaces contra las huestes españolas en el centro de Mesoamérica, mientras que las guerrillas representan una forma de la guerra que los conquistadores tuvieron dificultades en descifrar de manera militar. Decididamente, la superioridad militar europea quedó reducida, pero no superada. Una vez más, gracias a la ayuda masiva de los indios mesoamericanos pudo el imperio español imponerse también en el Septentrión. Las "victorias" hispanas (anunciadas en todos los informes oficiales) nunca eran definitivas ni las "derrotas" indígenas, de ahí la guerra de larga duración y de baja intensidad en que los indios norteños probaron una habilidad, un estoicismo, un valor y un espíritu de libertad y dignidad excepcionales frente a la muerte.

Su modo de vida y su conocimiento de la tierra en que peleaban hacían de las guerrillas chichimecas un adversario temible difícil de vencer. La tenacidad con que combatieron a los invasores, blancos e indios, en defensa de sus territorios de caza no tuvo par. Una cita de Philip Powell: "Su preparación desde niño, sus alimentos, su tipo de refugios, sus relaciones con las tribus vecinas, su concepto de los hombres blancos y de los indios sedentarios, sus juegos y otras diversiones: todo esto llegó a ser determinante del tipo de guerra (y de resistencia) que opuso a los pueblos sedentarios procedentes del sur".[3]

Se produce en el Gran Septentrión con la llegada de los españoles y sus aliados tlaxcaltecas, mexicas y tarascos, el choque devastador entre conquistadores provenientes de sociedades de clases y Estado, y cuya finalidad primordial es someter a otra



población que no conoce la explotación ni el dominio.

Los españoles distinguían dos tipos de indios "bárbaros". Quizá Juan de Torquemada nos da la concepción española más exacta de la diferencia esencial entre los de Mesoamérica y los del Norte:

> Los primeros (mesoamericanos) eran los indios de esta Nueva España… que vivían políticamente en congregaciones, así de pueblos como de ciudades, los cuales aunque tenían leyes… tenían sus crueldades y ásperos modos de tratar unos con otros… tenían conocimientos de algunas cosas y su judiciaria aunque falsa o imperfecta…
>
> Otra manera hay de bárbaros, que… no tienen… ley ni… derecho y no viven en pueblos, ni en comunidad… por lo cual ni tienen lugares, ni pueblos, ni ayuntamientos, ni ciudades porque no viven socialmente, y así no tienen ni sufren señores de leyes ni fueros ni otra cualquiera política… ni hacen uso de comunicaciones… como son comprar y vender, trocar, alquilar y hacer compañía a unos vecinos con otros… y por mayor parte viven esparcidos y derramados en los montes… De éstos, pues, habla el filósofo (Aristóteles), de aquellas gentes que no tienen principado natural, ni orden de república, ni señorío… y porque son extraños y diferentes de los hombres que se rigen por razón… contentándose solamente con traer y tener consigo solas sus mujeres, como hacen los animales, así como las monas y los gatos… Estos bárbaros convendría que los gobernasen hombres sabios, porque son natural o accidentalmente siervos, por su bajo o mal uso de razón, y a estos tales los pueden los sabios hombres cazar o montear, como a las bestias fieras…[4]

Nada más axiomático que la opción brutal avanzada por Hernán Cortés para los chichimecas: "Entre la costa del norte y la provincia de Mechuacán –escribía en una de sus cartas el conquistador– hay cierta gente y población que llaman 'chichimecos'; son gentes muy bárbaras y no de tanta razón como estas provincias… Llevan mandado por instrucción que si hallaren en ellos alguna aptitud o habilidad para vivir como estos otros viven y venir en conocimiento de nuestra fe, y reconocer el servicio que a vuestra majestad deben… si no los hallaren como arriba digo, no quisieren ser obedientes, les hagan la guerra y los tomen por esclavos, porque no haya cosa superflua en toda la tierra, ni que deje de servir ni reconocer vuestra majestad…"[5]

LA PRIMERA GRAN GUERRA CHICHIMECA

La primera reacción masiva a los estragos de Núñez de Guzmán y Hernán Cortés y sus huestes consistió en las batallas de los Peñones o del Mixtón en 1540-41. El saqueo y la quema de aldeas, la invasión de terrenos agrícolas y de caza, la reducción a la esclavitud de miles de adultos y niños, la imposición de encomiendas y de tributos onerosos y la violencia arbitraria de los españoles fueron las causas directas de ese acto masivo de resistencia.

La Gran Guerra chichimeca no fue espontánea. En ella participaron numerosos pueblos que el visitador Francisco Tello de Sandoval calificó de "confederación" pactada para expulsar a los intrusos europeos; entre ellos se distinguieron los cazcanes, zacatecos y, probablemente, algunos tarascos. En el mismo año comenzaron a llegar noticias preocupantes sobre conspiraciones y hostigamientos desde el sur y el noreste de la Nueva Galicia, así como del Gran Nayar y el Mezquital, en Durango. Los españoles de la región ya no se atrevían a recorrer solos los caminos ni los indios cristianos se sentían seguros en sus aldeas y jacales, siempre sujetos a la asechanza y el ataque chichimecas.[6]

Primero se anudó la alianza entre muchos jefes, luego comenzó a difundirse la ideología rebelde de fuerte contenido milenarista de libertad y justicia. Tomamos de la respuesta del virrey De Mendoza a la indagación que le hizo el visitador Tello algunos de los conceptos de esa ideología. Dijo que los sacerdotes prometían a los indios la victoria sobre los españoles, y que irían "a Guadalajara y a Jalisco y a Michoacán y a México y a Guatemala y a do quiera que cristiano hubiese, los cuales juntaría todos y haría que la tierra se volviese sobre ellos y los tomase

debajo y matase".[7] También ofrecían la vida eterna y el renacimiento de los antepasados, riquezas y joyas en cantidad y armas que nunca se quiebran, el rejuvenecimiento de los viejos y la abundancia en las cosechas sin necesidad de trabajo, así como el derecho a tener varias mujeres.

Este mensaje era un grito de libertad y la promesa de un paraíso "chichimeca" sobre la Tierra: ¡Axcanquematehualtl-neuhuatl!, ¡Hasta tu muerte o la mía! A los requerimientos de paz del virrey Mendoza, los guerreros cazcanes y zacatecos respondieron: "Que ¿qué paz querían?, pues ellos estaban quietos en sus tierras; que a qué venían ellos (los españoles); que ya sabían que venían para quitárselas".

Luego vino la amplia difusión de su mensaje y el llamado a la acción. Como dice José López-Portillo y Weber, "por senderos y veredas, cruzando montañas, valles y llanuras se reconcentraban todos los nahuales, los brujos jóvenes y viejos, cubiertos los hombros con la piel del coyote, la calabaza de las evocaciones pendiente de la cintura. Volvían de viajes muy largos. Su destino era Tlashicoringa, en el valle del Huasamota, en territorio del hoy estado de Durango, en la falda del Cerro Gordo, en región peyotera. Venían a informar a sus jefes, y a pedir la protección de sus dioses".[8]

Incluso la estrategia militar fue trazada con anticipación para todo Chimalhuacán. Se fortificaron montes inaccesibles y pedregosos con varias líneas de albarradas. Se subieron a las cimas todas las provisiones posibles y agua potable en abundancia. Se hizo acopio de numerosas armas. Para ello se acarrearon grandes cantidades de piedras trabajadas que podían ser utilizadas como proyectiles. La idea era usar los peñones como fuertes inexpugnables, pudiendo bajar para hostilizar los pueblos y rancherías que seguían tributando. Así, los españoles serían obligados a tomar la ofensiva en un terreno donde sus armas más efectivas, la artillería y la caballería, serían desactivadas. Sólo podrían subir las agrestes laderas con la infantería y al verse ésta obligada a detenerse, cubriéndose con los escudos, varias columnas de guerreros saldrían de las trincheras para atacar por los flancos. La idea, efectiva en teoría, no funcionó en la práctica. Los chichimecas no previeron que los españoles los atacarían con un ejército cuya cantidad (más de 50 mil hombres utilizados sucesivamente en cada peñón) nulificaría la bravura de los defensores ni que los cañones podían ser movidos por los "indios amigos" transformados en tamemes hasta la altura necesaria para hacerlos efectivos.

La guerra contó con la participación de muchos pueblos. Sus diferencias étnicas y sus incesantes conflictos cedieron ante el odio a los conquistadores españoles y sus aliados mesoamericanos. Luego se libraron tres grandes batallas en los peñones de Coyna, Nochistlán y el Mixtón, en los límites de Jalisco y Zacatecas, un territorio que había sido asolado por Nuño de Guzmán.

Alrededor del 20 de marzo de 1541, Cristóbal de Oñate intentó tomar el peñón del Mixtón con las fuerzas que tenía a su disposición, y sufrió gran descalabro. Sus hombres fueron puestos en fuga y perdió a mucha gente. Al conocer la extensión de la rebelión, Oñate pidió ayuda al virrey y a Pedro de Alvarado, quien se encontraba con sus soldados en Manzanillo. Alvarado reunió a sus tropas y pese a las advertencias de Oñate, ayudado por 5 mil aliados tarascos se lanzó una vez más a la toma de la fortaleza indígena de Nochistlán donde había 12 mil chichimecas. Pero de nuevo las tropas de los conquistadores se vieron frenadas y derrotadas. Las bajas fueron muchas y los soldados españoles se desbandaron. Entonces, un caballo que rodaba cuesta abajo cayó sobre el vencedor de mil batallas, el conquistador de Guatemala, Tonatiuh, como lo llamaban los mexicas por su cabello rubio. Tres días después, el 4 de julio de1541 moría Pedro de Alvarado en Guadalajara.

El 28 de septiembre del mismo año, los hombres de Tenamaztle, el dirigente chichimeca, iniciaron el sitio de Guadalajara con el propósito de terminar con las fuerzas de Cristóbal de Oñate ahí refugiadas, antes que llegara el virrey con sus tropas. Unos 15 mil guerreros, indios de Nochistlán, divididos en 3 escuadrones y por hileras de 7 en 7, rodearon el fuerte donde estaban los españoles. Luego de 3 horas de combate, Cristóbal de Oñate solo logró romper el cerco,[9] utilizando la caballería, los cañones y los arcabuceros.

Estas derrotas y la muerte de Pedro de Alvarado tuvieron un efecto extraordinario entre rebeldes y españoles. Los primeros se llenaron de orgullo y esperanza. Los segundos se dieron cuenta de la insuficiencia del ejército español en la región y contemplaron con miedo la posible extensión de la insurrección hacia Michoacán y posiblemente la capital de Nueva España. Eso llevó al virrey Antonio de Mendoza a tomar directamente el mando de la campaña militar. Un llamado a las armas general y varias semanas de preparativos le fueron necesarios para formar el mayor ejército jamás visto en Nueva España desde la toma de Tenochtitlán.[10] Era en verdad impresionante, capaz de aplastar literalmente a cualquiera. Formado por más de 500 soldados españoles bien armados (algunos cronistas elevan la cifra hasta mil), entre los que había cuando menos 300 hombres de a caballo con impedimenta de guerra completa, incluida una importante fuerza de artillería, y todos ellos acompañados por más de 50 mil "indios amigos" provenientes de Tlaxcala, Cholula, Guaxango, Tepeaca, Texcoco, Chalco, Amecameca, Tenango y Xochimilco. Había también huejotzincas, cuauhquechultecas, mexicas, xilotepecas y alcalhuas, quienes atacaron por un flanco, y por el otro los chalcas con los de Michoacán y Mextitlán. Los ejércitos unidos de todo el mundo mesoamericano contra los hombres libres del norte.

Ya llegado el ejército del virrey Antonio de Mendoza, pasó a atacar una tras otra las fortalezas de los rebeldes. En Coyna, la fuerza resistente contaba con apenas mil 500 hombres, pero su bravura y la calidad de las instalaciones defensivas merecieron un elogio militar del virrey. Luego se volvió contra Nochistlán, defendido por 12 mil guerreros, quienes resistieron durante 4 días, del 24 al 29 de noviembre de 1541. A dos españoles

capturados vivos se obligó a servir trayendo agua y comida, "para que veáis lo que sentimos cuando vosotros nos mandáis serviros", y después fueron ajusticiados. Ahí desempeñaron un papel decisivo los indios amigos mesoamericanos. Los frailes españoles leyeron numerosas veces el requerimiento, pero la respuesta de los orgullosos chichimecas fue siempre negativa. Habían decidido defender hasta la muerte sus territorios.

Unas semanas después comenzó el célebre duelo en el Mixtón, donde los guerreros norteños volvieron a mostrar su brío. El sitio duró dos semanas. Consumada la derrota de los rebeldes, siguieron la matanza y la reducción masiva a la esclavitud. Las crónicas relatan cómo los indios de los peñoles, al perder la última albarrada, se arrojaban desde lo alto del cerro… "chicos y grandes y mujeres". Los españoles tomaron como esclavos mil 700 indios en Nochistlán y 3 mil en el Mixtón. Pero también, en aras del castigo ejemplar, imborrable, condenaron a muchos prisioneros a la horca, a ser despedazados por los perros o volados por los tiros de la artillería. Los sobrevivientes decidieron replegarse hacia la zona septentrional de Nueva Galicia y mantener acciones de guerrilla durante casi 10 años. Su jefe, Diego Tenamaztle, mantuvo en pie de guerra a los cazcanes, apoyados por otras tribus.

La hueste formada por Antonio de Mendoza tampoco se disolvió. Lejos de ello, el virrey dispuso que la marcha represiva continuara, pasando del norte en dirección del suroeste, en las regiones donde la rebelión había cundido, De Mendoza hizo "guerra a sangre y fuego", aplastando un asentamiento tras otro. Lo mismo realizó luego en la provincia de Compostela donde, con métodos análogos, "redujo" de paz a los alzados que llevaban ya más de una década en guerra. Por otro lado, la rebelión indígena cundió e integró a nuevos pueblos en lo que sería una conflagración que duró cerca de 50 años.

Las escaramuzas continuaron, pero a fines de 1550 la Primera Guerra chichimeca adquirió dimensiones dramáticas, al inicio con acciones de los zacatecos y poco después con los guerreros de la nación Guachichil, al este y al sur de los zacatecos. El nuevo peligro obligó a los viajeros a formar grupos mayores, bajo la protección de jinetes armados. En Zacatecas, Diego de Ibarra tuvo que enviar con frecuencia escoltas armadas para que los viajeros llegasen a salvo a su destino. Pero aun con estas precauciones, los chichimecas seguían atacando.[11]

Para finales de la década, ya era claro que los guerreros indios llegaban desde los más remotos confines de tierra adentro para atacar los nuevos establecimientos y caminos de los españoles, y causaban grandes daños. Pequeñas partidas de asaltantes, muy inferiores en número a sus enemigos, atacaban, aterrorizaban y vencían fácilmente a los mercaderes y viajeros tarascos y aztecas, reduciendo y a veces casi suspendiendo el envío de provisiones por la ruta México-Zacatecas. Hacia el cierre de 1561, se calcula, más de 200 españoles y 2 mil aliados y comerciantes indios habían sido muertos en los caminos entre Guadalajara, Michoacán, México y las minas del norte, desde el descubrimiento realizado en Zacatecas. Además, había que contar la enorme pérdida de propiedades causada por la quema de estancias y el saqueo de caravanas y recuas. Los daños a la propiedad fueron calculados en más de 1 millón de pesos de aquel tiempo, y la pérdida en carretas y tesoros reales en más de 400 mil pesos en oro.[12]

Aparte de grandes fuerzas ocasionales reunidas para campañas dilatadas, los soldados españoles se caracterizaban principalmente por dos tipos de organización: las tropas de presidio y las de patrulla que protegían los caminos y los ranchos y que generalmente rondaban por ciertas "tierras de guerra" para todo tipo de defensa o de rápida represalia. Estas dos organizaciones básicas surgieron durante la década de 1570, y fueron sistemáticamente reclutadas, pagadas e instruidas por el gobierno del virreinato. Cuando la paga tardaba o no llegaba, los soldados realizaban entradas por su cuenta en los pueblos chichimecas para apresar esclavos y venderlos para el trabajo en las minas o el servicio doméstico de los colonos. Con este nuevo sistema militar siguió reclutándose a ciudadanos (mineros, rancheros, funcionarios) en tiempos de crisis.

También se emplearon caciques indios mesoamericanos con sus tropas contra los chichimecas. Estos jefes eran recompensados y honrados por el gobierno virreinal debido a sus servicios. El virrey Luis de Velasco nombró capitán al cacique don Nicolás de San Luis, y mandó a todos los vecinos y moradores en las partes de Querétaro que lo tuvieran por capitán. Le indicó que se armara de "punta en blanco", encargándole mil indios para luchar contra los bárbaros chichimecas y el uso de todos los símbolos de guerra, caja, clarín sonoro, pífano, en señal de derramamiento de sangre… Y a quien no le diera obediencia lo podía castigar como omiso y negligente.

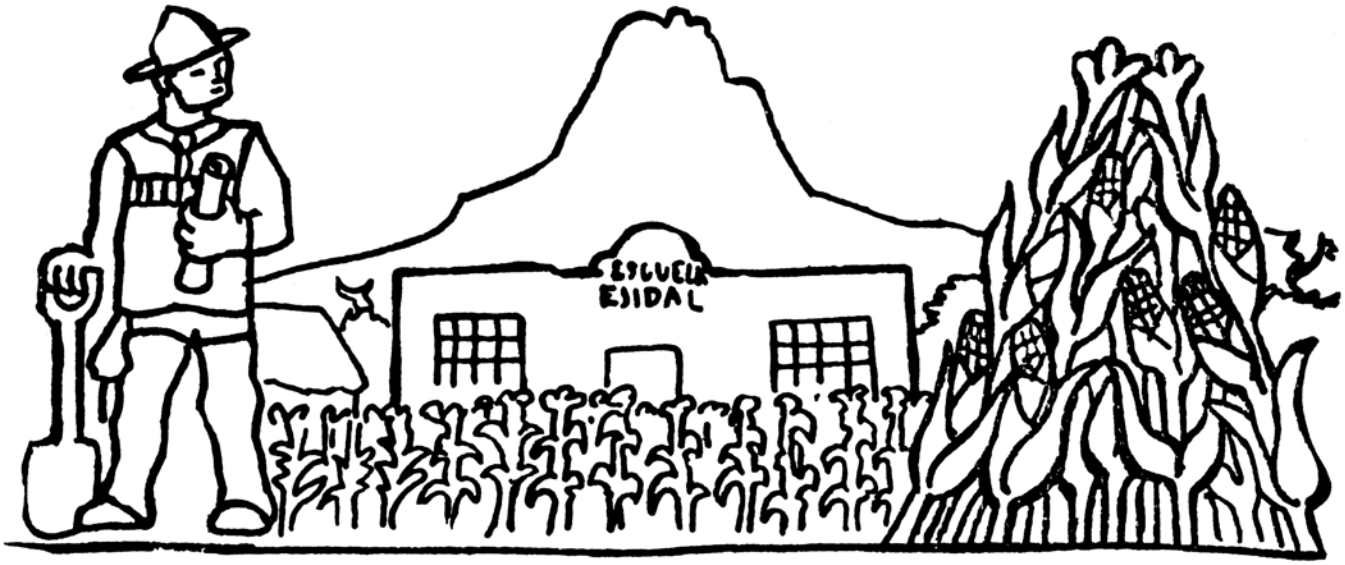
Además, se recurrió a los asentamientos mesoamericanos para enseñar a los chichimecas las ventajas de la vida "en policía". La primera gran emigración de tlaxcaltecas fue la más espectacular de todas las medidas pacifistas de Luis de Velasco. En armonía con planes establecidos por sus predecesores, también dispuso que otros indígenas se radicasen en sitios estratégicos. Confirmó una orden del virrey Álvaro Manrique de Zúñiga para el establecimiento de mexicas, tlaxcaltecas, cholultecas y huejotzincas en Celaya, donde recibirían los privilegios que los colonos españoles (página 206). Las tierras de los tlaxcaltecas se extendían más de tres leguas, en ambos lados del camino de las minas de San Pedro (página 222).

A partir de 1585, la estrategia española cambió. Hubo cuatro ingredientes principales: primero, la diplomacia necesaria para atraer a las tribus nómadas a acuerdos; segundo, un intensificado esfuerzo misionero que dio cohesión y un objetivo espiritual; tercero, el trasplante de indios sedentarios a la frontera para poner ejemplo de un modo de vida diferente; y cuarto, el aprovisionamiento de los nómadas y de los colonos sedentarios, con fondos de la real hacienda, gradual proceso de sustitución de los gastos en que antes se incurrían al intentar la fracasada subyugación militar (páginas 213-214 y 21).

En el decenio de 1580 resultaba cada vez más claro que la guerra chichimeca en Nueva Galicia era prolongada intencionalmente por los cazadores de esclavos. Prestando oídos a quienes durante años habían aconsejado una política de apaciguamiento, el virrey Manrique abandonó la política de agresión y trató de celebrar tratados de paz con los indígenas, a cambio de proveerlos de tierras, alimentos y productos textiles. Se pasó de una política de guerra de "tierra arrasada" a una guerra de baja intensidad, combinada con concesiones. Los chichimecas se habían ganado en definitiva el respeto de los españoles. No era fácil vencer a esos salvajes. Se mandó a eliminar los presidios y reducir el número de soldados en el norte, y con ello pronto decreció la hostilidad chichimeca. Los documentos muestran además cómo ya en 1576 se gestaba la política de "paz negociada", distinta de las anteriores y puesta decididamente en marcha por el virrey Álvaro Manrique de Zúñiga (1585-1590). Éste ordenó también cambiar el plan de sofocar "a sangre y fuego" y buscar la pacificación india; para eso se formarían misiones entre los chichimecas y se negociaría con ellos mediante tratados donde se les garantizaban alimentos, ropa y otros bienes "civilizados" a cambio de abandonar las armas. Esta política, y la idea que la engendraba, se basaba en la convicción, sostenida por muchos eclesiásticos y oficiales civiles, incluido a Manrique, de que los chichimecas no podían ser vencidos en guerra abierta.

El negociador más conocido de la época fue Miguel Caldera, de madre guachichil y padre español. Empezó el acercamiento con distintos "indios principales" y los persuadió de negociar; incluso, escoltó a algunos hasta la ciudad de México para formalizar la paz con el gobierno virreinal. Ofrecía a los chichimecas amnistía, alimentos, ropa, regalos, tierras para establecerse, aperos de labranza, enseñanza agrícola, preparación religiosa y protección. A cambio debían renunciar a la guerra, aceptar la enseñanza cristiana y afirmar su lealtad a la corona.[13]

Mientras el imperio azteca cayó en 3 años, la primera Gran Guerra chichimeca llevó más de 50, de 1531 a 1585. Y no fue la última: a medida que los conquistadores avanzaban hacia el norte, se produjeron otras grandes pugnas. El dominio de los españoles se reducía a espacios aledaños a las minas, las grandes haciendas, los territorios ricos en mano de obra semisedentaria. Junto a ellos, inmensos territorios ocupados por indoamericanos quedaron libres hasta después que los ibéricos tuvieron que irse. Así, para el norte cabe la misma pregunta que Nancy Farriss formuló para Yucatán: ¿cuándo terminó realmente la conquista del Gran Septentrión, del Gran Chichimeco?M



[1] Radding, obra citada, páginas 47-66.
[2] Rodríguez Tomp, Rosa Elba. *Historia de los pueblos indígenas de México, cautivos de Dios. Los cazadores recolectores de Baja California durante la Colonia*, CIESAS, México, 2002, páginas 51-52.
[3] Powell, Philip. *La guerra chichimeca (1550-1600)*, Fondo de Cultura Económica, México, 1977, páginas 47-48.
[4] De Torquemada, Fray Juan. *Monarquía indiana*, tomo IV, UNAM, México, 1975, páginas 385-389.
[5] Cortés, Hernán. *Cartas de relación*, Dastín, España, Quinta Carta, página 448.
[6] Sempat, obra citada.
[7] Ibídem, páginas 213-214.
[8] López Portillo y Weber, José. L*a rebelión de la Nueva Galicia*, México, 1980, página 413.
[9] Sempat, obra citada, páginas 37-38.
[10] Álvarez, Salvador. *El indio y la sociedad colonial norteña. Siglos XVI-XVIII*. El Colegio de Michoacán, México, 2009, páginas 60-61.
[11] Ibídem, página 45.
[12] Ibídem, página 75.
[13] Yáñez Rosales, Rosa H. *Rostro, palabra y memoria indígenas. El occidente de México: 1524-1816. Historia de los pueblos indígenas de México*, CIESAS, México. DF, 2001, páginas 114-116.

VOLVER A GRAMSCI DESDE LAS ORILLAS

VÍCTOR HUGO PACHECO CHÁVEZ

Para el orillero del lenguaje que piensa la política, el encierro no puede apresar la palabra que habita desde el silencio, el murmullo, la voz tenue. Para el que trabaja en las orillas del lenguaje, las posibilidades de reescribir el libro clandestino que va componiendo y descomponiendo el cuerpo teórico de Gramsci pertenecen al espacio de una metamorfosis infinita a la escritura como política.
Óscar Ariel Cabezas

Uno de los signos de la política contemporánea estriba en la vuelta a un autor como Antonio Gramsci. El auge de las luchas políticas de la izquierda latinoamericana y europea ha puesto de nueva cuenta en el escenario político la figura del intelectual italiano víctima del fascismo en su momento. Las experiencias de las luchas desde los movimientos sociales y desde un nuevo sentido de la estatalidad, como el proceso boliviano o el proyecto de Podemos en España, han basado algunas de sus formas de actuar político en dicha figura. Desde estas coordenadas, no siempre coincidentes entre Estado y movimiento, Gramsci recobra su vigencia como un autor que permite pensar la política.

El libro *Gramsci en las orillas*, compilado por Óscar Ariel Cabezas y publicado a finales de 2015 por la editorial chilena La Cebra, es parte de la nueva recuperación que se lleva a cabo. El trabajo reúne autores latinoamericanos que plantean la recepción y la discusión del autor de los *Cuadernos de la cárcel* a partir de las transformaciones experimentada por la

estatalidad en Latinoamérica con el auge de los gobiernos progresistas hoy en crisis lo cual no se reflejó en el libro porque los textos fueron elaborados antes de ese momento–. Pese a ello, los escritos no pierden fuerza ni vigencia, pues también piensan en las posibilidades de seguir en la búsqueda de una nueva gramática de la política que permita reconfigurar las relaciones de poder.

La recuperación realizada en el libro parte de la consideración de que se debe retornar a ese Gramsci sumergido en la política, y no tanto a ese otro del que la academia se ha apoderado (la primera sección, donde se recogen los textos de María Pía López, Miguel Valderrama, Horacio González, Dante Ariel Aragón Moreno y Óscar Ariel Cabezas, remite a este aspecto). La discusión ya no está en este sentido en mirar a un Gramsci alejado del marxismo, como algunos autores intentaron argumentar décadas atrás con una visión totalmente culturalista y subalternista. Pero, vale señalarlo, en el terreno de lo político estamos lejos de esos *usos de Gramsci* de que hablaba un autor como Juan Carlos Pontantanteiro, uno de cuyos escritos se recoge en esta obra. Sin embargo, no deja de estar vigente la pregunta formulada en su momento por este intelectual argentino: ¿de cuál Gramsci hablamos?

Gramsci en las orillas; el título no deja de ser sugestivo. Antes de contestar de qué Gramsci hablamos, pongamos atención al sentido de la orilla. Ésta tiene doble significación: por una parte, si bien no de manera principal, pero sin que deje de llamar la atención, significa una elaboración y un desarrollo de la obra de Gramsci fuera de los centros hegemónicos; es decir, uno leído, reelaborado y pensado desde esta orilla llamada *Latinoamérica*. El texto es así un mapeo de la producción realizada hoy en la región sobre los temas y los autores que intervienen en dicho esfuerzo. Por otra parte, la orilla alude también a una manera de concebir la radicalidad de Gramsci. Así define Óscar Ariel Cabezas el propósito de utilizar esta noción:

> Suponiendo que la crítica no ha sido completamente cooptada por las agencias de la cultura universitaria que promueve castas de intelectuales hipersofisticados y que se agrupan

según el *glamour* del espectáculo intelectual, y que ésta (la crítica) está inscrita en el compromiso con la denuncia del orden que reproduce las injusticias sociales, la *orilla* es lo que, además de criticar, hace posible un modo plebeyo de pensar. Entiendo este modo plebeyo de pensamiento como el esfuerzo crítico que va más allá de la crítica o, de manera más precisa, se orilla, al modo de un pensamiento plebeyo, sin restarse al centro, sino más bien confrontándolo, desnarrativizándolo, minándolo desde el claroscuro de la orilla hasta hacer que los presupuestos sociales e ideogramáticos que constituyen y dan vida al orden queden tan desajustados como para que las imágenes del poder se destruyan. La hipótesis que me hace señalar que hay en Gramsci un pensamiento orillero y plebeyo es, en primer lugar, el hecho de que eligió el devenir herético: es decir, eligió el camino político del pensar porque para ser un *hereje* hay que habitar las hostilidades que significa pensar.[1]

El Gramsci referido en el libro es no sólo el que apuesta por esta denuncia permanente de las relaciones de poder sino el que piensa en el poder para derrocarlo, el Gramsci situado no sólo en las esferas de la alta política (del ámbito estatal) sino directamente en lo político (del ámbito de la subjetivación). Me parece que el libro en su conjunto se mueve en una tensión permanente, pues algunos artículos postulan con claridad la relevancia del italiano en la configuración de un nuevo sentido de la estatalidad, como el de Álvaro García Linera, mientras que otros exploran una veta poco transitada en los estudios gramscianos, donde el pensador de Turín podría ayudar a una interpretación de la política en clave inmanentista, como un proceso de subjetivación permanente que no apuesta a su fijación y congelamiento en los muros de la institucionalidad, como el escrito de Dante Ariel Aragón Moreno, quien explora los puentes entre la teoría gramsciana de la política y el biopoder. Es interesante el análisis crítico practicado por Horacio González. quien acota la dimensión inmanentista en la obra gramsciana.

Una de las discusiones implícitas en el libro atañe a esta manera en que Ernesto Laclau abonó a un análisis de la figura gramsciana enmarcada en la lógica de la razón populista, como hace el texto de Verónica Gago y Diego Sztulwark. Esta intencionalidad de discutir los límites de la interpretación de Laclau y sobre todo de las experiencias de la izquierda contemporánea que finca su práctica en dichas raíces[2] se nota en la citada entrevista con el compilador:

> A pesar de la insistencia de algunos, Gramsci no es un pensador populista; basta revisar el principio de razón con que actualiza la filosofía de Maquiavelo para entender que le interesa la política como consagración de principios profanos. Por muy de izquierda y radical que sea, el populismo no logra desinscribirse de una discursividad plagada de cabo a rabo de los restos cristianos de nuestra cultura occidental. No obstante, y a pesar de la demonización furibunda con que se suele arremeter contra el populismo por parte de los intelectuales de izquierda, éste no es la consumación del demonio. Por el contrario, si por *populismo* entendemos una voluntad colectiva que orienta su política y sus estrategias de toma del poder desde una discursividad sostenida en las urgencias de las clases subalternas y en clara oposición a la economía política del capitalismo financiero, no cabe la menor duda de que como primera fase de articulación de un proyecto democratizador habría, habrá, hay que apoyarlo. En cualquier caso, pienso que en Gramsci no hay, como sí lo hay en Ernesto Laclau, una teoría populista. A Gramsci, para decirlo de nuevo, interesa la política profana.[3]

Gramsci en las orillas nos sumerge también en los derroteros que las corrientes gramscianas tuvieron en los ámbitos nacionales. Revisa así las experiencias de México (los textos de Ángel Octavio Solís Álvarez y Jaime Ortega Reina) y Brasil (Paulo Gajanigo); y el rescate de la experiencia argentina de pasado y presente como un espacio de confluencia entre dos tradiciones teóricas que se intenta poner como dos ejes que organizaron las discusiones de los gramscianos argentinos, es decir, de remarcar esa relación entre Gramsci y Althusser (el texto de Marcelo Starcembaum) y las preocupaciones políticas de José Arico (los de Verónica Gago y Diego Sztulwark, así como el de Gavin Arnall, Susana Draper y Ana Sabau). Pero sobre todo se encarga de devolver un Gramsci que nos ayuda a pensar en la política en estos tiempos cuando la urgencia de actuar y la parálisis causada por el clima de violencia política y criminal en México parecerían decirnos que vivimos no sólo una crisis de la política sino su aniquilación. Volver a Gramsci es retornar a un pensamiento que permanece como libro viviente, a decir de Horacio González: "Gramsci sigue incomodando. Mueve el suelo de las teorías, mientras busca un objeto vivo, un libro en la historia, al que sabe que sus escritos rodean como un molde desesperado, anticipándolo siempre, sin consumar".[4] M

Óscar Ariel Cabezas (compilador), *Gramsci en las orillas*, Chile, La Cebra, 2015.

---

[1] "Gramsci, comunista herético y orillero. Entrevista a Óscar Ariel Cabezas", en *eldesconcierto.cl*, http://goo.gl/46wb2L [Visto el 12 de julio de 2016.]

[2] No me parece un exceso decir que aquí el libro podría entrar en diálogo con obras que debaten este aspecto de la política y su relación con Laclau en España, como Germán Cano, *Fuerzas de flaqueza. Nuevas gramáticas políticas* (2015) o José Luis Villacañas, Populismo (2015).

[3] "Gramsci, comunista herético y orillero. Entrevista a Óscar Ariel Cabezas", en *eldesconcierto.cl*, http://goo.gl/68Mwz5 [Visto el 12 de julio de 2016.]

[4] Horacio González, "De los encarcelados al 'libro viviente' de Gramsci", en Óscar Ariel Cabezas, *Gramsci en las orillas*, Chile, La Cebra, 2015, página 61.

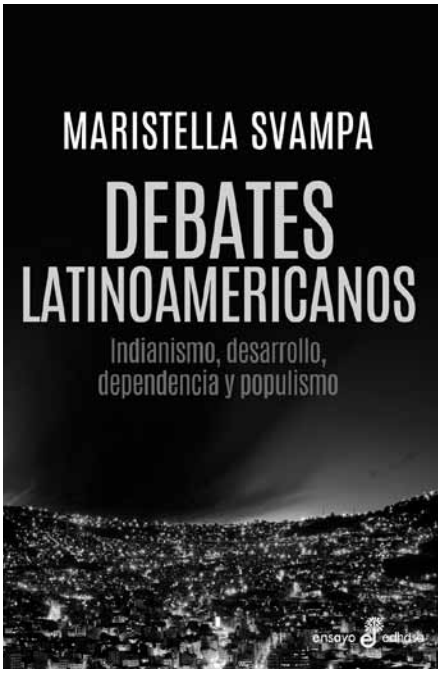
DEBATES LATINOAMERICANOS DE AYER Y HOY

MASSIMO MODONESI

A lo largo de un espeso libro de medio millar de páginas, Maristella Svampa presenta una guía y un mapeo de una serie de debates latinoamericanos de ayer y hoy. Está destinado a convertirse en una referencia indispensable sobre el tema tanto porque son escasos los intentos de esta envergadura como porque la ambición, en este caso, está soportada por la calidad del resultado y el renombre de la autora, elementos que le otorgan un amplio alcance en el tiempo y el espacio a fin de que sea un punto de partida para futuras reflexiones y un instrumento de proyección del pensamiento social latinoamericano.

La intención declarada de Svampa es conectar vetas sobresalientes de la tradición y la actualidad de esta línea de pensamiento para tratar de revertir la falta de acumulación que merma su posibilidad de consolidación y trascendencia y, por tanto, su capacidad de hacer contrapeso –más allá de la retórica pos o decolonial agregaría yo– a las corrientes dominantes de matriz eurocéntrica. El rastreo de una serie de autores, perspectivas, conceptos y líneas de debate que realiza la socióloga argentina en torno a cuatro temas cruciales –el indianismo, el desarrollo, la dependencia y el populismo– constituye en sí una aportación neta en esta dirección. Basada en más de 50 páginas de bibliografía, Svampa hace gala de una notable capacidad de síntesis y formación interdisciplinaria, y ordena estas grandes problemáticas, desagregando los debates que las atravesaron y las nutrieron.

Indianismo, desarrollo, dependencia y populismo son, en efecto, cuestiones



surgidas de los procesos históricos concretos, en estrecha conexión con la disputa política, que tuvieron un desarrollo teórico y de construcción del conocimiento específicamente latinoamericanos –aunque tengan proyección universal y eco en otros sures del mundo–. No me detendré, por obvias razones de espacio, en el tratamiento que le da la autora, salvo para señalar que me parece acertada y lograda la apuesta de vincular la gestación y las principales aportaciones "clásicas" del pensamiento social latinoamericano con los desafíos actuales como son planteados en la segunda parte del libro.

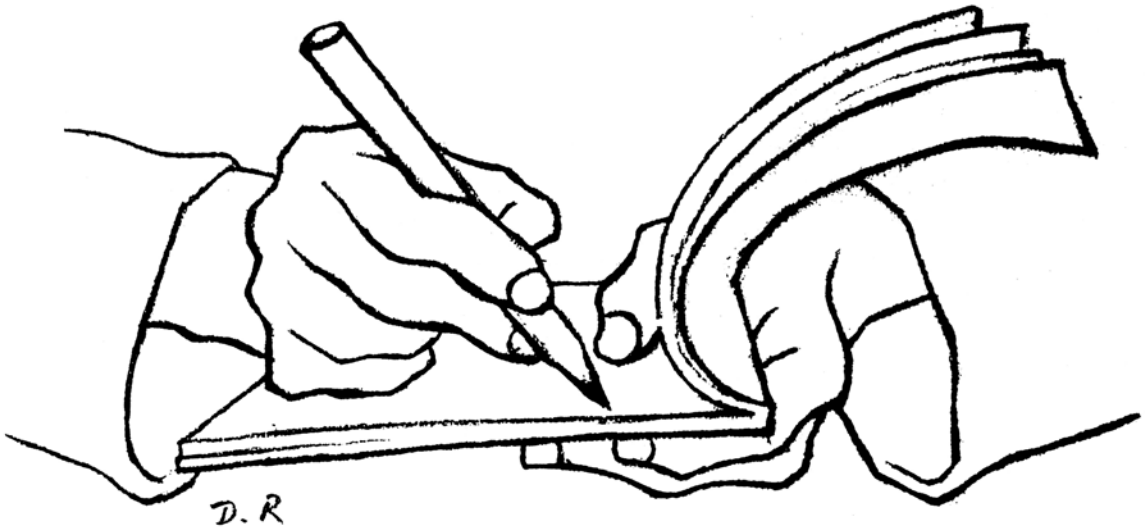
Aprovecharé los siguientes renglones para bosquejar tres puntos de debate con la autora, con quien he tenido, pese a que se parte de perspectivas teóricas y de intereses temáticos no idénticos, una profunda sintonía intelectual a lo largo de la última década.

La consideración más puntual es respecto a la distinción que hace Svampa entre populismos plebeyos (Bolivia y Venezuela) y de clase media (Argentina y Ecuador), la cual si bien tiene la virtud de dar cuenta de una composición de clase variable y de ilustrar cierta diferencia ideológica, puede prestarse a confusión y caer en un reduccionismo clasista. En efecto, el populismo que Svampa llama de *alta intensidad* (es decir, con contenidos progresistas) siempre tiene un momento o una instancia plebeya y otra de clase media en aras de sostener el principio de conciliación de clase que lo caracteriza, aunque uno pueda ser determinante en última instancia, y se vuelve el eje rector. Por otra parte, en esta tipología no caben las experiencias de Brasil

y Uruguay, que siendo más próximos a la socialdemocracia no responden a patrones populistas clásicos en términos ideológicos, pero recurrieron a formatos típicamente populistas respecto a los liderazgos y el manejo de los sindicatos como instrumentos de control social. En este sentido, posiblemente la recuperación del concepto de *populismo* respecto de los gobiernos progresistas de la últimas décadas resida en caracterizarlos y distinguirlos nominalmente por su composición política; es decir, en función de distintos equilibrios en la ecuación Estado-gobierno-liderazgo carismático-partidos-sindicatos-movimientos sociales, donde la dimensión clasista aparece, en última instancia, en la base de la construcción política.

El segundo punto se refiere a la elección de las cuatro temáticas que forman la columna vertebral del libro. Es inevitable y respetable el sesgo impreso por la autora a partir de sus inquietudes, obra y activismo intelectual situado entre la valoración de los movimientos socioambientales, la crítica al extractivismo y el *maldesarrollo* y, en el trasfondo, una ambivalente actitud de amor-odio respecto a lo nacional-popular y el populismo. Desde mi perspectiva, no puedo no mencionar la ausencia de otra gran cuestión, con su secuela de debates, universal pero también con su específica pendiente latinoamericana: la de la *revolución-emancipación*, con sus pliegues internos respecto a la forma, el alcance y el sujeto de la transformación. Un aspecto histórico y político profundamente entretejido con los demás que desglosa Svampa y, al mismo tiempo, con su perímetro y densidad que tuvo, a la par de los otros cuatro temas, su momento culminante en las décadas de 1960 y 1970 –bajo el concepto *horizonte de revolución*–, pero que sigue rondando y agitando –ahora mutado en la consigna-aspiración emancipadora– una serie de debates en los últimos 20 años (el que contrapone el autonomismo al hegemonismo por ejemplo), a partir de aquel cambio de época que, con toda razón, coloca la autora como un parteaguas histórico de profundo calado político y teórico.

Una tercera consideración que me permito señalar, más como apunte que como crítica, es la del marxismo. En su balance del pensamiento latinoamericano de ayer, Svampa rescata una serie de autores y planteamientos marxistas, pero en buena medida porque su objetivo no es hacer un recuento de la historia de las ideas latinoamericanas; no reconoce explícitamente la centralidad de esta corriente. Al mismo tiempo, es importante no olvidar que el marxismo latinoamericano constituyó en sí mismo un campo de debate; fue la vertiente crítica más fecunda y el eje en torno del cual giraron todos los intentos –incluidos los no marxistas– de pensar a América Latina. Es indiscutible que, desde los años ochenta, aun con algunos sobresaltos recientes, fue descolocado de esta centralidad y surgió una volatilización a partir de la diáspora posmarxista. Sin embargo, retomar el hilo de los debates latinoamericanos en términos de acumulación como plantea Svampa permite –en mi opinión– no sólo reconocer este legado sino asumir los desafíos colocados por la agenda marxista que siguen abiertos y vigentes y ameritan nuevas interpretaciones, en buena medida de corte neomarxista o que actualicen o revitalicen los planteamientos marxistas latinoamericanos de los sesenta y setenta –reconociendo laicamente sus límites, puntos ciegos y obstrucciones–. Esta tarea de reconstrucción retrospectiva y prospectiva –que no está en primer plano en el libro aquí reseñado– queda pendiente para quienes reivindican, quieren revitalizar y mostrar la vigencia de aquella rama del pensamiento social latinoamericano. M



Maristella Svampa, *Debates latinoamericanos. Indianismo, Desarrollo, Dependencia, Populismo*, Edhasa, Buenos Aires, 2016.

LA POLÍTICA Y LAS CALLES

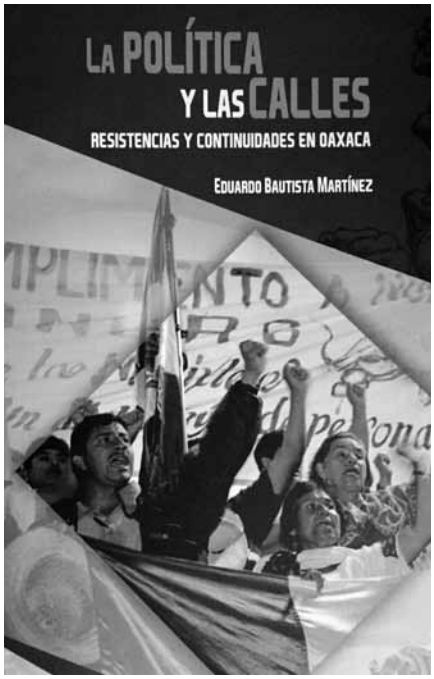
IVÁN ISRAEL JUÁREZ LÓPEZ

En una sociedad donde la desigualdad y la violencia son agobiantes, donde se violan de forma sistemática los derechos humanos y se negocian impunidades urge retomar la palabra y hacer del conocimiento un arma de compromiso con la sociedad y sus causas justas.

La política y las calles. Resistencias y continuidades en Oaxaca, del investigador oaxaqueño Eduardo Bautista, tiene este propósito de compromiso en el anhelo de un proyecto democrático, plural e incluyente que apunte a la recomposición institucional y al restablecimiento de las formas de convivencia social.

En una exposición de cuatro capítulos, el autor analiza el ajuste y la continuidad de las estructuras de dominación local, de las rupturas y diversas expresiones de indignación y desencanto que irrumpen y se multiplican en los espacios públicos. Sin embargo, sus páginas deben leerse a partir de coordenadas de mayor alcance: con relación a los procesos de la vida nacional y global; de lo contrario, quedará atrapada en la sola contingencia, en la mera anécdota de hechos aislados.

La visión del autor resulta fundamental sobre todo si consideramos que ha dedicado esfuerzos desde hace varios años al análisis de un contexto local dominado por el autoritarismo, presente en largos periodos de la vida política de Oaxaca. El desgaste de la dominación política, vinculada a la poca o nula credibilidad de quienes gobiernan, de gremios y partidos políticos, al incumplimiento de la ley, o su aplicación facciosa ponen en evidencia una crisis institucional que el investigador señala como la nueva normalidad política que se vive y respira en los rincones de la vida cotidiana de mujeres y hombres.



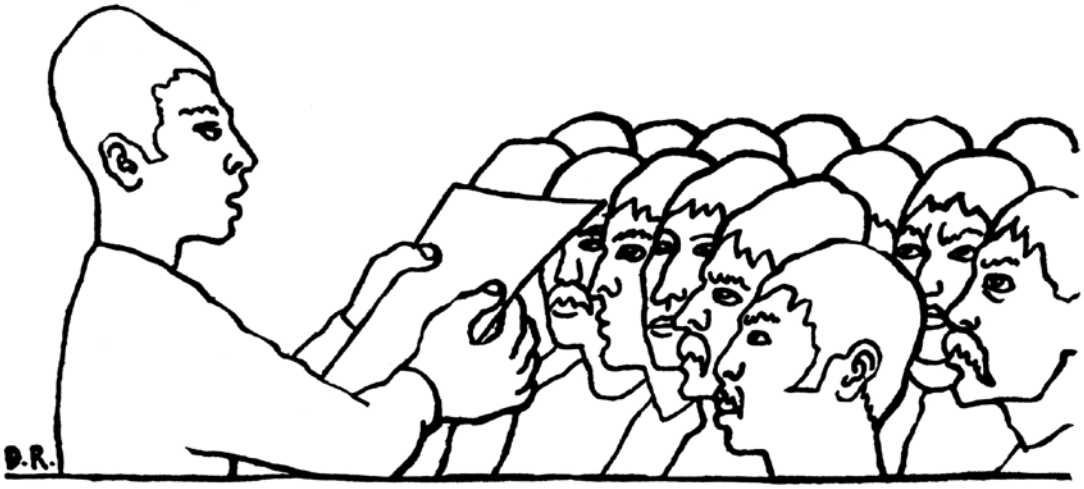
Así, la política ha desbordado los límites de los espacios institucionales como posibilidad de cambio y se ha trasladado a las calles en denuncia y exigencia. Las calles, menciona el autor, son el contrapeso a la centralización desmedida de las formas autoritarias del poder político, y atestiguan expresiones de protesta legítima, pero también de intereses particulares, caciquiles y ajenos a cualquier forma de lucha social; hay desde quienes buscan como parte de su estrategia la manifestación pacífica hasta quienes buscan la confrontación directa, o la vía armada como expresión de inconformidad e indignación.

Los muros de los edificios contienen imágenes dinámicas que transgreden y transforman el espacio visual y discursivo. Los reclamos apuntan a la defensa de los derechos humanos, de los recursos naturales, de la educación pública, de voces en favor de la libertad de los presos políticos, de los derechos sexuales y reproductivos, del repudio de la acción o inacción de quienes detentan el poder.

Se trata de una política considerada ya no como un sistema rígido de normas sino como expresiones menos formales, más espontáneas y con una gramática de solidaridad popular que evidencia las contradicciones propias de un poder político en progresiva descomposición que no alcanza a comprender las dimensiones de un problema que ha rebasado no sólo las fronteras políticas sino las de lo humanamente aceptable, como recalca el autor.

Observamos que la creciente recurrencia a los aparatos de seguridad pública, el ejército, la gendarmería y policías en sus diversos niveles, está culminando en acontecimientos cada vez más trágicos y que aumentan la interminable lista de muertos, heridos y desaparecidos, la cual va más allá del número 43, ante la represión abierta cuyo objetivo estriba en propagar el miedo y descalificar las causas de una ascendente inconformidad social.

Las referencias para el análisis en la obra son las luchas de los pueblos indígenas, las expresiones locales de movimiento juveniles como el #YoSoy132, las protestas poselectorales de 2012, las expresiones de indignación y solidaridad ante la desaparición de los 43 estudiantes de la escuela normal rural de Ayotzinapa, Guerrero, en 2014, y –cual constante– la persistencia del activismo de la Sección 22 del magisterio disidente oaxaqueño como uno de los grupos de intermediación de mayor relevancia entre las comunidades oaxaqueñas y la clase gobernante.



En esta variedad multicolor de actores, la objetividad del autor se torna evidente al señalar que los procesos de protesta pública se han institucionalizado, al menos para el caso del movimiento magisterial. Si bien no hay otro gremio con poder de convocatoria tan extenso, es necesario situar en el centro de las exigencias la defensa de la educación pública con una estrategia renovada de alianzas hacia el exterior con perspectiva de largo plazo. Lo anterior, considerando que el ejercicio de autocrítica como herramienta resulta imprescindible para renovar las resistencias, sobre todo cuando se trata de sumar a la sociedad y no separarse de ella.

La propuesta de Eduardo Bautista apunta a recuperar la política como posibilidad de diálogo ante la pluralidad y diversidad humanas, de recuperar el arte de la política desde abajo, como resistencia y posibilidad de cambio. Los hechos violentos no son más que la evidencia de la negación del diálogo, las decisiones a través del ejercicio de la fuerza, de la negación de la diferencia y el reconocimiento del otro, de la negación de la vida misma.

La obra del investigador está en contra de un olvido colectivo; busca recuperar la memoria histórica, sobre todo si consideramos que el libro se escribió en el marco de la primera década del movimiento social de 2006. Las múltiples violaciones de los derechos humanos registradas con mayor frecuencia a partir de aquel año han quedado cubiertas por el manto de lo impune con la responsabilidad del Estado y los crímenes de lesa humanidad, como denuncia de manera expresa el informe *¡Ya sabemos! No más impunidad en Oaxaca*, de la Comisión de la Verdad.

La interpretación del libro no está terminada, pues deja puntos suspensivos para el análisis de un contexto que nuevamente presenta reacomodos de personajes y grupos producto de la herencia autoritaria del poder local, desacreditados ya desde hace tiempo.

Dicho escenario político se reconfigura de manera evidente a la continuidad de la verticalidad y rigidez ante el entusiasmo mediático por las políticas e interés del gran capital de la burocracia que arribará al poder durante los siguientes seis años. Se trata de una clase política que nunca se fue de Oaxaca ni transitó a ninguna parte en el sexenio denominado "de alternancia".

De ahí la necesidad de abrir nuevos campos de la subjetividad como posibilidad de vincular a los actores y sus capacidades de agencia, de reflexión, de pensar otros mundos que cuestionen la evidencia del mundo dado, recuperando el habla y la memoria que nos recuerda que el silencio y la indiferencia favorecen el abuso del poder público y la impunidad para una minoría.

Por tanto, el libro insiste en que los cambios no pueden quedar en mano de una sola persona ni de pequeños grupos de poder. La construcción del presente y del futuro corresponde a todos, y el reto es colectivo –enfatiza Eduardo Bautista–. La lucha en las calles y la creación de otras formas de convivencia, de ideas, emociones y lenguajes ponen en evidencia que la diferencia no es sinónimo de fragmentación ni huye a formas de unidad y solidaridad. Por ello hay que comprender la situación actual como una oportunidad de apertura para nuevos caminos hacia una democracia plural e incluyente.M

Bautista Martínez, Eduardo, *La política y las calles. Resistencias y continuidades en Oaxaca*. Miguel Ángel Porrúa/Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, México, 2015.

LECCIONES DE WOLFGANG FRITZ HAUG

PEDRO RIBAS

Wolfgang Haug, profesor de la Universidad Libre de Berlín, publicó en 1974 *Vorlesungen zur einführung ins* Kapital, fruto de sus lecciones ahí sobre la obra de Marx. En 1978, el libro fue traducido al español (no el texto de 1974, sino la revisión de 1976) por Gustau Muñoz, en la editorial Materiales, de Barcelona. La traducción actual, realizada por el propio Haug y Santiago Vollmer, es el mismo texto, de nuevo revisado y ampliado en 2005. Con *Neue vorlesungen zur einführung ins* Kapital (*Nuevas lecciones de introducción a* El capital), 2006, y *Das* Kapital *lesen-aber wie*, 2013 (*Leer* El capital, *pero ¿cómo?*), 2013, constituye una trilogía que Haug dedica a la obra de Marx.

El autor estudia desde hace años a Marx, y sus publicaciones abarcan un considerable número de trabajos sobre él, además de dirigir la veterana revista *Das Argument*, de coordinar el gigantesco *Historisch-kritisches wörterbuch des marxismus* (*Diccionario histórico crítico del marxismo*, 10 tomos hasta hoy) y de ser miembro fundador del Inkrit (Institut für Kritische Theorie). La de Haug es por tanto una voz de gran audiencia en Europa y el resto del mundo. Ojalá llegue a ver publicado el *Diccionario* por entero. Pero hablemos de estas *Lecciones*.

No espere el interesado encontrarse con una guía de lectura donde se resuma o sintetice *El capital*. Haug intenta mostrar que el comienzo de esta obra, tal como lo presenta Marx, es el adecuado y necesario, es el requerido por la crítica de la economía política. Infinidad de veces este comienzo ha sido tachado de embrollo hegeliano y otras tantas se le ha considerado un arranque por evitar para no desanimarse desde las primeras páginas e ir, en cambio, al capítulo v o al de la "acumulación originaria". En realidad, las 12 lecciones de que consta el libro de Haug se centran en este comienzo de *El capital*; con ello da a entender que los conceptos establecidos por Marx para abordar el análisis del capitalismo llevan al fondo, no a las apariencias, al mundo invertido en que se mueve la economía burguesa o, más exactamente, el mundo invertido en que esta economía se impone en las conciencias como algo natural, como la ley de la gravedad.

En este análisis, donde Haug combina rigor y claridad, el lector se encuentra con el concepto de *forma* (la forma de valor, la forma relativa, la forma equivalente) contrapuesto al de *materia*, en términos usados, desde Aristóteles, la escolástica y el propio Kant, como distinciones primordiales. La forma es lo subjetivo y activo, lo que modela materia pasiva, informe o amorfa. Miguel Ángel da forma al mármol, y lo convierte en *Moisés*.

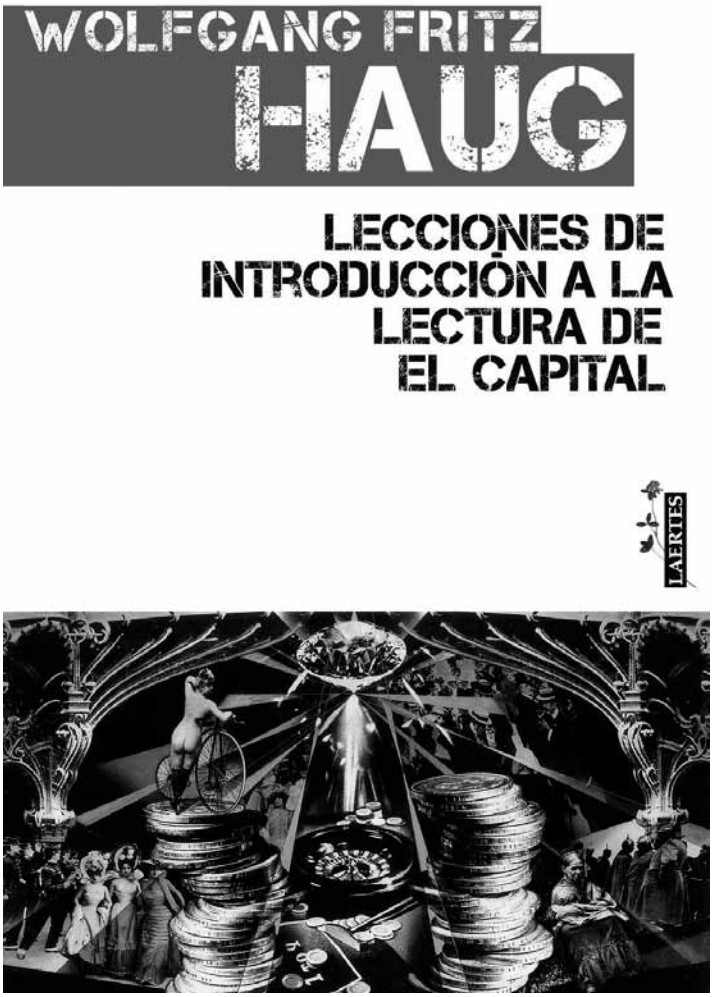
Considero adecuado y oportuno el acento que Haug pone en la labor del sujeto, en el trabajo intelectual exigido del lector para comprender los conceptos usados por Marx, los que le permiten mostrar la diferencia entre lo ilusorio, la apariencia y lo real. Así se desvela el misterio del valor, que no es una propiedad física de la mercancía, sino una cualidad de la que ella es portadora en cuanto modelada por el trabajo. Y así puede entenderse lo que llama Marx *fetichismo de las mercancías*.

Haug reconoce que hoy la lectura de *El capital* no es un fenómeno de masas, como sí en 1968. Pero "la única escuela absolutamente imprescindible en que puede formarse ese pensamiento, aunque no basta por sí sola, es la lectura de la economía política de Marx" (página 31). Conviene subrayar esto porque si es cierto que Haug analiza *El capital* como obra escrita y corre por tanto el peligro de hacer exégesis teológica marxista, esto es, de convertirlo en libro sagrado donde encontrar el camino de la salvación, también lo es que subraya desde el primer momento que se trata de aprender de Marx, pero no considerado como el faro que ilumina por sí mismo, sino como un maestro que ayuda a entender el mundo en que vivimos, el del capitalismo, incontables veces evolucionado, pero capitalismo al cabo. Entenderlo no es lo mismo que transformarlo, pero lo primero resulta imprescindible para lo segundo.

Tal vez por eso, por la insuficiencia que supondría quedarse simplemente en la teoría, indica Haug en el prólogo a la edición de 1976 que añade la recomendación de estudiar, además de la forma de valor, la historia del capitalismo y la historia del movimiento obrero. El Marx revolucionario, el de la praxis en el sentido de las Tesis sobre Feuerbach o de Gramsci y Sánchez Vázquez, tiene escasa presencia en este libro, donde *praxis* se usa con frecuencia, aunque en el

sentido de "lo que se hace", la "práctica habitual". Pero, como señalé, se trata de lo que aquí ha querido acentuar el autor. En el libro *Das* Kapital *lesen-aber wie* recalca mucho más la praxis en sentido de Gramsci. Es traductor suyo al alemán.

La manera en que comienza Marx *El capital*, con la mercancía, es la adecuada y necesaria, pues si empezara con el análisis del trabajo, por ejemplo, quedaría sin explicar qué es el "valor" y la "valorización del valor". Cita en este sentido el texto siguiente de los *Grundrisse*: "Es tan imposible pasar directamente del trabajo al capital como pasar directamente de las diversas razas humanas al banquero o de la naturaleza a la máquina de vapor" (página 57). La dificultad reside aquí en que hay que operar con conceptos, con la abstracción. Haug insiste en el esfuerzo exigido para asimilar "abstracción", "determinación", "valor de uso", "valor de cambio". Se trata de leer con lupa el texto de Marx a partir de lo que todo mundo sabe, no de un conocimiento de especialistas. El texto de Marx, interpretado por nosotros, nos lleva a entender la realidad en que vivimos: el mundo de las mercancías. Y al explicar o desarrollar el concepto de *mercancía*, con sus determinaciones de valor de uso y valor de cambio, llegamos a la diferencia entre ambas. Conceptos y determinaciones son las herramientas que "tienen como finalidad comprender primariamente no la cosa sino la teoría científica" de la ésta (página 91). Por ello propone Haug hallar las determinaciones no prescindibles en el concepto. Tomemos, por ejemplo, la mercancía. Si en ella dejamos fuera el valor de cambio, desaparece la mercancía como tal. Se trata por tanto de explicar o desarrollar lo implícito en el concepto. Y así el sujeto, cada miembro de la sociedad, llega por sí solo, desde el lugar común, desde el saber común, a un examen donde se pone a prueba lo implícito en el concepto, obligando a éste a desplegarse. Alguien podría objetar que con este "desarrollo" nos quedamos en el mundo del pensamiento. Quizá por ello observa Haug en nota: "Como ya le ocurrió a Lenin, me dejé seducir por la ambigüedad de la palabra *desarrollo* tomándola en serio conceptualmente. La relación de la 'exposición en desarrollo' que 'en tanto verdadera deducción es al mismo tiempo movimiento demostrativo', con el desarrollo (evolución) de la cosa misma es mucho más complicada y discontinua de lo que sugiere la formulación de Lenin, según la cual, además, todo lo que sigue está ya contenido en el germen" (página 100).



Y es que el proceder de Marx en *El capital*, como Haug lo va mostrando hermenéuticamente, consiste en ir desplegando los conceptos elementales con que opera la economía, sobre todo los de valor de uso y valor de cambio. El trabajo no tiene valor, pero produce valor. Dado que produce un valor de uso, genera, además de algo útil, valor. De igual manera, el trabajo concreto, el del carpintero, produce una cosa útil, concreta, mientras el tornero o el sastre producen otra, de manera que, por un lado, tenemos el trabajo útil concreto y, por otro, el trabajo humano abstracto o general. La diversidad de valores de uso y su intercambio como mercancías supone la división del trabajo. Haug añade a la lección 7 un interesante excurso sobre la división del trabajo y el de índole abstracta.

Falta ahora analizar la forma de valor. "Valor" y "valor de cambio" no es lo mismo. Cambiar A por B significa que el valor de A se expresa en B. En el vocabulario de Marx, A es la forma relativa de valor; y B, la equivalente. Por este camino llegamos a las diferencias entre tales formas y, finalmente, al equivalente general, el dinero. Éste es el fetiche por excelencia. El fetichismo de la mercancía oculta, en el modo de producción capitalista y en las conciencias de los sujetos inmersos en él, que cuando se intercambian mercancías se intercambia trabajo humano objetivado. Los que intercambian no lo saben, pero lo hacen. Otra cuestión es si hay acuerdo en la venta de la fuerza de trabajo y, por tanto, voluntariedad. Si capitalista y obrero son sujetos humanos que han llegado a un acuerdo libremente sobre el salario, ¿en

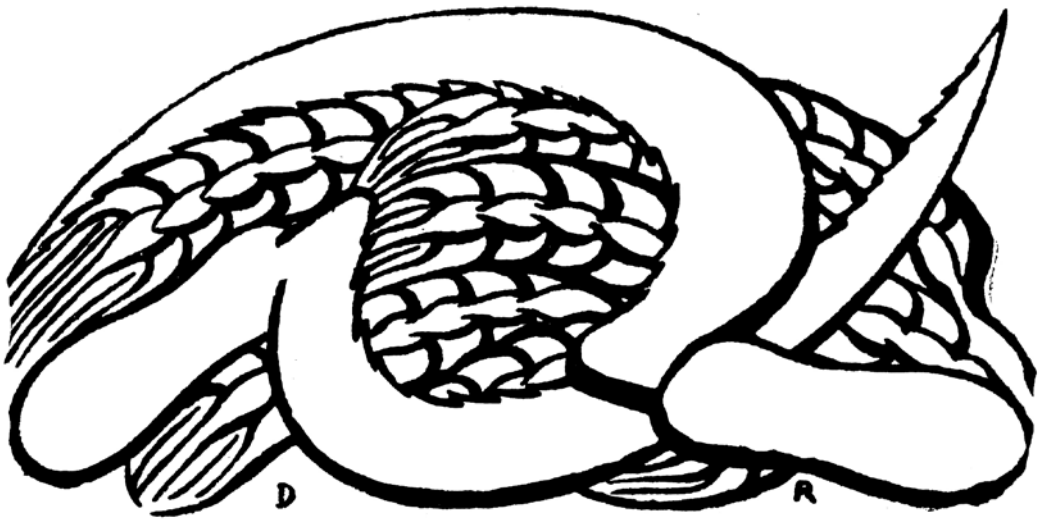
qué consiste la explotación? Se trata, sí, de un acto de libertad formal, pero los millones de acuerdos de este tipo resultan no de una planificación consciente y racional sino del descontrol. Esto hace que los productores estén gobernados por las "cosas", en lugar de controlar y gobernar ellos. En la lección 11 desarrolla Haug el tema, el hombre sometido a la fuerza de las cosas como inversión de la relación sujeto-objeto. ¿No es curioso que Marx, quien tanto esfuerzo dedica a mostrar el capitalismo como un sistema económico donde los individuos no controlan su funcionamiento, sino que son gobernados por las "cosas", sea acusado con frecuencia de promover el gobierno de las "cosas" por ser materialista?

Haug recalca que la crítica de la economía política como tarea científica no se inició con Marx, sino que éste partió de los resultados alcanzados por la economía clásica, la de Petty, Smith, Ricardo. Marx debe a esta escuela la teoría del valor-trabajo, aunque él la reformule críticamente. Al realizar esta crítica señala el campo de batalla en que consiste dicha tarea científica. La investigación no se encuentra aquí con hechos y teorías abordables desde una barrera neutral, desde un terreno de nadie, sino que todos vivimos inmersos en un cruce de intereses privados que dificultan sobre manera ser investigador en verdad independiente o libre. Hablando de Marx ¿qué es lo específicamente crítico de su teoría? En primer lugar, haberla abordado con valentía suficiente para no temer a las "furias del interés privado" (página 202). Pero esto es sólo una condición. Lo de verdad específico consiste, por un lado, en "dilucidar conceptualmente la dinámica de la formación, la conexión del actuar y de sus efectos, y las tendencias del desarrollo de la realidad socioeconómica con sus 'manifestaciones' principales" y, por otro, en "derivar también sus formas objetivas de pensar o categorías concibiéndolas a la vez en su parcialidad condicionada social y estructuralmente" (página 203). Así ve Haug unidos en la crítica de Marx la génesis de las categorías y leyes con que opera la estructura capitalista y la lógica de su funcionamiento. (En *Das* Kapital *lesen-aber wie* desarrolla Haug mucho más el tema.) La diferencia de la crítica marxiana respecto a la anterior la expone así el propio Marx: "Todos los economistas incurren en la misma falta: en vez de considerar la plusvalía puramente en cuanto tal, la consideran a través de las formas específicas de la ganancia y la renta de la tierra. Más adelante, en el capítulo III, donde se analiza la forma muy transfigurada que la plusvalía adopta como ganancia, veremos a qué errores teóricos conduce necesariamente esa interpretación" (página 205).

De ahí que Marx haya insistido tanto en la forma valor, la cual lo ha llevado a desvelar el potencial creativo de la fuerza de trabajo, la mercancía como núcleo aglutinador de la estructura capitalista y el capital como resultado de ella. Haug justifica así que la forma valor se halle en el centro de sus *Lecciones sobre* El capital. Quizá se presta así poca atención a los importantes desarrollos con que Marx construye su crítica y, sobre todo, poca atención al sentido revolucionario de éstos. En Marx, la crítica es siempre un misil anticapitalista. Pero, sin duda, Haug, con criterio filosófico-pedagógico, ha querido resaltar los elementos conceptuales básicos con que opera Marx y el sentido en que los emplea. ¿Acaso no hay acuerdo en que *El capital* es una obra difícil de leer y que ayudar a su interpretación representa una necesidad nunca suficientemente agradecida?

Sin duda, estamos ante una introducción que no simplifica la obra de Marx, sino que muestra cuánto ha aprendido de Hegel, aunque sea para distanciarse de su idealismo. Especialmente se aprende en este libro que los conceptos, las categorías con que analizamos la realidad, no están ahí como frutos maduros que uno coge del árbol como de pasada, sin fijarse mucho en ellos, sino que los conceptos, muy al contrario, tienen que ser elaborados y asumidos con esfuerzo intelectual. Creo que esto constituye la mejor aportación del libro, y no es poco. M

Haug, Wolfgang Fritz. *Lecciones de introducción a la lectura de* El capital, Barcelona, Laertes, 2016, 218 páginas.



La realidad está en La Jornada

WWW.JORNADA.UNAM.MX

La Jornada

EN DEFENSA DE LA EDUCACIÓN PÚBLICA

DEBATE: CRÍTICA DE LA ANTIRREFORMA EDUCATIVA Y BÚSQUEDA DE ALTERNATIVAS
CON IMANOL ORDORIKA, MANUEL PÉREZ ROCHA Y TERESITA GARDUÑO
PÁGINA 3

16 **LOS MAESTROS Y LA LUCHA POLÍTICA EN MÉXICO**
ELVIRA CONCHEIRO BÓRQUEZ

20 **PRIMERAS BATALLAS ESTUDIANTILES CONTRA EL NEOLIBERALISMO EN MÉXICO**
ARGEL GÓMEZ CONCHEIRO

32 **60 AÑOS DE LUCHA DEL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO DEL MAGISTERIO**
MARÍA MAGDALENA PÉREZ ALFARO

37 **AGRADECEMOS A LOS MAESTROS LA DEFENSA DE LOS TRABAJADORES**
LOIS WEINER

MÉXICO

30 **CINCO TESIS SOBRE LA GUERRA EN MÉXICO**
RAÚL ROMERO

CAPITALISMO/ ANTICAPITALISMO

45 **LA SOCIEDAD *SMARTPHONE***
NICOLE M. ASCHOFF

50 **¿ACASO HERMES EXPULSA A PROMETEO?**
SAMUEL GONZÁLEZ CONTRERAS

MUNDO

56 **EL MOVIMIENTO SOCIAL COMO DESAFÍO AL ESTATISMO AUTORITARIO EN FRANCIA**
BENJAMIN BIRNBAUM

PENSAMIENTO CRÍTICO

62 **EL NEOLIBERALISMO: UN PODER GLOBAL DE CLASE**
ENTREVISTA A JACQUES BIDET

HACER MEMORIA

65 **LA CONQUISTA SIN FIN. ESPAÑOLES CONTRA CHICHIMECAS**
ENRIQUE SEMO

LIBRERO

72 **VOLVER A GRAMSCI DESDE LAS ORILLAS**
VÍCTOR HUGO PACHECO CHÁVEZ

74 **DEBATES LATINOAMERICANOS DE AYER Y HOY**
MASSIMO MODONESI

76 **LAS POLÍTICAS Y LAS CALLES**
IVÁN ISRAEL JUÁREZ LÓPEZ

78 **LECCIONES DE WOLFGANG FRITZ HAUG**
PEDRO RIBAS

9 770186 139009
60 PESOS

2016-3
NÚMERO 259
MEMORIA
CEMOS